

Juan A. Ortega y Medina

El conflicto anglo-español por el dominio oceánico (siglos XVI-XVII)

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1994

300 + [48] p.

Ilustraciones

(Serie Historia General, 12)

ISBN 968-58-0150-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/conflicto/dominio_oceanico.html

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



CAPÍTULO IV

EL IMPERIO MARÍTIMO Y SU MANEJO DESDE LA MESETA CASTELLANA: LA DECADENCIA COMO SECUELA



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



1. DEL GOLFO DE LEPANTO (1571) AL CANAL DE LA MANCHA (1588)

Lepanto (1571) había sido una espléndida victoria naval ganada a los turcos a la manera clásica; una batalla que clausuró el ciclo mediterráneo de las que iniciaron fenicios, griegos, cartagineses y romanos siglos antes de la era cristiana. Como escribimos en páginas arriba, la arquitectura naval española del siglo XVI se orientó a la construcción de fortalezas flotantes sobre cuya cubierta, de modo semejante a como se hacía en las galeras, los soldados de infantería (arcabuceros, mosqueteros y piqueros) representaban un principalísimo papel. Todavía más, pese al desastre de la *Invencible* (1588) y a pesar de las derrotas navales posteriores por obra de los cañones ingleses y holandeses de mayor alcance; por causa asimismo de mejores y más perfeccionados tipos de navíos, de mejor velamen, aparejos y arboladura, y superiores tácticas por parte de los marinos nórdicos, los españoles apenas si variaron los típicos escantillones de sus galeones. El abordaje más que la maniobra y las ventajas del cañoneo fue la táctica favorita en sus combates contra las naves enemigas: disparar alto, contra jarcias y velas y no disparar bajo, contra el casco, sobre la línea de flotación, como hacían los ingleses y holandeses, para hundir al buque enemigo. Y es que Lepanto pesó sin duda muchísimo en la pertinaz tradición marinera de España. Esta batalla naval a lo mediterráneo coadyuvó, según el citado Álvarez-Arena, a la matización del espíritu continental espa-



fiol;¹ empero aun aceptando este punto de vista crítico, no podemos seguir al autor en su idea de que más hubiese valido para España que tal victoria no se hubiera producido.² Ésta es la misma tesis que sustentó en su tiempo el padre L. Serrano,³ si bien el escepticismo de éste en cuanto a la utilidad de aquella victoria se ha trocado en un cierto pesimismo melancólico desde el punto de vista del historiador actual. Sin embargo, los turcos representaron hasta ese 7 de octubre de 1571 un peligro potencial y real formidable, y sólo a partir de dicha fecha dejaron de amagar peligrosamente las costas italianas y las españolas del levante y del sur. Pero lo que fue todavía más importante es que el mito de la invencibilidad otomana había dejado de existir gracias precisamente a la victoria indiscutible de don Juan de Austria en la memorable jornada de Lepanto. Sin embargo, Felipe II mostró si no su disgusto, cuando menos su preocupación de hombre ideciso, lento en resoluciones: “Don Juan ha vencido, pero se arriesgó demasiado”, dicese que dijo cuando supo de la victoria ganada por su joven hermanastro con el concurso decisivo del veterano y sapiente almirante don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz. Sin embargo, para 1574 ya estaban de nuevo las galeras turcas atacando a Túnez, Biserta y la Goleta, que significaron para España el último esfuerzo, fallido, de la reconquista del norte de África. La lucha en el frente europeo (Francia, Flandes, Inglaterra) impidieron el auxilio de las tres plazas cercadas, las cuales quedaron definitivamente en manos otomano-berberiscas.

El 4 de agosto de 1578 fue muerto en la batalla de Alcázarquivir el joven monarca de Portugal, don Sebastián, y fue elegido rey su tío, el cardenal don Enrique. Muerto éste quedó vacante el trono portugués y aparecieron tres posibles candidatos aspirantes al mismo: Felipe II y el duque de Braganza (ramas legítimas) y don Antonio, prior de Crato (bastarda). Apoyado el rey de España por sus veteranas tropas al

¹ E. Álvarez-Arenas, *op. cit.*, p. 234.

² *Ibidem.*

³ Cf. L. Serrano, 1935, *passim.*



mando del duque de Alba, y admitido con beneplácito el rey por la aristocracia y buena parte de la burguesía portuguesa, la conquista de Portugal fue un paseo militar y para fines de 1580 fue proclamado el monarca castellano rey del reino lusitano. La anexión de Portugal significó para España una dificultad a la par que una coyuntura única. El cardenal Granvela (Antonio Perrenot de . . . , 1517-1586) urgió a Felipe II a que estableciese la corte en Lisboa, que hiciese de esta ciudad la capital de su imperio marítimo, para que desde ella estableciera un perfecto control sobre el Atlántico, el nuevo campo de batalla.⁴ Además, la incorporación del floreciente reino portugués y de su poderosa armada de galeones oceánicos (1580) hacía de la flota peninsular combinada la más grande, potente y eficiente de toda la cristiandad: entre 250 000 y 300 000 toneladas de arqueo, frente a 230 000 de los Países Bajos, cuya sección sur todavía formaba parte del imperio español, 110 000 de Alemania, 80 000 de Francia y 42 000 de Inglaterra.⁵ Las repetidas agresiones y depredaciones inglesas contra las naves y puertos de España y de las Indias hacían de este año clave, de acuerdo con el consejero real, el decisivo para acabar con el creciente y ofensivo poder de la pequeña Inglaterra isabelina. Pero el irresoluto monarca español, que creía que era necesario dejar pasar el tiempo para que los problemas madurasen y se resolvieran (así lo creyó, para pesar suyo, las más de las veces) casi por sí mismos, no aprovechó una de las pocas oportunidades que se le ofrecieron durante su reinado para someter a los ingleses económica y espiritualmente, y estableció la capital de su imperio marítimo en Madrid (pequeña ciudad castellana con exigencias fuerales mínimas), casi en el centro geográfico de la península Ibérica; a muchísimas leguas de la costa más próxima y a tres o cuatro días de posta veloz a caballo entre la capital y Sevilla o entre Lisboa y la capital. Un hecho significativo pone de relieve el error de la elección: ocho días tardó Felipe II en enterarse de que una armada de Drake había asaltado a La

⁴ J. H. Elliott, *Imperial . . .* 1970, *op. cit.*, p. 276.

⁵ *Ibidem*, p. 285 (n).



Coruña.⁶ Asimismo los dos asaltos sobre Cádiz (el de Drake en 1586 y el del conde de Essex diez años después) son muestras patentes de que un imperio marítimo sólo podía no ya digamos triunfar, sino defenderse con éxito, apoyándose en los puertos marítimos (flotas y fortalezas). Desde la árida meseta el rey burócrata y ordenancista se dispuso a gobernar su inmenso imperio marítimo; sólo le faltó ordenar que se azotase al mar porque éste, como en el caso del famoso Xerjes, se había mostrado siempre hostil a sus empresas marítimas. El “prudente” rey desaprovechó la amplia ventaja inicial, malgastó su tiempo y, encerrado en su celda del Escorial (monasterio, palacio, iglesia y panteón, todo en una pieza), se dedicó católica y meticulosamente a mover los hilos del guñol internacional, nacional y colonial como un incansable titiritero de la política, auxiliándose en tan maquiavélico oficio con los tesoros áureos y argénteos procedentes de América y con los excesivos impuestos con que desangró económicamente a los exhaustos pecheros castellanos.

En el año crucial de 1583 Felipe II abandona Lisboa, con enfado de los portugueses y con presagiosos temores por parte del consejero real ya citado. El almirante don Álvaro de Bazán tras su brillante victoria naval en las Azores (isla Tercera, 1582), contra franceses y portugueses nacionalistas bajo el mando del condotiero florentino Filippo Strozzi, protegido de Catalina de Médicis, exhortó al rey a que llevase inmediatamente a cabo la empresa debeladora contra Inglaterra:

Las victorias tan cumplidas como ha sido Dios servido dar a V.M. en estas islas, suelen animar a los príncipes a otras empresas... y pues se halla tan armado y con ejército tan victorioso, no pierda V.M. esta ocasión, y crea que tengo ánimo para hacerle Rey de aquel reino, y aun de otros... Don Manuel Silva [dice] que aquella Reina tiene gran miedo que ha de enviar V.M. sobre ella su Ejército y Armada, y que hay muchos católicos, y con todo esto, ningunas prevenciones deben de temerse.⁷

⁶ Cf. T. Walsch, 1968, p. 735.

⁷ Cit. O. Ferrara, 1960, p. 329-330.

Don Felipe, tardío en reaccionar, lentísimo en sus resoluciones, como siempre, contestó al marqués que para tales operaciones había que esperar ocasión propicia y más favorable momento. Felipe II había tenido con anterioridad otras oportunidades: en 1569 decidió intervenir en la rebelión del católico duque de Norfolk (sir Thomas Howard), pero lo hizo cuando ya era tarde. Tampoco se mostró presuroso el monarca cuando el papa Sixto V, el duque de Alba y el aventurero florentino Roberto Ridolfi le presentaron un plan para destronar a la reina Isabel: también se le hizo adrede tarde. Y cuando al año siguiente el pontífice planeó con ayuda del rey la invasión de Inglaterra y el derrocamiento de la reina, las negociaciones se alargaron hasta dar al traste con el proyecto. Cuando en 1563 intentan los conciliares de Trento excomulgar a Isabel, Felipe II maniobra con los representantes españoles e impide la excomunión. En 1570 es excomulgada la reina y don Felipe prohíbe, cuando menos, la difusión de la bula en España y hace todo lo posible para que no se conozca en Inglaterra, pues, como le escribe a D'Epés (30-VI-1570) se agriarían los ánimos ingleses y llevaría “a la reina y a sus amigos a oprimir y perseguir a los pocos buenos católicos que todavía queda[ban]”.⁸ Para don Felipe hubiera sido fácil derribar a Isabel I dada la situación insegura con que ésta comenzó a gobernar; los católicos ingleses y el papa le urgían a llevarlo a cabo; pero el maquiavelismo boteriano, cohonestante entre la ética cristiana y la razón de estado, del rey español, consideró que la probable unión de Inglaterra (María Estuardo) y Francia (Francisco II, esposo de María) era un precio que la preponderancia española, o imperialismo, como dice Walsh, no podía pagar. Más tarde tuvo, no obstante, la baza de su hermanastro (casamiento de María Estuardo con don Juan de Austria); pero su recelo y desconfianza le impidieron jugar esta carta. En abril de 1576 envía el rey a don Juan de Austria, su hermanastro, a Flandes con la promesa de que pacificado el país vería con buenos ojos su proyectado matrimonio con la reina escocesa María Estuar-

⁸ Cit. J. Lynch, *op. cit.*, p. 345.



do, y le ayudaría a establecerse como rey consorte no sólo de Escocia sino también de Inglaterra una vez que Isabel perdiese la corona. Empero don Felipe le falló premeditadamente al iluso don Juan, al igual que ya había acontecido cuando éste, conquistado Túnez, se soñó rey, alentado incluso por el monarca español.

Para Felipe II la solución de un asunto político europeo no era más urgente que el estudio y asentimiento de una solicitud de fundación de una iglesia en una lejana aldea de las remotas islas Filipinas. El jesuita Alonso Sánchez llegó al Escorial para entrevistarse con el rey en el mismo momento que un despacho le anunciaba a éste el fracaso de la invasión de Inglaterra. Felipe II, imperturbable exteriormente, recibió con su habitual cortesía y tranquilidad al sacerdote, oyó su petición (establecer una misión en Filipinas), tomó sus papeles con toda parsimonia, los ojeó y le ofreció estudiar el asunto.⁹ Con razón escribía don Luis Requesens desde Barcelona (18-VI-1571), víspera de Lepanto, a su hermano Zúñiga lo siguiente: “El pecado original de nuestra Corte de nunca acabar y hazer cosa con tiempo y razón, ha crecido mucho después que vos la vistes y va creciendo cada día.”¹⁰ El obispo don Álvaro de Cuadra, embajador del rey de España en Londres, presentaba fielmente a su señor la situación política del reino inglés, y en carta fechada el 17 de julio de 1563, mes y medio antes de morir, le expone a su soberano que a pesar de sus esfuerzos, la reina seguía fomentando los armamentos navales los cuales tenían por mira el atacar a las flotas españolas de Indias en su viaje de regreso a España.¹¹ Asimismo los embajadores, conde de Feria y obispo Águila, habían denunciado a Felipe II lo mismo y le habían exhortado fogosamente a que tomase represalias contra la reina inglesa.¹² Pero don Felipe II disimula, se aguanta los zarpazos cada vez más peligrosos del leopardo inglés y recurriendo a su paciencia y echando mano

⁹ Cf. F. Colín, 1900-1902, vol. I, p. 407-409.

¹⁰ Cit. C. Ibáñez de Ibero, *op. cit.*, p. 221.

¹¹ O. Ferrara, *op. cit.*, p. 319.

¹² J. A. Maravall, *op. cit.*, p. 185.

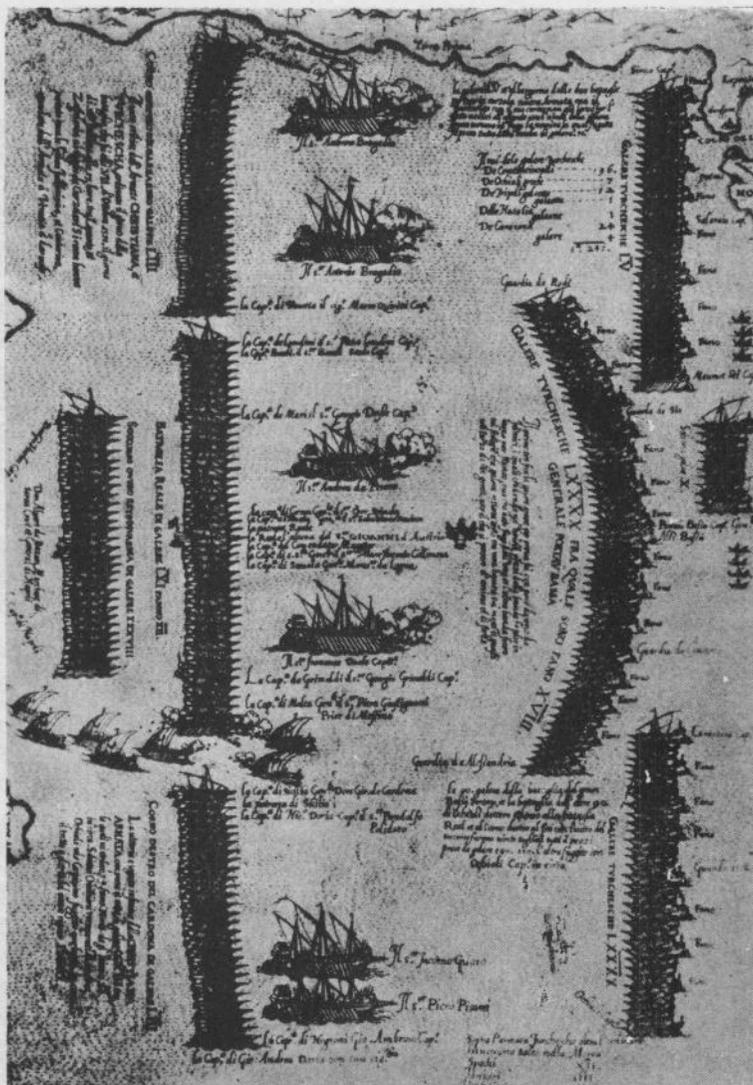


Lámina 7

Disposición de combate de las escuadras turca y cristiana el 7 de octubre de 1571, entre el Golfo de Lepanto y Cefalonia. (Grabado Veneciano, Museo Histórico Naval. Venecia, Italia.)

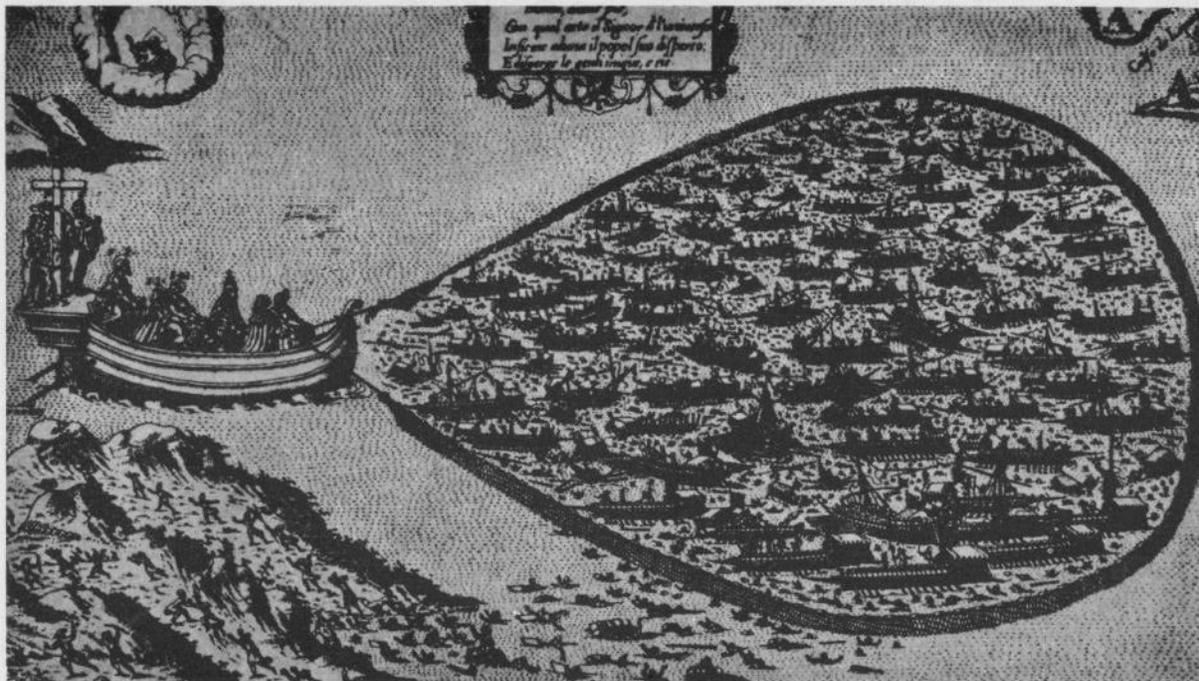


Lámina 8

“La maravillosa pesca de Pedro” el papa Pío V. (Grabado de Niccolo Nelli. Museo Histórico Naval. Venecia, Italia.)



Lámina 9

Medalla conmemorativa de la Victoria de Lepanto, por Giovanni Melone, 1511. ("Juan de Austria Hijo de Carlos I y V, a la edad de xxx años".)

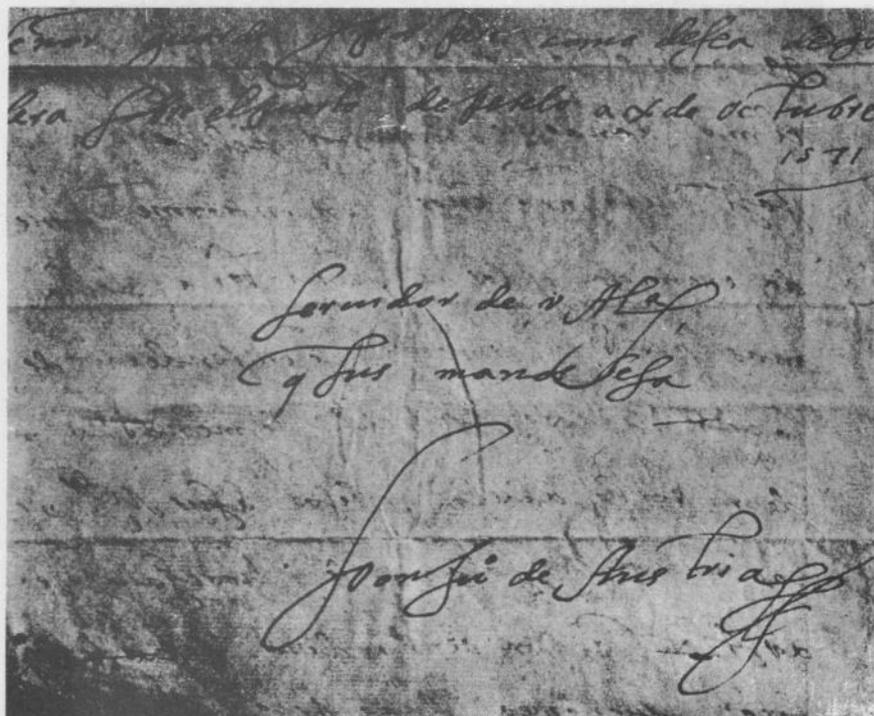


Lámina 10

Letra y firma de don Juan de Austria (10 de octubre de 1571). Carta enviada al duque Rodolfo, emperador Rodolfo II, más tarde. (Archivo del Estado. Viena, Austria.)



de inagotable buena voluntad espera que sus manipulaciones diplomáticas, que su oro, pródigamente derramado por vía de soborno, y que el tiempo, sobre todo el tiempo, remansarán las cosas y las pondrán en su debido lugar y orden. Mientras tanto, con mal calculado retraso, envía como embajador, en reemplazo del fallecido Cuadra, a don Diego Guzmán de Silva, que logra frenar a la reina, pero no lo suficiente como para detener el crecimiento acelerado de las flotas inglesas, tanto la propiamente real como las privadas, creadas a base de la estrecha asociación comercial de las compañías mercantiles y manufactureras con Isabel I.

El gran proyecto del almirante hugonote Coligny, de reducir el poderío español mediante la supremacía naval francesa, es heredado por Duplessis-Mornay y por Guillermo de Orange. A este encantador y provechoso proyecto se sumarán con gozo y ansias la reina inglesa, los cortesanos y los grandes inversionistas y aventureros de la corte tras la malhadada segunda aventura de John Hawkins en Veracruz (1568): el gran pretexto para descararse (embargo, como ya indicamos, de los 800,000 ducados enviados a Flandes por don Felipe para pagar al ejército) y para atacar ya abiertamente, sin mayor disimulo y por vía de represalias los bajeles y puertos del imperio. A pesar de todo, Felipe sigue aún mostrándose conciliador, diplomático, manso, simulador. El juego político de Felipe II consiste en no romper con Inglaterra; contar con ella como contrapeso del platillo favorable de la balanza francesa. El problema del rey de España era —como ya hemos dicho— la amenaza creciente de Francia y el riesgo de una eventual alianza entre ésta e Inglaterra, de aquí su paciencia y sus secretas negociaciones para evitar se sumasen en contra suya el poder militar galo y el naval inglés.

Para la atrevida Inglaterra los ocho años de respiro (1580-1588) fueron determinantes; aumentó prodigiosamente su flota mercante y guerrera, la perfeccionó, entrenó a sus marinos y marineros y arreció en sus ataques contra el comercio español de ultramar. La reina inglesa, aunque tampoco deseaba la guerra, doblaba las manos y autorizaba bajo cuerda la



guerra en corso y la piratería.¹³ La marina inglesa y los extraordinarios marinos y navegantes que la capitanearon fueron productos de la alianza o, mejor, del maridaje de la reina con el comercio. En un principio —de 1555 a 1569— las relaciones anglohispanas fueron, podemos decir, de guerra fría o de “incómoda amistad”.¹⁴ Isabel I, reina inteligente y prudente, culta latiniparla asimismo, pero de la que se dice que prefería las peleas de osos y perros a las tragedias de Shakespeare y Marlowe, no accedió en un principio a la presión de sus súbditos: la nueva clase burguesa representada por hombres audaces, libres y emprendedores, deseosos de jaquear y de ser posible acabar con el poderío español. Ella buscó la manera de avanzar poco a poco jurando y haciendo al mismo tiempo votos por la continuidad de su larga amistad con el pueblo español. Sólo cuando esta astuta y extraordinaria mujer se sintió segura de sus propias fuerzas, dejó a un lado su prudencia y se lanzó de lleno a la guerra comercial contra España; a la contienda por el dominio del mar, condición previa para la victoria mercantil.

A fin de cuentas Felipe II no tuvo más remedio que encarar seriamente la situación; dejó sus rodeos y manejos diplomáticos y comprendió que si quería someter a sus rebeldes y calvinistas súbditos flamencos —los cuales ponían además en grave peligro a la parte católica valona (más o menos la Bélgica actual) sostenida por España con sus famosos y eficaces tercios—, acabar con la ayuda que les prestaba Isabel I y terminar de una vez por todas con la piratería nórdica (“privateers” y mendigos del mar) no le quedaba otra opción sino aplastar a la esforzada y, ya para él, descarada e indomeñable Inglaterra. Coincidiendo con este cambio en la orientación política, el 13 de enero de 1586 recibía el rey de España una carta de don Álvaro de Bazán, en la que éste le recordaba la de tres años antes y le incitaba nuevamente a comenzar una guerra ofensiva contra Inglaterra por el inconveniente que traía consigo la actitud defensiva sostenida hasta

¹³ M. Lewis, *op. cit.*, p. 42.

¹⁴ *Ibidem*, p. 21.



entonces por el monarca. El avezado marino sugería la preparación de contingentes navales y militares para ir acosando y doblegando al enemigo conforme fuesen creciendo las fuerzas de España. Más inquieto ahora el rey, dejando a un lado su lentitud e irresolución, apremió al práctico almirante para que a la mayor brevedad posible le presentase un plan naval y militar para doblegar a los ingleses. Presuroso ahora el monarca, con las prisas febriles que asaltan y aquejan de pronto a los hombres que, como él lo había hecho, han dejado pasar el tiempo y han derrochado oportunidades, quiso hacer en un año lo que por décadas había aplazado: preparar una flota, invadir a Inglaterra y acabar con el protestantismo (anglicanismo y puritanismo); restablecer el catolicismo, que todavía contaba con la aquiescencia de una buena parte de la población, y extinguir de una buena vez el foco de la resistencia protestante nórdica que tantos dolores de cabeza le había levantado desde el punto y hora en que la joven reina Isabel se había ceñido la corona (1558) y se había negado a entregar su mano a los no escasos pretendientes, entre ellos el propio rey de España, para esposarse, como ella dijo, lamentó¹⁵ y repitió siempre, con su amado pueblo, con su Inglaterra.

Respondiendo a la enfermiza impaciencia del rey, el marqués de Santa Cruz redactó y presentó un proyecto en sesenta y nueve páginas, en el que pedía una crecidísima suma y un número de soldados, marineros y naos doble del utilizado en Lepanto. El viejo marino calculó que era necesario disponer de quinientas diez naves, de noventa y cuatro mil doscientos veintidós hombres y de 3 800 000 ducados para llevar a buen término la proyectada invasión. Don Felipe II redujo el fabuloso presupuesto a menos de la mitad; apresuró la construcción de los bajeles; dio órdenes para el rápido armamento, municionamiento y avituallamiento de éstos y convirtió a la empresa contra Inglaterra en un compli-

¹⁵ “Lamentó” en el sentido de que se presionó políticamente sobre ella para que nunca contrajera matrimonio (Leicester, Essex, Alençon, Felipe II...) pese a que su temperamento no era el más apropiado para mantener la *castidad oficial* que se le impuso por egoístas razones de estado. De hecho fue una reina que, en tanto que mujer, fue sacrificada.



cado rompecabezas de órdenes y contraórdenes, amén de intrigas (las de Leyva, por ejemplo). El marqués, capaz y meticulado, se desesperaba ante las exigencias indoctas del monarca, puesto que don Felipe metía las narices en todo. Comía ansias el rey y lo peor del caso es que, como ocurrió cuando preparó la expedición naval contra los turcos, quiso también ahora señalar la estrategia y marcar las pautas tácticas. La escuadra española debería obtener el dominio del Canal de la Mancha, después de lo cual el duque de Parma, dándose la mano con el marqués de Santa Cruz, invadiría con su ejército veterano, de más de sesenta mil hombres, a Inglaterra. El plan fraguado por el rey era pésimo y Santa Cruz lo objetó porque suponía un mando dividido (marqués y duque) y, sobre todo, porque no había en Flandes un puerto adecuado, en posesión de España, donde fondease la flota y se embarcasen los tercios para iniciar la conquista de Inglaterra. Igualmente el duque de Parma, sobrino del rey, impugnó el proyecto y demandó se aplazase hasta que él pudiese tomar el puerto de Flusinga, el único en el territorio del Flandes septentrional con capacidad y calado suficiente para aceptar los grandes galeones y demás naves de la armada española, porque el de Sluys, que acababa de conquistar el de Parma con grandes trabajos, había quedado azolvado. Su brillante campaña en Flandes había dejado solamente a Holanda y Zelanda en manos de los insurrectos y era de esperarse que rematara las acciones guerreras conquistando las dos últimas provincias rebeldes. Pero don Felipe no quiere escuchar razones, acepta ciertamente del duque el consejo de neutralizar a Francia; pero le obliga a dejar por el momento las acciones contra holandeses y zelandeses (respiro para ambos cuando ya casi estaban derrotados) y concentrarse para la aventura inglesa. Las Provincias Unidas se salvan y volverían a salvarse (1589, 1598) cuando de nueva cuenta obligue don Felipe a Alejandro Farnesio a abandonar la ofensiva contra los puritanos holandeses y acudir con las tropas veteranas (españoles, italianos, valones y alemanes) en apoyo de la Liga Católica (los Guisa) en Francia. Alejandro Farnesio



le hizo ver al rey que podían perderse los Países Bajos, a lo que contestó Felipe II que no se preocupase, que si se perdían tan sólo perdería algo que no era suyo, sino del rey.

Por lo que respecta al marino, el rey lo inoportuna y asedia con cartas; las prisas casi irracionales del monarca abruma a Santa Cruz, que responde con mesura y expone pacientemente los inconvenientes que se seguirían de una preparación inadecuada y de la falta de elementos de boca y guerra en la armada. Con absolutista impertinencia Felipe II escribe al cardenal archiduque Alberto de Habsburgo (14-IX-1587), su gobernador en Lisboa, para que éste advierta al marqués

la gran mala obra que recibe el servicio de S. Md. con cualquier larga que le pongan en la execución de lo acordado, que no es menos que necesitarle a una guerra defensiva pudiéndola hazer ofensiva y traerla de la casa del enemigo a la propia. Que le haga resolver luego (si ya no lo estuviere) si quiere yr por todo este mes *con lo que pudiere salir* [cursivas nuestras] o no quiere. Que le advierta que si se encarga de salir luego quan de veras conviene que lo haga, sin dar lugar a que se diga que muestra tibieza ninguna, y con quanta conformidad y buena correspondencia con el Duque de Parma en la forma que le está declarada, y el daño que de lo contrario resultaría y la culpa que se le podría poner de lo que por falta desto succediese al revés de lo que se dessea... que Su A. auise luego por correo en diligencia de lo que a todo respondiере el Marqués no consintiendo que sea la respuesta equívoca o dudosa, sino resolución de sí o no.¹⁶

Contestó el marino al rey aceptando el riesgo de salir; pero que como el invierno ya estaba encima no podía prometer al monarca cosa cierta. Felipe II insístele en nueva carta a que salga el 2 o el 3 de noviembre (orden en verdad disparatada dado lo avanzado de la estación) “*aun con parte de las naves no pudiendo ser con todas*”¹⁷ [insistencia morbosa en el desatino; subrayado nuestro]. Bazán replica que las naos con que debe partir no pueden ser menos de 38 supuesto que

¹⁶ Cit. C. Ibáñez de Ibero, *op. cit.*, p. 260-261.

¹⁷ *Ibidem*, p. 262.



tiene noticia del embajador español en Francia, don Bernardino de Mendoza, que la reina Isabel tenía treinta y siete bajeles entre Plymouth y Southampton; además —le aclara al rey— faltan pertrechos en la escuadra y le es así de todo punto imposible levar anclas. Felipe II exige a Santa Cruz que señale inmediatamente el día de la partida. “Menudean —escribe Ibáñez de Ibero— las cartas sobre este particular.”¹⁸ El 16 de noviembre una gran tormenta daña a la flota surta en el Mar de la Paja. Al rey se le ocurre ahora un doble plan: enviar a Flandes treinta y cinco naves con seis mil soldados a bordo para auxiliar a Alejandro Farnesio y cumplido este primer objetivo regresaría dicha flota a Lisboa para reunirse con todas las demás surtas en dicho puerto, y ya reunidas emprender juntas el viaje y asalto a Inglaterra. A pesar de lo descabellado de aquella orden, el marqués de Santa Cruz contesta resignadamente al rey que todo se hará conforme a sus reales órdenes. El 29 de diciembre de 1587 escribe el almirante: “Toda el armada está falta de artillería como V. Md. verá por las rrelaciones. Y a los galeones deste Reyno les faltan 80 piezas que ay fundidas parte dellas, como he escrito a V. Md. y las otras se van fundiendo.”¹⁹ Por fortuna, al saberse que la armada inglesa era más poderosa que lo que se pensaba enviar a Flandes, se desistió de esa primera fase táctica.

Pero Felipe II no descansa y con subido enfado e increíble dureza apremia a Santa Cruz, carta tras carta. Al fin, con fecha 16 de enero de 1588, informa el marqués al rey que al final de dicho mes podría zarpar toda la armada; pero que faltaban fondos para hacerse a la mar. Para el 23 de dicho mes el dinero (*pecunia belli nervus est*), no había aún llegado, y sin él no se podía pagar a la marinería ni a los soldados. Ese mismo día 23 se presenta en Lisboa, en visita de inspección, el conde de Fuentes. Su informe detallado al rey prueba que el almirante tenía razón: faltaban hombres, artillería y fondos. Dolido Santa Cruz, amargado e impotente frente a

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Cit. ibidem*, p. 263.



las exigencias de su señor, que confiaba más en la Providencia divina que en la situación real, hizo lo mejor que podía hacer dadas las circunstancias y los nubarrones agoreros que cubrían el horizonte de la empresa: morirse; lo cual realizó cumplidamente, de un ataque al corazón, el 3 de noviembre de 1588, a los sesenta y dos años de edad. La irresponsabilidad y las ansias del imprudente monarca acabaron con la casi demoníaca energía desplegada por Santa Cruz e hicieron perder a España al más firme sostén en aquella atrevida empresa.

La famosa prudencia del rey brilla por su ausencia durante los dos años de febriles preparativos. Desde Flandes, el duque de Parma, pesimista desde un principio, encargó al historiador Luis Cabrera de Córdoba que expusiese directamente a Felipe II los inconvenientes y reparos que él hallaba en el proyecto de invasión:

No admitió —escribe el historiador— la suspensión [del envío de la armada] su Majestad, y yo le dixé mirase que el juntarse la Armada de Flandes con la de España no era posible, porque los galeones pescaban veinticinco pies y treinta de agua, y en aquellos mares de Dunquerque en algunas leguas no los había, y no habiendo de estar tan arrendados para no dar en los bancos de arena, con maestres se tendrían muy a lo largo, y entre nuestra armada y la de Flandes podría estar otra del enemigo que pescase menos agua que la de España, para no dejar salir la de Parma sin alcanzar nuestra artillería de la Armada y plazas a batilla y apartalla; y consistiendo la jornada en esta unión y no pudiéndose hacer, no se haría la jornada, y su Majestad perdería tiempo y expensas y aventuraba en mares y canales bajos y de furiosas corrientes por el desemboque de grandísimos ríos, las mayores fuerzas de su monarquía y de la cristiandad, sin tener puerto para asegurarse.²⁰

Empero Felipe II no quiere entender de razones y en el paroxismo de la desesperación ordena (!) ahora a su general que salga en sus lanchones y barcasas con sus tropas e invada a Inglaterra, pese a que la escuadra de Santa Cruz todavía estaba surta en Lisboa y a pesar de que la flota de pequeños

²⁰ L. Cabrera de Córdoba, 1619 (1867-1877), vol. III, p. 288.



galeones holandeses e ingleses vigilaban y bloqueaban la costa. Alejandro Farnesio, hombre responsable, de nervios templados y fría cabeza (todo lo contrario, según se ve, del rey de España, pese a las apariencias externas —frialdad e impasibilidad— de éste) respondió que estaba presto para cruzar él solo con una lancha; pero que no podía enviar a sus soldados a la muerte lanzándolos sin escolta.²¹ Don Felipe tascó el freno y tuvo que desistir de su absurdo plan.

Desde el Escorial el omnipotente, despótico e infalible rey seguía, *nolens volens* imponiendo su real y soberanísima voluntad. Muerto, como hemos dicho, el marqués de Santa Cruz, del corazón o de fiebre maligna no menos que de rabia y despecho, don Felipe II, que sólo escasas veces se distinguió en la elección del hombre adecuado para el momento preciso, nombró jefe de la armada, por motivos de prestigio aristocratizante, al duque de Medina Sidonia. Éste había participado en San Lúcar y Sevilla en los preparativos de la armada y nada más, y como hombre cabalmente honrado, expuso por carta a su rey lo impropio del nombramiento puesto que nada entendía de cosas de navegación ni de guerra y se sentía además físicamente incapacitado para aquella (para él) imposible jornada. Mas oigamos al pobre duque según reza su carta del 24 de junio de 1588:

Su Majestad ha puesto los ojos en mí para encargarme esta jornada, y la haga (a Dios y a Su Majestad tan gran servicio como se espera de la empresa que con ella ha de hacer) dándome la mano con el duque de Parma y las fuerzas que él tiene y volviendo las unas y las otras contra Inglaterra. Y que esta Armada que aquí se hace se junte con la de Lisboa, y yo vaya en ella y me junte con la de aquel Reino, y seguir y obedecer sus órdenes. A todo lo que en esta materia responderé, en lo primero, besando a S. M. sus Reales pies y manos, por haber echado de mí mano en negocio tan grande, para cumplir con el cual quisiera las partes y fuerzas que para el mismo servicio eran forzosas. Estas, Señor, yo no me hallo con salud para em-

²¹ Cit. E. Herrera Oriá, 1928, p. 1-11, 98-100; y, del mismo autor, 1946, p. 53-61, 138-139.



Lámina 11

El duque de Alba, por Antonio Moro.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



barcarme, porque tengo experiencia de lo poco que he andado por el mar i que me mareo, y porque tengo muchas reumas. Además de esto sabe Vuestra Merced, como muchas veces se lo he dicho y escrito, que estoy con mucha necesidad; y que es tanta que para ir a Madrid las veces que lo he hecho, ha sido menester buscar el dinero prestado y parte del adovio. Mi casa debe novecientos mil ducados, y así, y por eso, no me hallo con posibilidad ni tengo un real para gastar en la jornada.

Justamente con esto, ni por mi conciencia ni por obligación puedo encargarme de este servicio, porque siendo una máquina tan grande y empresa tan importante, no es justo que la acepte quien no tiene ninguna experiencia de mar ni de guerra porque no la he visto ni tratado. Así, señor, por lo que es el servicio de V. M. y amor que yo tengo a él, represento esto a Vuestra Majestad para que se lo diga; y que no me hallo con sujeto ni con fuerzas, ni salud para esta jornada, ni con hacienda, que cualquier cosa de estas eran muy excusables, cuanto más concuriendo todas juntas en mí al presente.

Demás de esto, entrar yo tan nuevo en el Armada sin tener noticia de ella ni de las personas que son en ella y del designio que se lleva, ni de los avisos que se tienen de Inglaterra, ni de sus puertos, ni de la correspondencia que el Marqués [de Santa Cruz] a esto tenía los años que ha que de esto se trata, sería ir muy a ciegas, aunque tuviera mucha experiencia, poniéndome a la carrera tan a la imprevista. Y así, señor, todas las razones que hago son tan fuertes y convenientes al servicio de S. M. que, por el mismo, no trataré de embarcarme, por lo sin duda que he de dar mala cuenta, caminando en todo a ciegas y guiándome por el camino y parecer de otros, que ni sabré cuál es bueno y cuál es malo, o quién me quiere engañar o despeñar.²²

Pero el monarca español era inflexible, tozudo, y no quería oír objeciones; además tres días antes de morir el marqués ya tenía nombrado sucesor en la persona del duque, lo que prueba que don Felipe no obraba justa ni juiciosamente. Manteniéndose en sus trece no hizo el menor caso de las mesuradas y patéticas razones del buen duque y le presionó

²² Cit. C. Fernández Duro, 1884, t. II, doc. 53, p. 404.



de tal manera que éste no tuvo más remedio que embarcarse y conducir la escuadra . . . al previsto desastre. Don Felipe arguyó a don Alonso Pérez de Guzmán, que no se preocupase por sus nulas dotes de mando y escasos conocimientos, que Dios había tomado la empresa a su cargo y que Él la llevaría a buen fin. Y para que el desacierto fuese todavía mayor no se le ocurrió al obcecado rey nada mejor sino nombrar segundo comandante de la armada o, como decimos ahora, jefe del estado mayor naval, al marino más aborrecido por todos los capitanes y pilotos de las naos, a don Diego Flores de Valdés, persona non grata e impopular asimismo entre la marinería y los soldados, quien tenía además en su contra el abandono de la obra defensiva del estrecho de Magallanes, proyectada, costeadada y puesta en servicio por el infatigable don Pedro Sarmiento de Gamboa.²³

Como hemos escrito líneas arriba, Felipe II confió mucho más en las obras de Dios que en las de sus hombres. Sus tajantes órdenes al duque de Medina Sidonia así como antes las enviadas a don Juan de Austria para el encuentro contra los turcos en Lepanto, y las giradas al duque de Medinaceli antes del espantoso revés de la isla de los Gelves (1560) muestran no sólo su mística confianza, sino también su inquebrantable carácter y rigidez absolutista. De hecho, más que querer combatir a los adversarios quiso amagarlos. A nadie, salvo a Felipe II se le hubiera ocurrido lo que él realizó con cierta prontitud conminatoria: ordenó la publicación y distribución por *todas* las cortes europeas del inconcebible documento oficial intitulado *Organización de la felicísima Armada*, o sumario del armamento fijo y portátil de la flota, soldados y marineros, municiones y dotación de pólvora, provisiones y el dinero que guardaba cada buque en su caja. Ingleses y holandeses tradujeron inmediatamente el texto añadiendo por su cuenta a la enumeración, como píos protestantes, una impresionante cantidad de sogas, de instrumentos de tortura y de cientos de haces de leña seca para atormentar y achicharrar a los herejes, pensando acaso, como alguien dijo, que los

²³ Vide M. Lewis, *op. cit.*, p. 47.



españoles no confiaban en la virtud combustible de la leña nórdica. Don Felipe creyó que bastaba con el mero e imponente despliegue intimidatorio para que el enemigo cediera el campo:

Esto de combatir —escribe el rey en su instrucción secretísima— se entiende si de otra manera no se puede asegurar al duque de Parma, mi sobrino, el tránsito para Inglaterra; que pudiéndose sin pelear asegurar este paso a Parma, por desviarse el enemigo, o de otra manera, será bien que hagáis el mismo efecto conservando las fuerzas enteras.²⁴

Por otra parte la monomanía y meticulosidad ordenancistas de don Felipe rayaban en el ridículo: reglamentos para todo en la flota. Se preocupa y pierde su tiempo en nimiedades que sólo son comprensibles si se tiene en cuenta que la armada iba a realizar, de acuerdo con el pensamiento y religiosidad del monarca, una cruzada espiritual. Se prohíbe jurar, maldecir y blasfemar, jugar a los naipes y embarcar prostitutas; se castiga con pena de muerte la sodomía; el bizcocho sería de buena calidad, debiendo durar cuatro meses embarricado; los cañones deberían alcanzar vez y media la distancia habitual; las cuadernas y quillas deberían ser curadas y estar limpias; se establece un reglamento para tener limpios los bajeles y las gentes y se especifican el modo y la forma en que se han de realizar en las naves las oraciones, ceremonias religiosas y rezos del rosario. Nada de esto, en verdad, podía impedir la buena marcha de la armada; el que el rey precisase la proporción de agua que había de añadirse al vino podría ser engorroso, pero no dañino; lo peor del caso fueron sus instrucciones tácticas y estratégicas. Desde su despacho, a cientos de millas del mar y por primera vez en la historia del mundo, un castellano de tierra adentro, que se consideraba a sí mismo casi como un elegido de Dios, se dispone a dirigir una flota de combate y transporte a una segura destrucción.

En recibiendo la orden mía, que aparte se os enviará —instruye el rey al duque—, saldréis con toda la Armada e iréis derecho al

²⁴ Cit. O. Ferrara, *op. cit.*, p. 336.



Canal de Inglaterra, subiendo por él arriba hasta el cabo de Margat, para daros allí la mano con el Duque de Parma y Plasencia, mi sobrino, y allanar y asegurar el paso para su tránsito, conforme a la traza acordada y resolución que ambos tenéis mías [...] señaladamente [os he de] advertir que el disignio del enemigo será pelear de fuera por la ventaja que tiene de artillería, y los muchos fuegos artificiales de que ven[drá] prevenido, y que, al contrario, la mira de los nuestros ha de ser embestir y aferrar, por lo que les tienen en las manos, a que es menester que va[yáis] muy atentos para hacerlo ejecutar.²⁵

Como puede apreciar el lector, justamente dos meses antes del combate don Felipe —singular Casandra— supo cómo iban los ingleses a pelear. Su apreciación fue correctísima: acortar distancia y combatir de cerca para que los mosquetes y cañones españoles (de menor alcance estos últimos que las culbrinas inglesas: 300 yardas) pudiesen obrar eficientemente como preludeo para el abordaje; “pero lo que don Felipe olvidó decir —escribe Mattingly— es cómo podía llevarse a cabo tan interesante estratagema”.²⁶ Terminados los preparativos de la armada partió ésta de Lisboa hacia su fatal destino (18-V-cómputo inglés, o 28-V, cómputo español de acuerdo con la reforma calendárica gregoriana), emproando rumbo al sur (!) puesto que el rey había ordenado partir con el primer viento que soprase, y el que sopló lo hizo en dirección nada favorable, hacia el austro. De hecho la armada española estaba de antemano sentenciada desde el punto y hora en que partió (o intentó partir) hacia Inglaterra, puesto que la tarea que tenía que realizar era de suyo imposible. La flota española levó anclas; pero no estaba bien equipada para una jornada tan larga; iba escasa de vituallas, municiones y pólvora. De estas dos últimas únicamente las imprescindibles para sostener el fuego durante cuatro o cinco días. Don Francisco de Bobadilla, jefe de los tercios de infantería, presente en la batalla naval de 1588, puso como testigo al general conde

²⁵ *Apud* C. Fernández Duro, *op. cit.*, t. II, p. 7.

²⁶ En G. Mattingly, 1961, p. 284.



de Fuentes, don Pedro Enriquez de Acebedo, de lo que pleiteó con don Juan de Acuña al respecto.²⁷ Don Pedro de Valdés, marino destacado, pero de más que dudosa actuación durante la batalla, pues habiendo perdido su galeón insignia (*Nuestra Señora del Rosario*) su bauprés y palo de trinquete, por colisión con otro navío, se rezagó y Drake lo tomó sin disparar un tiro, había aconsejado asimismo al rey que fortaleciese la artillería porque “su experiencia le decía que sobre esta arma confiaría principalmente el enemigo”.²⁸ También el joven y osado Alonso de Leyva, muy estimado del monarca, aconsejó a éste en el mismo sentido tras la hazaña de Drake en Cádiz (1587), quien al mando de la flota inglesa y él mismo a bordo de su nave insignia, el mortífero *Elizabeth Bonaventure*, hizo un tremendo destrozo en las naves y provisiones españolas que se hallaban en el puerto. El golpe audaz del gran marino atrasó un año la expedición y Drake pudo jactarse de ello, expresándolo a su modo, al decir que su tarea consistió en chamuscar las barbas del rey Felipe.

2. ANDANADAS Y CONTRAANDANADAS POÉTICAS

El pueblo español (el labriego, el artesano, el menestral y el comerciante menor, los verdaderos paganos —aparte soldados y marineros— de la empresa en sus comienzos y en su trágico final), acogió con admiración y fervor la construcción de la gran armada, que acaso el entusiasmo popular y no la ironía, el escarnio y burla extranjeras denominó *Armada Invincible*. Los poetas, henchidos de fe y patriotismo, cantaron las excelencias y fuerza de la gloriosa flota con la que se iba, nada menos, a sojuzgar a Inglaterra y a purificarla de sus heterodoxias protestantes. Por las calles de Sevilla y Madrid también cantaban los niños:

Mi hermano Bartolo
se va a Inglaterra

²⁷ Vide C. Ibáñez de Ibero, *op. cit.*, p. 285.

²⁸ Cit. M. Lewis, *op. cit.*, p. 45.



a prender al Draque
y a matar a la reina.
Tiene de traerme
a mí de la guerra
un luteranico
con una cadena
y una luterana
a señora abuela.²⁹

El culterano Góngora, resentido no tanto de Inglaterra sino de sus piratas y de la varonil reina, clamó de esta suerte:

¡Oh isla católica y potente,
templo de fe, ya templo de herejía,
lumbre de Marte, escuela de Minerva,
digna de que las sienas que algún día,
ornó corona real de oro luciente
ciña guirnalda vil de estéril yerba;
madre dichosa y obediente sierva
de Arturos, de Eduardos y de Enricos,
ricos de fortaleza y de fe ricos,
agora condenado a infamia eterna
por la que te gobierna
con la mano ocupada
del uso en vez del cetro y de la espada;
mujer de muchos y de muchos nuera!
¡Oh reina infame; reina no; mas loba
libidinosa y fiera:
*“Fiamma del ciel su le tue treccie piova”!*³⁰

Y Quevedo, en competencia una vez más con su rival, recogió a su vez el tema infamante y descargó su furia sobre la odiada Isabel I (1601):

... Y en tanto, tú, gran reino de Bretaña
(de armas un tiempo singular trofeo),
sacude aquesta infamia que te infama;

²⁹ Cit. F. Díaz-Plaja, 1971, p. 158.

³⁰ *Ibidem*, p. 160.



adorna tu blasón con el deseo
con que te quiere honrar la invicta España
(pues ves que a voces te apellida y llama),
antes que encienda su corrusca llama
tus muros, capiteles y molduras
y las torres del tiempo no seguras;
¿por qué sujetas tu feroz braveza
a mujeril vileza,
y tu gran valentía
a cabeza de seso tan vacía?
Pues la regia corona y la diadema,
por verse puesta en frente tal, blasfema,
por ser más digna tan lasciva frente
que el rizo de oro encrespó el fuego ardiente.⁸¹

Lope de Vega suma a su canto poético la actividad fogosa y exaltada. Ya había estado en la acción de la isla Tercera, y ahora se embarca en el galeón *San Juan*, al mando de Juan Martínez de Recalde, y de no haber sido desembarcado enfermo en la Coruña hubiera sido protagonista de la aventura y testigo del intenso cañoneo que la nave española sufrió de tres inglesas que la rodearon, capitaneadas respectivamente por Drake, Hawkins y Frobisher. Cuando parte la flota española para su incierta aventura escribe con entusiasmo el joven poeta de veintiséis años:

De pechos sobre una torre
que la mar combate y cerca,
mirando las fuertes naves
que se van a Inglaterra
Famosa armada de estandartes llena,
partidas todas de la roja estola
árboles de la fe donde tremola
tanta flámula blanca en cada antena.

Selva del mar, a nuestra vista amena
que del cristiano Ulises la fe sola

⁸¹ *Ibidem*, p. 175.



te saca de la margen española
contra la falsedad de una sirena.³²

Para tal vez no ser menos, por lo que se refiere a denuestos poéticos de odio y despecho contra la reina Isabel I, un poeta anónimo escribe lo siguiente a raíz de la muerte de María Estuardo:

Ingrata reina, de tal nombre indina,
maldita Jezabel descomulgada,
¿que turbas la divina paz armada?
Tu soberbia cerviz al yugo inclina
de nuestra Santa Madre regalada;
mira que fuiste en ella bautizada,
piensa, cuídate, en tu total ruina.
No muevas más escándalos, retira
el alma triste del furor que tiene
a la razón cristiana en tal afrenta.
Vuelve en tí, miserable, advierte, mira
que aunque el haber escándalos conviene,
¡ay de aquel que los mueve y los sustenta!³³

Si reflexionamos un poco resulta que el tratamiento no sólo significante sino también ilustrativo que recibe la reina Isabel I por parte de estos cuatro poetas españoles (sirena engañosa, mujer vil, lasciva y sin seso; reina ingrata infame, indigna y miserable; Jezabel maldita y, más que eso, loba feroz y libidinosa, sobre cuya cabellera ha de llover la llama del cielo) es bastante más violento e injurioso que el que recibirá el gran marino y corsario sir Francis Drake por parte del propio Lope de Vega, su contemporáneo. No puede negarse que en *La Dragontea*³⁴ no se escatiman los epítetos y adjetivos zahirientes desde la apertura del primer canto. “Dragón de la cruel Medea” (*canto 1*) comienza por apellidarle el poeta, y

³² Bib. AA.EE. Lope (Poesía).

³³ Cit. F. Díaz-Plaja, 1971, p. 157.

³⁴ Como podrá verse en nuestra bibliografía, hemos utilizado la edición de 1935, que numera las octavas reales, no lo hace así la edición de Aguilar, que también hemos manejado.



no lo bajará de “ladrón” y “pirata inclemente” (c. viii), conjurado con el diablo y renegado de Dios (c. ix). La muerte del “atrevido e indomable” Drake (c. x) se anuncia lúgubre y aterradora en el “negro camarote” (*ibid.*), anticipo del féretro, en donde, metido en el lecho, se está muriendo el Dragón víctima del terrible tósigo que le administra su camarero a instancias de los tripulantes y soldados.

688

Ya voy, ya voy ¡Oh sombras espantosas!
Y con ella quedó la lengua helada.
Paráronse las niñas temerosas,
Y la cárdena boca traspillada.
A que la eterna del infierno ocupe
El alma pertinaz del pecho escupe (c. x).

La religión “Santísima Cristiana pone la planta del pie sobre la cerviz del dragón britano (*ibid.*) y el “miserable” es sepultado sin gala ni malla acerada, sin banderas a la fune-rala ni cajas destempladas, no en la madre tierra, sino en el mar; “como echando cuerpo muerto a fieras” (*ibid.*). A manera de epitafio estas dos octavas reales:

696

Una caja lastrada y dos anclotes
Para que el fondo frígido aferrasen,
Fueron el ataúd y sacerdotes
Que al corrompido cuerpo acompañasen.
Allí los protestantes y hugonotes
No tuvieron sufragio que rezasen;
La caja sepultada en el arena
Quedó de conchas y langostas llena (c. x).

728

En sepultura de animales rudos
Y de Jerusalén la puerta afuera,
Que no en su templo con trofeos y escudos



Quedarás para siempre, bestia fiera.
Que bien te llevarán los peces mudos
Que roen en el fondo tu litera.
Al lastre mismo de las tablas presos,
Para gastar tus miserables huesos (c. x).

Lope da gracias al cielo (c. x) porque el Cordero de Dios ha hecho guerra contra el “gran Dragón y la mujer sentada” (Isabel I), utilizando la cruz de la sangrienta espada, con la ayuda de España, Italia y América. Mas pese a esta sacrosanta e indignada condenación, que está expresada desde el nivel religioso católico, trascendental para el poeta, a lo largo del épico poema relata Lope de Vega varias anécdotas donde El Dragón es presentado no como “bestia fiera” sino como hombre compasivo y generoso. Al soldado español que no huye sino hace guardia en torno al lecho de su madre enferma, Drake le dice: “¡Oh cuán bien, replicó, tu vida empleas! ¿Qué puedes hacer más, cuando inglés fueres?” (c. vii). Apresa el marino inglés a don Francisco de Zárate, caballero de Santiago, y le devuelve sus bienes en testimonio de la osadía demostrada por el español, y certifica Lope: “Por su valor su hacienda le volviste. Que siempre en el rigor piadoso fuiste” (c. i). Cuando los soldados ingleses apresan a una bella española que cuida del marido enfermo y vela por su anciano padre, ésta se dirige a Drake pidiéndole piedad:

Fama tenéis de blandos y piadosos
venciendo el apetito la osadía,
No como algunos piensan virtuosos,
Porque nacidos habéis en tierra fría (c. v).

Y Drake prohíbe a sus soldados que ofendan a la dama y responde compasivamente a la piedad de él solicitada.

En el canto II nos muestra Lope una latente admiración por Drake, cuando la Codicia anima durante el sueño al ocioso marino y lo incita a la acción:

91

¿Soy por ventura aquel Inglés famoso
Que con sola una nave en doce lunas



Lámina 12

Alejandro Farnesio, duque de Parma.



Lámina 13

Don Álvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz.



Toqué del mundo el círculo espacioso
A pesar del estrecho y sus fortunas?
Y en el Sur apartado y caluroso
Coloqué tus británicas columnas,
Admiración de Alcides y de Carlos,
Que si no los vencí, pude imitarlos.

El “nuevo Ulises” (c. iv) se despereza, la Codicia insiste y a modo de emulación y estímulo se pregunta:

92

¿Ha llegado jamás inglesa espada
A la parte del mar que significa?
¿Quién, sino mi Dragón, ofende y daña
La sierpe imagen de la antigua España? (c. ii) ³⁵

Despierta Drake, corre a entrevistarse con su reina, le pide naves, se las da y “Parten los barcos para la alta empresa. Con verdes ramos y almagrados remos” (c. ii). Lope de Vega no ahorra elogios y pone en boca del propio marino inglés estas palabras que, de hecho, son un aplauso expreso, que no tácito, de la hazaña de Drake al circunnavegar el mundo siguiendo la ruta de Magallanes-Elcano: ³⁶

57

Mira después aquel heroico hecho
De tu viaje célebre en el mundo,
Cuando pasaste aquel famoso estrecho,
Siendo de Magallanes el segundo.

³⁵ Alusión a Ofiusa (País de las Sierpes), al sur de la península Ibérica (Columnas de Hércules, Gibraltar-Ceuta), de acuerdo con el poema de Rufo Festo Avieno, *Orae maritimae*, que utilizó un periplo griego muy antiguo.

³⁶ Propiamente hablando, el primer navegante que dio la vuelta al mundo fue Juan Sebastián Elcano (1476-1526), que tomó el mando de la expedición al morir Magallanes, y a bordo de la nao *Victoria* completó la circunnavegación. Carlos V lo hizo caballero y le dio por armas un globo terráqueo con esta leyenda: *Primus circumdedistime*. (El primero que me rodeó.)



Bien conoció la Reina tu gran pecho,
Que pudo hacer temblar el mar profundo,
Cuando te dio los tres navíos solos,
Que vieron de un viaje los dos polos (c. 1).

Don Francisco de Zárate, primo del duque de Medina Sidonia, iba navegando a la altura de Acapulco cuando a la luz de la luna observó que el *Golden Hind* le seguía, alcanzaba y abordaba. Drake preguntó a don Francisco si en el navío capturado había oro o plata perteneciente a don Martín Enríquez, su antiguo enemigo de Veracruz (1568). Zárate le dijo que no y Drake le respondió que le gustaría cruzarse algún día con el antiguo virrey para hacerle ver cómo un caballero debe mantener y guardar la palabra empeñada. A la hora de la cena el circunspecto corsario invitó al caballero español, lo sentó junto a él, le dio a comer de su propio plato y le manifestó que no temiese por sus riquezas y pertenencias, que estaban seguras, ante lo cual, agradecido el prisionero, le besó las manos. Sólo le requisó Drake muy cortesmente una esmeralda y ciertas bagatelas para su esposa, a cambio de las cuales le regaló una espada de ancha hoja y un pequeño brasero de plata. A cada uno de los marineros y de los pasajeros pobres les regaló un puñado de reales. Zárate describe a continuación la disciplina, el orden y policía que había establecido Drake en el *Golden Hind*. Cuando el navío español comenzó a ser saqueado, ningún marinero inglés tomó nada para sí sin autorización de su capitán. Drake favorecía mucho a sus hombres; pero no les permitía la menor falta y todos ponían el máximo cuidado en tener limpio el arcabuz. Llevaba consigo Drake un pintor que tomaba notas de las costas, con sus exactos colores; se acompañaba también de músicos para amenizar las comidas, las cuales se hacía servir en su vajilla de plata con filetes de oro, y usaba perfumes y cosas delicadas que le había regalado la reina. Este estilo de vida, del que fue testigo Zárate,³⁷ no fue exclusivo de Drake sino que fue habitual en los grandes

³⁷ Para toda esta historia, véase Zelia Nuttall, 1914, p. 199-210. Véase también en A. L. Rowse, *op. cit.*, p. 184-185.

marinos ingleses de la época isabelina, como Hawkins, Greenville, Cavendish, para citar tres más de aquella extraordinaria generación de hombres libres, ambiciosos y emprendedores. El informe de Zárate es objetivo y no muestra animosidad, sino antes bien una indisimulada simpatía por aquel marino inglés que se comportaba como un cortés y digno caballero.

Hemos visto como Lope en su epopéyica *Dragontea* (1598) se dedicó a contar los desaguisados de Drake, desde el punto y hora en que éste comenzó a combatir a los españoles, hasta su muerte en Las Antillas (1596). Murió de disentería, en pleno delirio; su cadáver fue puesto en una caja y lanzado al mar, frente a la Tierra Firme, a cierta distancia de Portobelo y un poco al este del castillo de San Felipe, como señala en su informe el capitán William Parker, que tomó parte en la expedición, Hawkins había también fallecido un poco antes, apenas llegada la armada inglesa a Las Antillas.³⁸ Esta vez no hubo sorpresas, los españoles habían creado formidables defensas y los ataques ingleses a Puerto Rico, Cartagena de Indias y Panamá fueron rechazados. Una década antes (1585) habían sido testigos aquellas aguas de los asaltos del audaz corsario a los puertos y rutas del interior (Panamá), donde sorprendió a una conducta de plata y levantó en su favor a los negros cimarrones. Un testigo fiel de aquellas depredaciones fue el famoso beneficiado de Tunja (1586-1587), Joan de Castellanos, quien en sus *Elegías de varones ilustres de Indias* incluyó el “Discurso de el Capitán Drake”, escrito en el mismo mes de la partida del marino de Cartagena de Indias (abril de 1586), ciudad a la que el inglés había tomado y saqueado al igual que durante esta incursión había hecho con Santo Domingo y Puerto Rico. En la Biblioteca Nacional de Madrid se encuentra el manuscrito de las *Elegías* enviado por Castellanos; pero al que le faltan las fojas correspondientes al “Discurso”, que fueron cortadas (censuradas) por orden de don Pedro Sarmiento de Gamboa, del que en páginas atrás ya hemos hablado, marino, colonizador del estrecho de Maga-

³⁸ A. L. Rowse, *op. cit.*, p. 301-302.



llanes, perseguidor sin éxito de Drake cuando éste irrumpió en el Pacífico (1577) y censor del Consejo de Indias. Por suerte el cura poeta había enviado otra copia a un amigo de España, la cual después de muchas vicisitudes fue localizada en Inglaterra, copiada y publicada por la década de los veinte de la centuria en curso. Castellanos conoció a Drake, supo de la aureola legendaria y casi maravillosa con que en los mentideros de Sevilla y en las poblaciones costeras de España y de Indias la gente ingenua y sencilla circuntestaban al brujo navegante. Se decía a cuenta de su habilidad para escapar a las persecuciones y presentarse inesperadamente allí donde podía obtener pingüe botín, que poseía un espejo mágico que le servía para orientar sus naves y evitar las enemigas que le buscaban para darle caza. Él podía surgir y zarpar a su arbitrio, sin que hubiese poder humano capaz de apresarle, puesto que había pactado con Satanás. El pueblo modificó su nombre y le llamó El Dragón, pues como el fabuloso animal no sólo escupía fuego certero desde su buque sino que parecía hacer volar al mismo. Castellanos nos lo describe desprovisto de toda magia, al natural, tal y como era Drake a sus 45 años:

Y el general en años es propinquo
pues no pasava de cuarenta y cinco.

.
Hes hombre rojo de gracioso gesto,
menos en estatura que mediano;⁸⁹
mas en sus proporciones bien compriesto
y en plática, medido cortesano,
respuestas vivas, un ingenio presto
en todas quantas cosas pone mano,
en negocios mayormente de guerra
muy pocas o ningunas veces yerra (c. 1º).

Naturalmente no faltan impropiedades en los cinco extensos cantos: “ladron inglés” (c. 1º), “ladron herege fermentido”

⁸⁹ Como escribe A. L. Rowse, “Drake fue evidentemente uno de los pequeños grandes hombres de la historia, como Napoleón y Wellington; pero fue robusto y de anchos hombros” (*op. cit.*, p. 178, n 2).

(c. 2^o), “cupido ladrón” (c. 5^o), “astuto ladrón de Inglaterra” (c. 1^o) y otros muchos más de este jaez que no vale la pena traer a cuento. Empero junto a estos casi naturales desahogos, Castellanos lo considera “astuto” y “varón sage y animoso para cualquier empresa” (c. 1^o), hombre diestro (c. Id.).

Ningún riesgo recela, si ay provecho,
ni piensa ser vencido, si pelea,
antes, con tales sfucias pone pecho
contra quien resistiendo se menea,
como si ya supiese que su hecho
tiene que subçeder como desea,
tanto que muchos dan por testimonio
que deve de tener algún demonio (c. 1^o).

Es cierto que asalta y despoja a los bajeles españoles, pero se muestra amable y fino. Toma la nave mercante de Juan de Antón, piloto vizcaíno, y utilizando el derecho de guerra le dice a éste: “Deme luego lo que es mío” (c. 1^o) y a los tripulantes vencidos “háblales con toda cortesía, [con] urbano y amigable tratamiento” (*Ibidem*) y les regala jubones, piezas de ruana y de holanda. Y “dábalo [Drake] con palabras comedidas y ciertos cumplimientos singulares” (*Ibidem*). También El Drake, prosigue Joan de Castellanos, “dezía con buen semblante palabras y façecias de chocante” (*Ibidem*), como cuando recordando, sin duda, el alegato de Francisco I ante el emperador Carlos V, según cuenta Jovio, pide al vizcaíno despojado que lo saque de una duda:

Pues que tenéis tan buen entendimiento
haze[d]me desta duda satisfecho:
¿Adán mandó por algún testamento
a solos Hespañoles el provecho?
La cláusula mostrad y ordenamiento
haré rrenunciación de mi derecho,
porque si lo contrario desto fuere,
avrá de llevar más quien más pudiere (c. 1^o).

Drake se justifica porque, a fin de cuentas, sólo quiere participar como hijo de Eva de la ganancia que los españoles



obtienen de la tierra americana. Dejó ir al vizcaíno con su barco ya vacío, pero le entrega una libranza “por lo que tomaron a mi tío Joan Acle,⁴⁰ cuyo mal tengo por mío” (c. 1^o). Asalta otro navío cargado con jarcias, sebo, brea, vituallas y vino y “consuela a los desposeídos” (*Ibidem*). También apunta Castellanos a cierta virtud económica distributiva que Drake, según él —que no estaba en lo cierto—, practicaba: la reina entraba en compañía con el marino y éste repartía el botín haciendo seis partes: una para la soberana, otra para él y las cuatro restantes para los soldados y marineros. Indudablemente la distribución del despojo, algo más del 66 por ciento para los de abajo, hubiera sido motivo de alabanza por parte de la gente común española y ello podría explicar, entre otras razones, la mutilación censorial sufrida por el texto original, y añadir además el grave pero justificado hecho de que la gente pobre no quiso pelear (c. 4^o). Asimismo hay que poner en el platillo de la balanza, que es favorable a Drake, su decisión de hacerse corsario, algo, oh dolor, que los españoles más decididos sólo podían admirar en el marino enemigo, sin poderse nunca ver en ese soñado y ambicioso espejo:

Creció con él un alto pensamiento,
grandes y superbísimos conceptos,
no sin fatiga del entendimiento;
para poder llegar a los efectos
puso bivas espuelas al intento
con otros, a su voluntad sujetos;
y así, con el recaudo necesario,
determinó de se hazer corsario (c. 1^o).

El lírico Joan de Castellanos que con emoción recuerda, canta y lamenta los acontecimientos de sus paisanos descubridores y conquistadores dignos de ser llorados, incluye en sus *Elegías* las victorias y éxitos de un enemigo decidido y tenaz de España; un argumento más que sumar al de las posibles razones que movieron al censor a ordenar la mutilación de

⁴⁰ John Hawkins, el Juan Aquines de San Juan de Ulúa (1568).



este texto, en donde las hazañas del Drake son más o menos veladamente aplaudidas y se denuncian la indefensión y desamparo naval y militar de las Indias. Razones de estado moverían también a Sarmiento de Gamboa para prohibir tan expeditamente como lo hizo la publicación del peligroso texto. No, no hay una marcada animadversión contra Drake, sino antes bien, según nos parece, un tácito (a veces expreso) asombro ante la vida de un hombre que es plenamente dueño de su destino; de la vida de un hombre que de haber podido ser leída habría provocado, sin lugar a duda, la admiración e incluso la sana envidia de los hombres hispánicos más representativos de aquel tiempo. Drake fue, sin duda alguna, temido; pero fue mucho más envidiado. Inclusive el papa Sixto V exclamó con asombro tras la proeza del marino en Cádiz (1587): “Miren precisamente a Drake. ¿Quién es él? ¿De qué fuerzas dispone? Siento pena decirlo, pero tengo una pobre opinión de la armada española y temo que sobrevenga algún desastre.”⁴¹

Drake y sus hombres tomaron a Cartagena de Indias, la saquearon, la quemaron y no perdonaron, por supuesto, las iglesias ni las imágenes que contenían. Al clérigo patriota y poeta le duele el incendio de los templos y la desaparición por el fuego de cuadros y tallas; y aunque uno podría esperar una cabal indignación por parte del cronista, no encuentra sino una condena extrañamente muelle: “Dí, capitán cruel, a Dios ingrato” (c. 2^o) ¿por qué ordenaste quemar un cuadro de la Virgen? ¿Qué sentirías tú si vieras destruir del mismo modo un retrato de tu reina? Ya podrás figurarte nuestro dolor —permítasenos glosar así a Castellanos— cuando vimos a la representación de la Reina de los Cielos (no ya la de una mujer mortal) presa de las llamas. Ahora es Castellanos el comedido y discreto y en lugar de poner en el otro platillo de la balanza todo el peso de su más justa, indignada y santa cólera, lo que pone apenas si puede llamarse una semi-gravitante condena. Y corramos un velo sobre la más que

⁴¹ Cit. J. E. Neale, *op. cit.*, p. 298.



extraña y hasta impía asimilación de Isabel I con la Virgen María, así sea en representación.

Característico del temperamento español ha sido por regla general no escarnecer ni insultar a sus enemigos; pero hay demasiada complacencia por parte de Lope y mucha más por la de Castellanos, pese a los aspavientos reprobivos de ambos (más agitantes ahora por parte del primero que por el segundo), que nos hacen pensar o mejor imaginar una callada pero evidente oposición frente a la política estúpidamente suicida de los Austrias.

3. LA BATALLA NAVAL. SUS CONSECUENCIAS

Como lo analiza el historiador Hilaire Belloc, “el único factor en todo el asunto donde el ataque [español] era superior a la defensa [inglesa], consistía en la posesión de un solo propósito servido por un poder político unido y centralizado”, ventaja que estaba de parte de España.

Los ingleses habían dividido sus fuerzas navales: un escuadrón anclado en Plymouth, bajo el mando de Drake, y otro comandado por el jefe de la escuadra Howard, que estaba separado del anterior a “una distancia mayor que la longitud del canal”. Esta oportunidad no fue aprovechada por los españoles, y cuando el duque de Medina Sidonia convocó a consejo de guerra, mientras la escuadra estaba fondeada a la altura de Lizard, los capitanes hispanos que tenían mucha experiencia de la lucha en el mar, aconsejaron un ataque inmediato contra los buques ingleses surtos en el estuario de Plymouth; es decir contra la mitad de la fuerza disponible para la defensa. El consejo no fue tomado en cuenta y el duque se atuvo inflexiblemente a las órdenes de su soberano, según las cuales no debía trabar combate hasta establecer contacto con Alejandro Farnesio.

La famosa e infantil leyenda patriota de la partida draqueana de bolos (salvo que a Drake se le hubiese filtrado la orden de Felipe II por extraños conductos) no deja de ser un patriotero bulo, porque como escribe el historiador britá-



nico Christopher Lloyd, los ingleses atrapados en Plymouth escaparon a tan peligrosa situación por dos causas: porque el improvisado almirante español les dio tiempo a salir de la ratonera y por la destreza marinera que les permitió de modo admirable salir del Sound luchando contra el viento.^{41 bis}

El capitán del gran navío *San Juan*, Juan Martínez de Recalde, que con su escuadrón vizcaíno se encontraba a retaguardia de la armada y había sufrido el fuego concentrado de los grandes galeones ingleses, decidió por su cuenta forzar la situación y obligar a los ingleses al tipo de lucha español único que podía dar la victoria a la armada peninsular: el abordaje. Retrasó su nave e hizo de ella un excelente cebo para un jefe naval que no hubiera sido el experimentado y astuto Drake. Por primera vez en una batalla marítima se registró el insólito hecho de que un barco solo, rodeado de enemigos (Drake, Hawkins, Howard, etcétera), no fuera abordado después de dos horas de combate.⁴² De haber mordido Drake el anzuelo, en torno al galeón español se hubiera generalizado el tipo de combate con el que los españoles estaban más habituados y para el cual estaban mejor preparados que los ingleses. Algo semejante parece ser que intentó el joven capitán del *San Mateo*, Alonso de Leyva, que incluso no contestó al fuego inglés con la esperanza de que los galeones británicos lo cercasen y que, creyéndole sin municiones ni pólvora, decidiesen los capitanes enemigos abordarle; pero tampoco esta vez cayeron los ingleses en la trampa.⁴³

En 1588, en las aguas del Canal de la Mancha el contador de la armada don Pedro Coco Calderón observó que la flota inglesa comandada por Howard “venía puesta en ala con muy buen orden”. El duque de Medina Sidonia, de acuerdo con las rígidas instrucciones recibidas, distribuyó sus naves: tres

^{41 bis} Véase H. Belloc, 1976, p. 192, 198. De C. Lloyd, 1979, p. 108.

⁴² Vid. M. Lewis, *op. cit.*, p. 127, 131. M. Lewis analiza en su obra esta primera batalla buscando establecer las pérdidas y ganancias de ambas flotas y no considera la arrojada decisión de Recalde, sino un incidente surgido por el desconcierto de algunos capitanes bisoños del escuadrón vizcaíno (*Ibidem*, p. 126-134).

⁴³ *Ibidem*, p. 134.



galeazas en vanguardia; un cuerpo mayor de batalla constituido por los galeones castellanos (a la izquierda) y portugueses (a la derecha); la nao capitana (galeón *San Martín*) en medio, entre ambos escuadrones, y detrás de ella un núcleo compacto de naos de transporte, protegidos a retaguardia por el escuadrón andaluz y por el guipuzcoano, más en extensión hacia las alas (protegiendo la zaga) el escuadrón de Vizcaya y el de Levante (véase croquis). De hecho era una formación militar firme, férrea, que avanzaba lentamente a la velocidad del barco de transporte menos marineramente (tres millas por hora) y cuya disposición respondía mejor a la imagen de una cruz que a la de cuarto creciente (vista al nivel de la superficie del mar) que, de acuerdo con los testigos, poetas e ilustradores ingleses, adoptó la flota española. Claro está que la formación se estrechaba o espaciaba en función del ataque de los bajeles ingleses, que navegando “a la hila” (táctica novedosa adaptada de acuerdo con las circunstancias) y combatiendo a 300 yardas de distancia (sin acortarla jamás) inútilmente intentaron a lo largo del Canal romper la sólida formación defensiva española.⁴⁴ Este navegar inglés a la hila era, de hecho, la única formación táctica que podían adoptar los ingleses (“lined a head”, como recomendó Raleigh) pues sólo así lograba cada navío disparar sus andanadas —sin peligro de dañar al vecino— contra el bajel o bajeles más alejados o desamparados del grueso de la flota española, los cuales únicamente podrían ser auxiliados por los otros sotaventeando: navegando de bolina, dando bordadas; es decir, con extrema dificultad y pérdida de tiempo.⁴⁵

⁴⁴ La formación española era, de hecho, militar, como lo sostiene M. Lewis y puede verse en el croquis o diagrama de su libro (p. 117), que nosotros reproducimos aquí, y que adopta curiosamente la forma de una cruz, al igual que en Lepanto. Los grabados ingleses (Adams, A. Ryther y Cornelio de Vroom, 1590, y John Pine, 1734) representaron intencionalmente a la *Invencible* en forma de cuarto creciente lunar. Desde luego los marinos ingleses no pudieron observar a sus adversarios sino al nivel de la superficie del mar y no pudieron tener, por consiguiente, una clara visión de la formación española en profundidad (véase *Ibidem*, p. 116).

⁴⁵ En el “Espejo de navegantes” de Alonso de Chávez se indica que es antirreglamentario “ir a la hila los barcos unos tras los otros, porque se seguiría grande daño, que no podrían pelear más de los delanteros” (*Apud*

La cerrada formación española poseía un enorme poder defensivo frente al despliegue decididamente ofensivo de la armada inglesa; pero en la mañana de aquel primer encuentro, así lo asienta Garret Mattingly, “a la altura del Eddystone, nadie, en las dos flotas, tenía idea de cómo desarrollar una batalla ‘moderna’. Nadie en el mundo lo sabía”.⁴⁶ Contra lo que afirma el historiador norteamericano, Felipe II y sus marinos, según hemos visto, sí lo sabían perfectamente: que los galeones ingleses no se acercarían lo suficiente para permitir el abordaje español. Más aún, también lo sabía el hábil Drake, que durante su viaje por el Pacífico rehuyó siempre el combate al estilo tradicional, tal y como lo hizo en 1585 al rehusar al que querían obligarle Juan de Chávez y Pedro González Castro, según lo cuenta Joan de Castellanos:

Andava los contrarios rodeando
con barrios bordos y la buelta lista
y, así como falcón que va buscando
sustento que a sus uñas no resista,
se fue con sus dos lanchas deslizando
hasta que lo perdieron ya de vista;
los nuestros, viendo ser inútil guerra,
determinaron de volver a tierra (c. 1^o).
Y no fue más sangrienta la refriega
a causa de no pelear cercanos,
porque Francisco Drake no se llega
por no venir con ellos a las manos,
antes que quanto más puede se despega
con disparar algunos tiros vanos,
pues no venía con sus compañeros
a ganar honra, sino más dineros (c. 1^o).

C. Fernández Duro, *op. cit.*, Apéndice 12, p. 387). Esta fue la formación táctica adoptada por Howard-Drake, que se facilitó por la enorme ventaja de maniobrabilidad que tenían los bajeles británicos en comparación con los españoles. La reglamentación de Chávez se refería, por supuesto, a las galeras, ya que en ellas sólo podía dispararse desde proa y no como en los galeones que disparaban sus andanadas de babor y estribor.

⁴⁶G. Mattingly, *op. cit.*, p. 316-317.



En el primer encuentro la flota inglesa atacó a las naves españolas más alejadas; pero cuando el duque acudió con sus galeones, los ingleses, como ya hemos dicho, se retiraron a 300 yardas de distancia, dejaron el asedio del navío atacado y no hicieron caso del reto caballeresco, casi medieval, con que los españoles les incitaban y desafiaban. “Viendo el Duque —prosigue el ya citado Coco Calderón— que no le quería embestir el enemigo, siguió su derrota.” Considérese el término náutico en su acepción militar y se tendrá un relato sucinto de lo que aconteció en el combate final de Gravelinas (lunes 8 de agosto), cuando la formación fue dispersa en la noche del domingo por la presencia aterradora de los brulotes ingleses, lo que permitió a la flota británica el tipo de lucha que a ésta más convenía, y que prácticamente terminó porque ambos contendientes se quedaron sin pólvora y sin municiones. Según las fuentes españolas los galeones ingleses sometieron a la nave almiranta, la *San Martín* del duque, a un fuerte y concentrado fuego de culebrinas y llegaron a acercarse a tiro de mosquete e inclusive de arcabuz. Se aproximaron mucho; pero no lo suficiente como para darles a los españoles la oportunidad de realizar su favorito abordaje. Don Francisco de Toledo, por ejemplo, a bordo del *San Felipe* inútilmente desafió a los ingleses a que se aproximaran, se aferraran y viniesen con ellos a las manos; los británicos rehusaron y no hicieron caso de los gritos de escarnio de los españoles que les llamaban “gallinas luteranas” por no atreverse a reanudar el combate según deseaban y convenía a los hispanos. Carlos Howard de Effingham, lord almirante de la flota británica, se mantuvo apegado fielmente a la nueva táctica trazada, porque —como él explicó después de la batalla— “de ser vencido habría puesto en gran peligro a Inglaterra; y de resultar vencedor sólo habría ganado un poco de gloria por haber derrotado a la flota española”.⁴⁷

A pesar de la contundencia y habilidad desplegadas por los ingleses desde el amanecer hasta el anochecer de aquel terrible lunes 8 de agosto, el duque logró, si bien a duras penas, en

⁴⁷ Cit. A. L. Rowse, *op. cit.*, p. 277.



pleno combate, ir reagrupando a sus dispersas naves para presentar de nuevo el compacto bloque defensivo, ante la admiración de Howard, Drake y tantos otros. Lo que ocurrió después ya no estuvo en manos de los hombres (ingleses y españoles); lo que las bocas de fuego inglesas no pudieron hacer esperaron ahora los británicos que lo harían los vientos, las corrientes y las mareas que impelían inexorablemente a las naves españolas hacia los temibles bajos de Zelanda. Como expresó Medina Sidonia, “sólo Dios lo podía remediar”, y Dios parece ser que fue tan piadoso, que haciendo cambiar el viento libró a la escuadra española de un final desastroso, por el momento. Se impuso, pues, la necesidad de rodear a Inglaterra y Escocia avanzando por la mar del Norte, para desembocar en el Atlántico, a distancia considerable de la peligrosa costa oriental de Irlanda, y arribar a España bastante mermados de naos.⁴⁸

Llegado el duque a las costas del norte de España con su maltrecha flota, envió su informe (21 de agosto), que es trágicamente revelador y pone además de manifiesto la injerencia o, si se prefiere, responsabilidad del rey en tan aciaga empresa:

Esta Armada quedó tan destrozada y desbaratada que [me] pareció ser el mayor servicio que podía hacer a V. M. el salvarla, aunque fuese aventurándola tanto como en este viaje se hace, por ser tan largo y de tanta altura, pues habiéndose faltado la munición y los mejores bajeles, y habiéndose visto lo poco que se podía fiar de los que restan y ser tan superior el Armada de la Reina en el género de pelear de ésta, por ser su fuerza la del artillería y los bajeles tan grandes navíos de vela, y la de V. M. sólo en la arcabucería y mosquetería, tenía ventaja, y, no viniéndose a las manos, podía valer esto poco como la experiencia lo ha demostrado.⁴⁹

⁴⁸ Las fuentes inglesas calculan el número de naves zozobradas en las costas de Irlanda en unas 25; G. Mattingly las reduce a 10, cifra en verdad baja que no se compagina con las que dan W. S. Green, C. Fernández Duro, Froude, J. R. Hale, L. Michael y otros.

⁴⁹ Cit. F. Díaz-Plaja, 1971, vol. II, p. 40.



Y no menos explícita es la carta que escribió al secretario real Juan de Idiáquez, el maestro de campo, general de los tercios españoles embarcados en la flota, don Francisco de Bobadilla, citado páginas atrás, para que la trasladase al rey:

Bien ha sido menester ver con los ojos y tocar con la mano lo que ha sucedido *para ver el engaño* [éste y los otros subrayados son intencionalmente nuestros] en que se ha ido con esta máquina. No hay ninguno que no diga agora: yo dije, yo adiviné; el caso es que después de ido el conejo cada uno da consejo. Con todo esto no hará poco el que acertare a dar el que conviene, y volviendo a lo que importa digo: que hallamos al enemigo con muchos bajeles de ventaja, mejores que los nuestros para pelear, así en la traza de ellos, como de artillería, artilleros y marineros como Velejados, de manera que los gobernaban y hacían lo que querían. La fuerza [propiamente combativa] de nuestra Armada eran hasta veinte bajeles y éstos han peleado muy bien y más de lo que era menester y los más del resto huido siempre que vían cargar al enemigo, que no se pone en relación por lo que toca a la reputación de nuestra nación, remitiéndose a Don Baltasar de Venega que como testigo de vista dirá lo que ha pasado. Júntese con esto *las pocas balas de artillería que traímos*, de manera que *casi ya no había balas de los que peleaban que tuviese con que tirar*, y así el San Mateo por habersele acabado la pólvora y balas de artillería se le arrimaron y deshicieron; y si el enemigo nos acometiera otro día después que salimos al mar de Noruega, fuera lo mesmo de los demás bajeles. El conde de Fuentes es buen testigo lo que pleiteé esto con Don Juan de Acuña, diciéndole *que si el enemigo no se dejaba abordar y escaramuzábamos cuatro días con el artillería, que me dijese al quinto qué habíamos de hacer con tan pocas balas como se llevaban*. Con todo esto había llegado el Duque a ancorar sobre la barra de Cales [Calais], siete leguas de Nuncherque [Dunkerque], entreteniéndose para llegar con aguas vivas aquel puerto para que con ellos saliese el de Parma, que si el día que llegó el Duque a aquel puerto saliera el de Parma se hiciera la jornada. *No sé quien fue de parecer* que en puerto de corrientes tan grandes y plaza tan descubierta y subjecta a travesías y a tantos bancos como hay de una parte y otra, se podían ~~jun~~ta estas fuerzas, pues no es puerto para detenerse en él



Lámina 14

Don Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia.



Lámina 15

Don Pedro de Valdés.



Lámina 16

Don Antonio de Oquendo. (Museo Naval, Madrid, España.)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



sin notorio peligro. Si el de Parma estuviera en Nuncherque como V. S. me dijo, abierto los ojos para salir en viendo nuestra armada, tuviera efecto que de otra manera imposible, que querer medir tantas cosas como son menester juntarse a un tiempo para juntar fuerzas tan divididas, téngolo por imposible sin otro género de bajeles de los que llevamos según el paraje en que se han de juntar. Ya esto es hecho: plegue a Dios que con bien vuelva a España esta Armada.⁶⁰

Unos setenta navíos llegaron a las costas españolas, aunque maltrechos; las pérdidas en buques fueron graves, pero dolorosísimas las vidas humanas consumidas:

Abandonados al enemigo	2
Perdidos en Francia, con salvamento de pertrechos . . .	3
Perdidos en las costas de Holanda	2
Hundidos en combate	2
Embarrancados en Escocia e Irlanda	19
Suerte desconocida	35
	<hr/>
Total ⁶¹	63

En las costas acantiladas de Escocia e Irlanda más de cinco mil hombres entre marineros y soldados murieron ahogados o fueron fríamente degollados por órdenes de las autoridades inglesas pese a los términos acordados de las rendiciones. Según escribe el historiador norteamericano J. L. Motley, fervoroso protestante y pues casi enemigo personal del “malvado” Felipe II y del “perverso verdugo”, el duque de Alba, el rey aceptó resignadamente la derrota desplegando su habitual impasibilidad: “Gracias doy muy rendidas a Dios Todopoderoso, por cuya mano generosa me veo en tal poder que fácilmente podría, si lo quisiera, poner otra flota sobre el mar. Y no es de mucha importancia que una corriente pueda alguna vez quedar cortada, si la fuente que mana permanece inagotable.”⁶² Por supuesto, don Felipe sí quiso y en el 96, 97 y

⁶⁰ Cit. C. Ibáñez de Ibero, *op. cit.*, p. 284-285.

⁶¹ *Ibidem*, p. 283.

⁶² Cit. Sir Charles Petrie, 1963, p. 287.



98 mandó nuevas escuadras contra Inglaterra; pero tampoco le sonrió el éxito. A pesar de lo que escribe Motley, el rey, impasible como siempre, se encerró a solas en su cámara y durante varios días únicamente su confesor tuvo acceso a ella. El rey había olvidado el viejo dicho que expresa: “El que quiera ganar a Inglaterra debe comenzar por Irlanda.” Pero este error no le impidió rehacer su armada, consagrándose el intransigente Felipe a ella “con el mismo temperamento, como escribe A. F. Pollard, que si se tratara de teología”.⁵³ Y cuando el gobierno español se decidió a invadir Irlanda para auxiliar a los católicos irlandeses, ya era tarde. Los cuatro mil quinientos hombres al mando de don Juan Águila poco pudieron hacer salvo rendirse tras la derrota de los irlandeses en Kinsale (1601) por obra y gracia del ejército expedicionario inglés.

La respuesta inglesa a la empresa de 1588 fue la tentativa de La Coruña y la invasión de Portugal; la reina Isabel incurrió en el mismo error que el rey Felipe y las flotas inglesas se retiraron con graves pérdidas de la ciudad gallega y de Lisboa. En 1591 don Alonso de Bazán batía cerca de las Azores a una armada inglesa comandada por el conde de Cumberland. En 1593 la expedición naval mandada por Pedro de Zubiaur y Joanes de Villaviciosa socorría a la plaza de Blaye, sitiada por el príncipe de Bearme con apoyo de Inglaterra; dos años después las escuadras españolas contribuían a la toma de Brest y al año siguiente a la de Calais.

Dos cosas excelentes, humanitaria la una, de tacto la otra, hizo el rey Felipe después del fracaso de 1588: primeramente ayudar con amplios recursos a los desgraciados soldados y marineros (heridos, enfermos, desmoralizados) que arribaron a las costas peninsulares (algo que no pudo o acaso no quiso hacer la reina Isabel I con sus marineros y soldados enfermos de peste después de la campaña, y que causó en la flota un cincuenta por ciento de bajas, que a tanto no habría subido el porcentaje de haber sido auxiliada la gente);⁵⁴ en segundo

⁵³ A. F. Pollard, *Historia de Inglaterra*, cit. C. Grimberg, *op. cit.*, p. 243.

⁵⁴ Vide M. Lewis, *op. cit.*, p. 197-203.



lugar, disimular y no culpar al pobre e improvisado almirante español de la derrota. En carta firmada en San Lorenzo del Escorial (29-IX-1588) se expresó así el rey:

Duque primo: ⁵⁵ Han llegado juntas las vuestras del 3 y 23 de éste, y he entendido, por la postrera, vuestra llegada a Santander y las naos que allí, y a Laredo, aportaron con vos. Siento la falta de salud con que venís, y que ésta sea tan general en toda la Armada, pues lo mismo se entienden de las ocho nares y dos pataches que arribaron con Miguel de Oquendo a San Sebastián y Pasajes. Y pues decís que importa tanto para vuestra convalecencia el no pasar en esos puertos, ni cogeros el invierno en tierra fría, sino iros a pasar y cobrar fuerzas en la vuestra, en que me hacéis tanta instancia; tengo por bien que lo podáis hacer antes de salir de ahí, proveído y dado orden en las cosas que se os dirán. ⁵⁶

Por caminos poco frecuentados y casi de incógnito por temor al público ludibrio, se fue aproximando a sus asoleadas tierras gaditanas el desfalleciente don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno; pero no acabarían con esto sus cuitas, pues de nuevo tuvo que enfrentarse a los ingleses cuando éstos se presentaron sorpresivamente en Cádiz con una poderosa flota de ciento veinte velas (treinta menos que las que combatieron en 1588), bajo el mando de Walter Devereux, primer conde de Essex. Tomaron los ingleses la ciudad (1596), la saquearon a placer durante veinticuatro días y se retiraron tranquilamente, tras incendiarla y destruir en el puerto trece galeones de combate, dos galeazas, tres transportes italianos con artillería y municiones, tres grandes fragatas de la carrera de Indias y un buen número de pequeños bajeles. La flota comercial procedente de Indias, aún sin descargar, tuvo que ser quemada por orden del duque: cuarenta grandes buques cargados de riquezas y valuados en unos doce millones de

⁵⁵ A título de curiosidad, es significativo el hecho de que las dos clases sociales españolas, la más alta (aristocracia) y la más baja (la gitanería) aun sin conocerse sus respectivos miembros se nombran y se dan todavía entre sí el tratamiento de *primo*.

⁵⁶ Cit. F. Díaz-Plaja, 1971, vol. II, p. 42.



ducados. El golpe fue durísimo para España; pero también lo fue de rechazo para Inglaterra, porque pese a los despojos, productos del saqueo de Cádiz, no se cubrieron los gastos de la expedición inglesa (1596). La ruina fue grande; pero el desprestigio fue todavía mayor: el coloso imperial mostró tener los pies de barro.

Paso a pasito, volvamos brevemente atrás, comenzó a prepararse una fuerza de socorro para combatir a los ingleses y expulsarlos de Cádiz. Se hablaba mucho, pero se realizaba poco. El capitán Becerra, a las órdenes del acongojado duque, hacía como que hacía preparando tropas y haciendo aprestos. Y el propio Cervantes, testigo en cierto modo del suceso, se burlará cruelmente de los que con calculada, pusilánime y tarda actividad se preparaban a recuperar Cádiz:

Bramó el becerro y púsoles en sarta,
tronó la tierra y oscurecióse el cielo,
amenazando una total ruina;
y al cabo en Cádiz, con mesura harta,
ido ya el conde, sin ningún recelo
triunfando entró el gran duque de Medina.⁵⁷

Sin recurrir a la sangrienta ironía de Cervantes, que aquí era más crítico expreso que latente o críptico (*Don Quijote de la Mancha*), el patrioterico doctor Mescue se olvida por el momento de sus purgantes, sangrías, lancetas y sanguijuelas, y embrazando con desaforada decisión la lira poética del resentimiento escribe irritadísimo:

.....
¡Aquí guerra, allí guerra!
¡España viva, muera Inglaterra!
.....
Menos muy pocas de doscientas velas,
sagrada mar de España
cortan el nácar que en tu espuma hielas
de la Anglia hereje de encendida saña,
.....

⁵⁷ Cit. *Idem* autor, 1972, *op. cit.*, p. 182.

Y cuando blancas perlas vierte el alba,
llegan al puerto que Hércules rompía,
y haciendo alegre salva,
toman, sin darles la ocasión la calva,
de Cádiz la bahía.

Suena y dispara la española flota,
¡aquí guerra, allí guerra!
¡España viva! ¡Muera Inglaterra!

.....
Cádiz les sea cáliz de amargura,
su armada se les hunda,
y deje fin protervo
el águila española al inglés cuervo.⁵⁸

Ante la impotencia, el despecho y el hacer votos para que la providencia realice lo que los hombres no podrían ni nunca pudieron llevar a cabo, dado el control monopolista del Estado-Iglesia español. Para suerte de Inglaterra los buenos y patrioteros deseos del médico nunca se cumplieron. Seguramente ni el doctor ni los demás españoles, con su ortodoxo y celosísimo rey a la cabeza, pudieron explicarse por qué Dios soplaba infaustos vientos contra las armadas católicas y no contra las herejes.

Después del saqueo de Cádiz y tras el pago de un rescate de 120 000 ducados por parte de las autoridades de la ciudad, además de 1 500 ducados por el presidente de la Casa de Contratación y otros tantos a pagar por cada uno de los canónigos y prebendados del capítulo catedralicio, la población, que también había sufrido lo suyo, se mostró naturalmente descontenta. Se nota, verbigracia en la *Relación* de A. de Castro, la división que discretamente se transparenta entre el obcecado rey y sus sufridos súbditos. Sir George Carew, a bordo del navío de Su Majestad *Mary Rose*, le escribió al consejero real Robert Cœcil, “que el grupo más discreto de españoles que se encuentra prisionero [aquí] con nosotros, confiesa a una misma voz que un mayor daño como el que se

⁵⁸ Cit. *Idem* autor, 1971, p. 156.



le ha hecho no podría hacerse ya al rey, y que, por lo mismo, su pueblo lo obligará a buscar la paz con la reina”.⁵⁹

Pero con testarudez increíble don Felipe preparó nueva escuadra ese mismo año (1596) para vengar la afrenta de Cádiz; la estación ya no era propicia, mas pese a los reparos del adelantado de Castilla, don Martín de Padilla y Manrique, conde de Gadea, la flota española emproó rumbo a Inglaterra porque así lo dispuso el obseso y autoritario rey. En el Cabo Finisterre fue sorprendida la escuadra por una furiosa tormenta, se dispersó y quedó deshecha. Cerca de treinta bajeles se hundieron (entre ellos no menos de siete galeones de combate); un gran número de pequeñas embarcaciones auxiliares sufrieron la misma suerte y más de tres mil hombres se ahogaron.

Al año siguiente la flota anglo-holandesa (diecisiete galeones de la reina, veintidós de las Provincias Unidas, amén de veinticuatro transportes con elementos de boca y guerra y seis mil soldados veteranos) puso rumbo al puerto de El Ferrol para sorprender al Adelantado que intentaba un nuevo golpe contra Inglaterra (Falmouth) al mando de una nueva escuadra. ¿Qué más quiere don Martín? —musitaba el ya anciano rey entre uno y otro letargo—. El mal tiempo o la codicia impidió al conde de Essex surgir en el puerto español y se dirigió hacia las Azores para sorprender a la flota del tesoro procedente de las Indias. No pudo capturarla y no les quedó otra cosa que hacer a los aliados sino regresar desilusionados y mohínos. Cuando Felipe II supo que la flota enemiga abandonaba las aguas de El Ferrol, urgió al adelantado a que con sus ciento treinta y seis nuevos navíos (uno más que en 1588), de los cuales setenta eran de combate, más treinta del escuadrón sevillano, tres tercios (la mejor infantería de Europa), nueve mil soldados y cuatro mil marineros se hiciese a la mar. El adelantado se mostró renuente y dudó del éxito puesto que la empresa filipesca, semejante a la de 1588, se veía muy bien en el papel (producto, sin duda, de largas

⁵⁹ Cit. A. L. Rowse, *op. cit.*, p. 310.



noches en vigilia del rey); pero tan descabellada e imposible como la anterior: aquello era megalomanía pura más bien que guerra.⁶⁰ Se afirma, aunque nos parece dudoso, que Felipe II tuvo que recurrir a la amenaza para obligar al adelantado, y el pobre marino, es de suponerse, se vio obligado a salir. La flota anglo-holandesa procedente de las Azores se cruzó con la española salida de El Ferrol, pero no se avistaron. Era ya bien entrado octubre y el tiempo empeoró obligando a la flota española a buscar refugio en los puertos del norte de España: esta vez no hubo pérdidas.

El intransigente rey, que rechazó obstinadamente el único remedio sano que podía dar a España la supremacía —la libertad comercial para *todos* los súbditos de su inmenso imperio europeo y trasatlántico—, ya a las puertas de la muerte (1598), llagado, purulento y fétido, con estoica resignación y aquejado por tremendos dolores físicos tuvo que reconocer que los grandes objetivos de su vida política habían fallado: sujeción de los holandeses, conquista de Inglaterra y extirpación de la herejía. Y para colmo de males, antes de cerrar los ojos pudo ver que la Francia que él trató de subyugar y anular, esforzándose por hacer a su hija Isabel Clara Eugenia, “la novia de Europa” (sobrina de Enrique III de Valois y nieta de Catalina de Médicis), reina de los franceses, crecía lenta, unificada y prepotente proyectando una ominosa sombra sobre el futuro de España.

Felipe II dejó exhausta a España. Durante su reinado mermó la población peninsular en dos millones de habitantes (una quinta parte) debido principalmente a las hambres periódicas, las epidemias (en conexión con las malas cosechas y tanto más mortíferas cuanto más débil y enflaquecida se hallaba la población), seis durante su reinado, las guerras (cerca de medio millón de jóvenes soldados, casi exclusivamente castellanos pues los demás reinos o virreinos del imperio no pagaban este tributo de sangre) y la emigración, calculada en cien mil personas para el siglo xvi. En 1545 había descrito

⁶⁰ *Ibidem*, 319.



el príncipe don Felipe a su padre la situación miserable del pueblo: “la gente común a quien toca pagar los servicios está reducida a tan extrema calamidad y miseria que muchos de ellos andan desnudos, y esta pobreza es incluso más grande en los estados de los nobles, muchos de cuyos vasallos no tienen con qué pagar sus deudas, y las cárceles están llenas, y todos se van a perder”.⁶¹ Pues bien, hecho cargo del gobierno (1556) las bancarrotas del rey Felipe dejaron tamañitas las de su padre y para remediarlas aumentó los impuestos (alcabalas y millones) con lo cual el gasto de un pobre, calculado en 30 maravedíes, quedaba mermado por el fisco en más de un 13%...⁶² La tasa alcabalera, que normalmente era del diez por ciento sobre ventas, se incrementó en un 250%...⁶³ Al morir don Felipe quedaba el país económicamente en ruinas y como herencia dejaba a su joven e inexperto hijo una deuda pública de 100.000.000 de ducados: diez veces más que el costo de la primera armada. El descontento público ante los crecientes tributos se hizo presente:

Ya el pueblo doliente
llega a sospechar
no le echen gabelas
por el respirar.

4. FLAVIT JEHOVAH ET DISSIPATI SUNT

El pueblo inglés fue paulatinamente tomando conciencia de la derrota de la “Armada del Anticristo”. Con inmensa seguridad anticipó la victoria:

El Señor, sin duda, está de nuestro lado,
lo que provocará pronto su ruina.⁶⁴

⁶¹ Cit. W. C. Atkinson, *op. cit.*, p. 153.

⁶² J. H. Elliott (1970), p. 286.

⁶³ W. C. Atkinson, *op. cit.*, p. 166.

⁶⁴ “The Lord no doubt is on our side,
which soon will work their fall.”



Lámina 17

Grabado que representa al joven y donjuanesco Lope de Vega. La cartela lleva una empresa típicamente barroca contrarreformista y simbólica: *He aquí lo que es [la muerte] más seguro [o importante] que la fama.* Encabeza el retrato la edición de *La hermosura de Angélica*, Madrid, 1602.

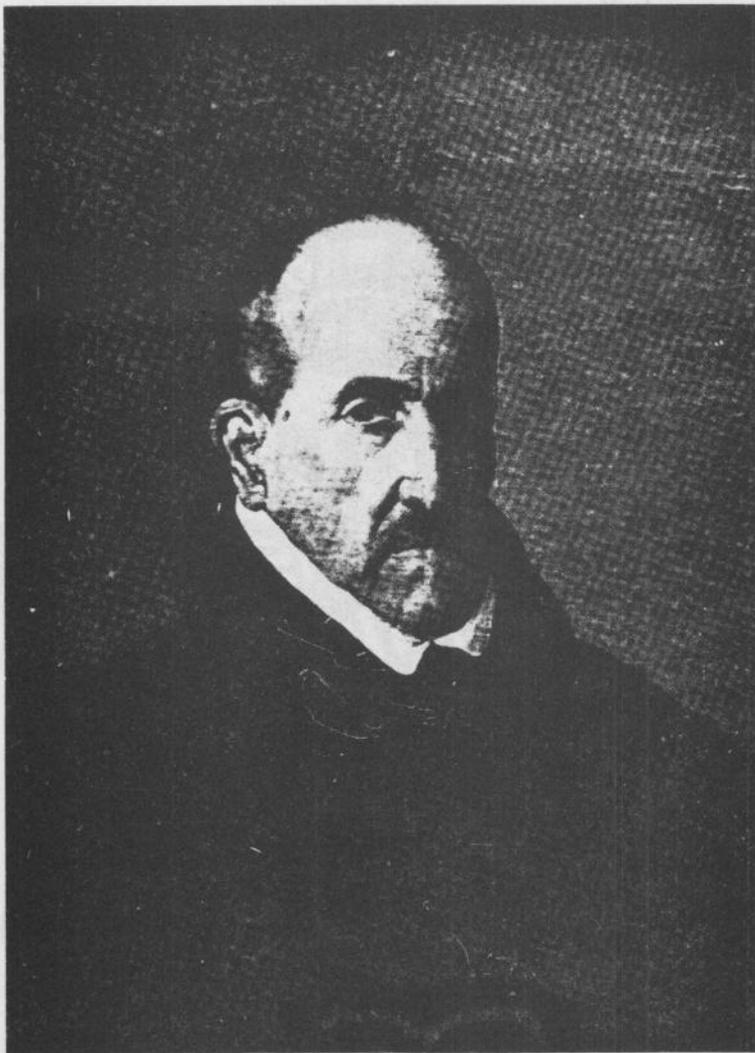


Lámina 18

Don Luis de Góngora, atribuido a Velázquez. Vale la pena recordar, al considerar este retrato, la burla de Quevedo, quien puyó al cordobés que, sin saber griego ni haber leído la traducción de Anacreonte realizada por el madrileño, lo había atacado:

*Yo te untaré mis versos con tocino
para que no me los muerdas, Gongorilla.
¿Por qué censuras tú la lengua griega,
siendo sólo rabí de la judía,
cosa que tu nariz aún no lo niega*



De donde resulta en extremo evidente, que Dios milagrosamente preservó a la nación inglesa. Porque el Lord Almirante escribió a Su Majestad que tomando en consideración el juicio de todos los hombres y de acuerdo con todas las razones humanas (cada circunstancia debiendo ser considerada debidamente), los ingleses no eran de tal y tanta fuerza, por donde ellos, sin un milagro, pudieran atreverse a acercarse al alcance de la vista de la flota española: de manera que ellos adscriben libremente todo el honor de su victoria a Dios, que confundió al enemigo y dejó sus consejos reducidos a nada.⁶⁸

Asimismo la derrota española fue interpretada por los protestantes de toda Europa como un hecho providencial. Inclusive en el siglo xvii el poeta John Wilson interpretará el fiasco de la Gran Armada desde el punto de vista divinal y exagerará el tamaño y número de los buques españoles, como correspondía a la versión providencialista de la victoria. Como se sabe, la “pequeña flota” inglesa era mayor en cantidad y volumen (vasos hasta de mil toneladas inglesas) y en potencia de fuego que la española, y el error de Felipe II fue que aun sabiendo todo eso respondió impaciente (cuando más necesidad había de tener la cabeza fría y de armarse de paciencia) a la estudiada provocación inglesa lanzándose a una guerra naval para la cual estaban sus enemigos preparados y entrenados y él sólo lo estaba a medias. Pero oigamos ahora lo que nos dice el poeta anunciado líneas arriba:

Nuestra pequeña flota a principios de julio
avistó a la suya poderosa;
Pero ésta se aproximaba con lento curso
aunque los vientos soplaban a popa.
Su frente aparecía curvo como la luna creciente
(entre ambos cuernos había siete millas de
[separación]).
Sus mástiles veíanse como imponentes torres
y el océano gemía bajo ellas.

⁶⁸ R. Hakluyt, 1919, *op. cit.*, vol. II, p. 369-393.

Esta lucha, ya estereotipada, entre el pequeño David victorioso y el gigantesco y poderoso Goliath, no deja de ser hoy, a la altura del conocimiento histórico actual, una comparación metafórica todavía al uso y nivel de los textos patrióticos escolares de ingleses y norteamericanos. Se trata de una gloriosa tradición anglosajona que, como escribe Michael Lewis, “hay que descartar”.⁶⁷ En efecto, de la comparación meticolosa que este mismo autor británico hace respecto al tonelaje de los navíos combatientes en ambas flotas, “la conclusión debe ser que los navíos de la reina Isabel fueron sensiblemente mucho más grandes que los de Felipe”.⁶⁸ Por ejemplo, el galeón *San Salvador*, que fue capturado por los ingleses y medido por éstos, dio unas 600 toneladas de arqueado, siendo que, de acuerdo con el tonelaje español, era de 953; es a saber, que el cálculo español era un veinticinco por ciento más alto, o incluso más, que el británico.⁶⁹ Dado el nuevo diseño de los bajeles ingleses, indudablemente los españoles se veían más imponentes con su elevado castillo de popa y su prominente proa; se veían más grandes y de mejor “majesty”,⁷⁰ de acuerdo con sir Walter Raleigh. En cuanto al número de naves por parte y parte, las ciento cincuenta del rey tuvieron que enfrentarse a las ciento noventa y siete de la reina (según otras fuentes ciento ochenta); pero de hecho sólo eran bajeles combatientes sesenta y cinco galeones de don Felipe frente a más de cien naves gruesas de doña Isabel.⁷¹ La diferencia más notable y que debemos considerar desde el punto de vista táctico respectivo de ingleses y es-

	<i>Soldados</i>	<i>Marineros</i>	<i>Remeros</i>	<i>Otros</i>	<i>Total</i> ⁷²
Españoles	18 973	8 050	2 088	1 545	36 656
Ingleses	1 540	14 385	—	—	15 925

⁶⁷ Autor, *op. cit.*, p. 75.

⁶⁸ *Ibide*, p. 76.

⁶⁹ *Ibidem*, p. 75.

⁷⁰ *Cit. Ibidem*.

⁷¹ Véase en C. Ibáñez de Ibero, *op. cit.*, p. 273-276.

⁷² Datos de M. Lewis, *op. cit.*, p. 88.



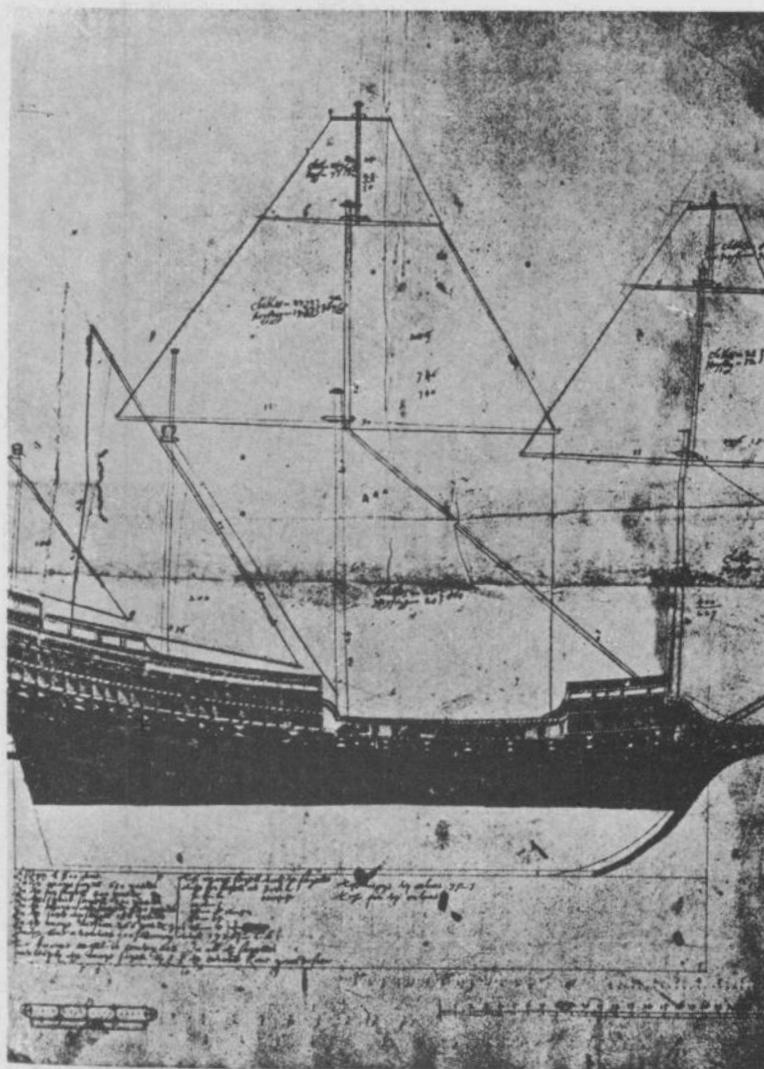
pañoles, se encuentra en el número de soldados y en la dotación marinera:

Al considerar estas cantidades distintas no tan sólo cuantitativa sino cualitativamente, saltan a la vista las dos diferentes tácticas que los contendientes pensaban utilizar y que de antemano no se sabía cuál de ellas prevalecería sobre la otra: abordaje o facilidad de maniobra y cañoneo a distancia. Para hacer lo primero se embarcaron en las naos españolas dieciocho mil novecientos setenta y tres soldados y para realizar lo segundo los ingleses sólo utilizaron mil quinientos cuarenta; pero casi doblaron el número de la marinería, porque el dar rápidas bordadas, ganar el viento y atacar y retroceder con ligereza y a placer exigían abundancia de marineros bien entrenados.

Inglaterra triunfó en aquella memorable jornada con la que se inauguró y aseguró, podemos decir, la modernidad. En España, no obstante lo que digan los jilgueros historizantes del Antiguo Régimen (el de los Austrias) o los nostálgicos delirantes del imperio . . . azul, cundió el desaliento y prendió la desmoralización. Hasta los soldados españoles prisioneros tuvieron que admitir que durante los combates (1588) “Cristo se había mostrado como un luterano”⁷³ y, por supuesto, los ingleses protestantes quedaron tan convencidos, que ordenaron acuñar en Holanda una medalla conmemorativa con la inscripción que estampamos como título a esta sección: *Sopló Jehová y fueron dispersos*. Y en efecto, el nombre de Dios bíblico aparece en caracteres hebraicos, entre nubes y soplando con violenta ira sobre la flota española, que se hunde y es desbaratada por la tempestad. Para no ser menos, los zelandeses acuñaron a su vez otro trofeo con las armas de Zelanda y sobre ellas esta leyenda: *Soli Deo Gloria* (Sólo para Dios la gloria) y en el reverso se ve a la armada española desbaratada y esta leyenda de irónica alusión imperial y clásica: *Classis Hispana Venit, Invit, Fugit* (La armada española llegó, entabló combate, huyó).⁷⁴

⁷³ Cit. *Ibidem*, p. 206.

⁷⁴ Cit. F. Díaz-Plaja, 1972, *op. cit.*, p. 181.



Matthew Baker's draught of ship and sail-plan, 1586

Lámina 19

Dibujo del nuevo tipo de galeón tudoriano y plano del sistema de velamen, según Matthew Baker.

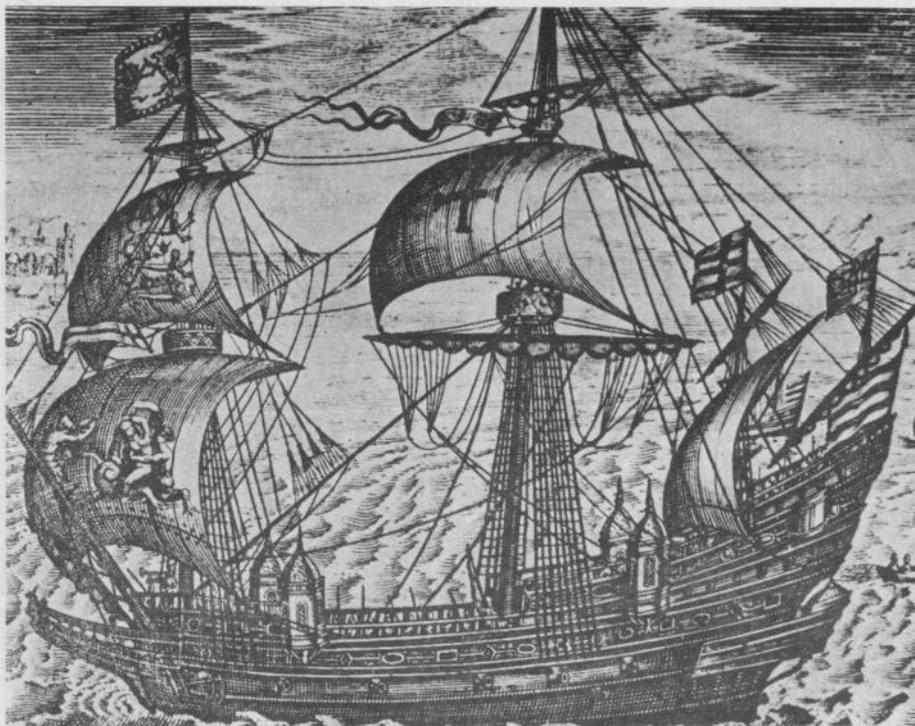


Lámina 20

El galeón *Ark Royal*, buque insignia (capitana) de lord Howard.



Lámina 21

Retrato de la reina Isabel I, conocido como el “Armada Portrait” en celebración de la victoria inglesa. Posiblemente fue pintado por George Over y se encuentra en la colección del duque de Bedford. A la izquierda la flota inglesa victoriosa, a la derecha la española derrotada.



Lámina 22

Al pie del grabado —no aparece en la foto— esta leyenda: *Isabel, por la gracia de Dios reina de Francia, Irlanda y Virginia y única defensora de la fe cristiana.*

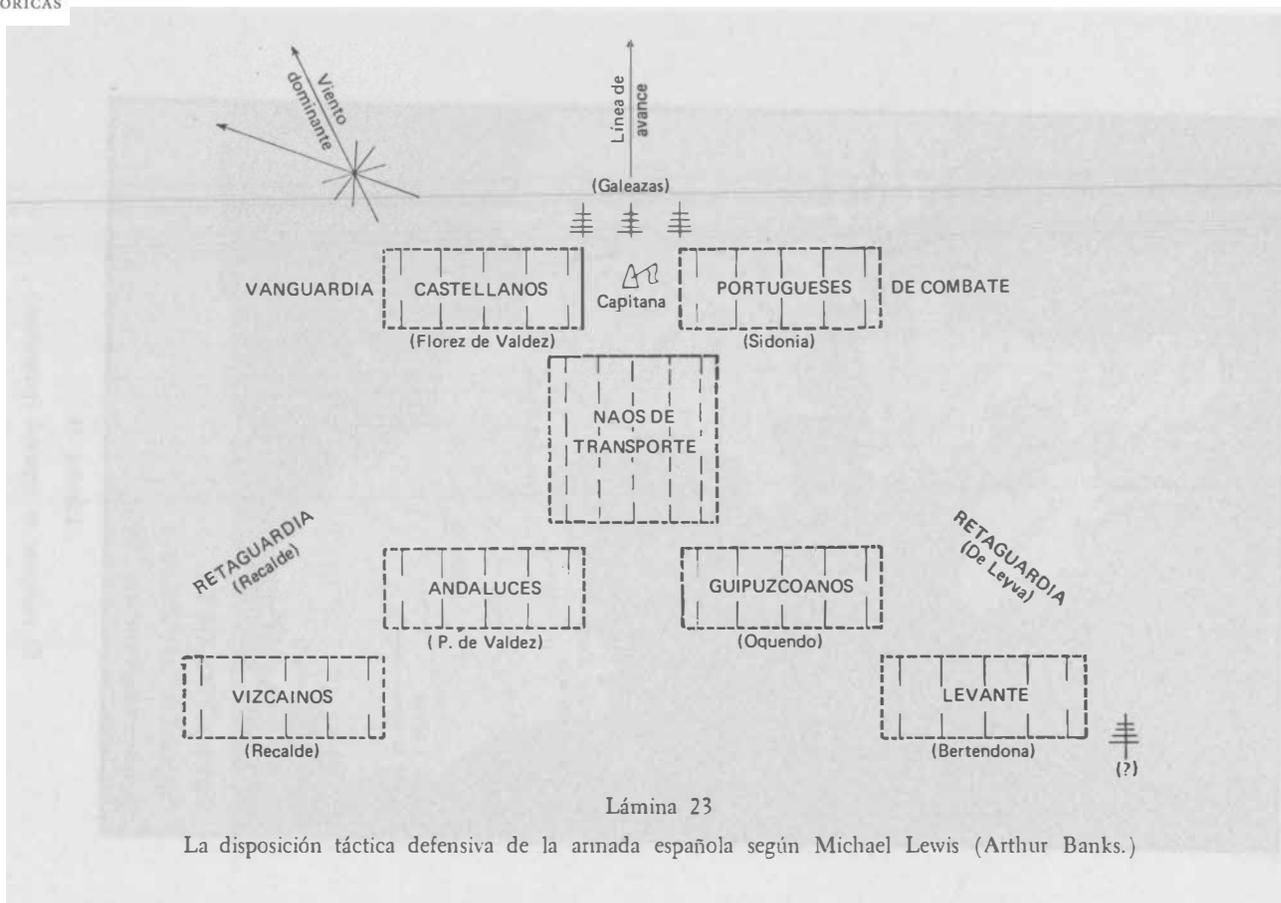


Lámina 23

La disposición táctica defensiva de la armada española según Michael Lewis (Arthur Banks.)



Lámina 24

El cómputo es español (gregoriano).

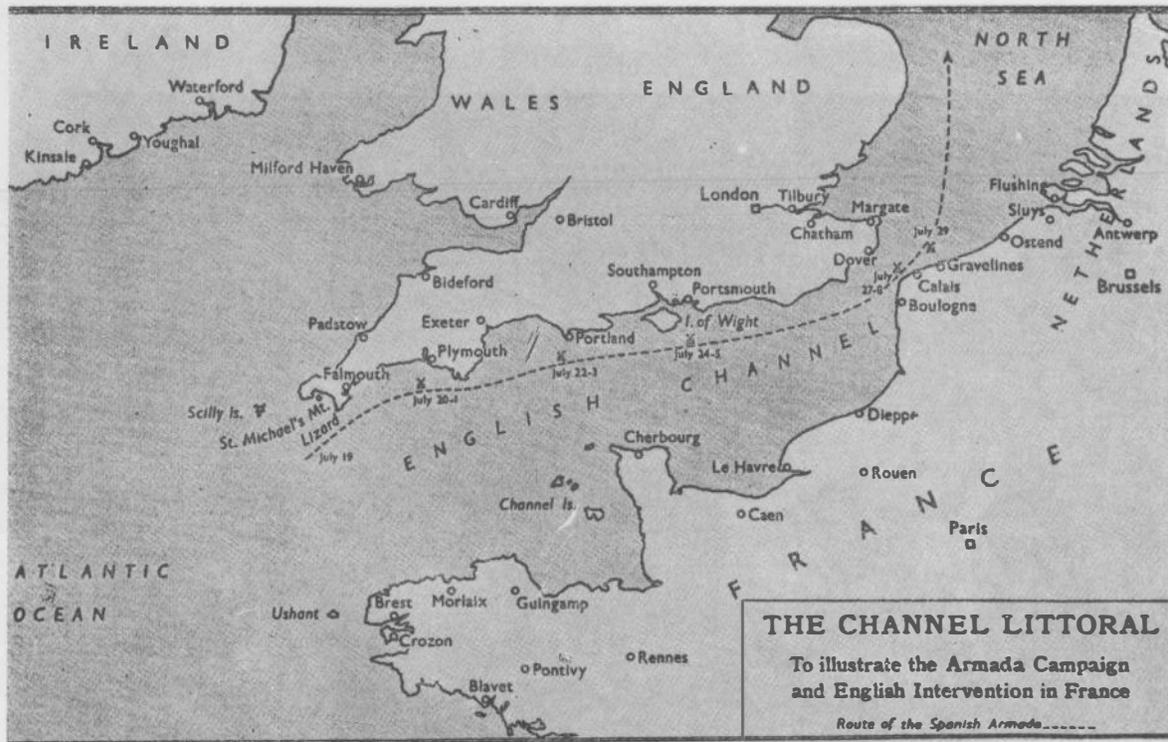


Lámina 25

El litoral del Canal de la Mancha, para ilustrar el derrotero de la armada española y la intervención inglesa en Francia. Las fechas inglesas corresponden al viejo cómputo juliano, atrasado 10 días respecto a la reforma calendárica gregoriana (1582).



Lámina 26
Sir John Hawkins.

5. REMACHANDO EL CLAVO DE LOS ERRORES. RECELO HABSBURGUIANO

En 1591, en espera de la flota de Indias, partió de Inglaterra un pequeño escuadrón de seis galeones de la reina, bajo el mando de lord Thomas Howard y sir Richard Greenville, actores destacados en la lucha de 1588, sobre todo el segundo, que en punto a pericia de navegante y de hábil e intrépido combatiente no cedía incluso ante el gran Drake. Arribaron a las Azores y se encontraban merodeando en espera del rico convoy proveniente de las Indias, cuando se presentó la flota española de veinte galeones, procedente de España (entre ellos los famosos doce apóstoles construidos siguiendo el gálibo inglés), que obligó a los británicos, desembarcados en Flores, a reembarcarse a prisa y corriendo para hacer frente a la escuadra española. Grenville fue el último en meter a bordo a su gente y en lugar de obedecer al almirante Howard, de no presentar batalla ante fuerzas abrumadoramente superiores, decidió abrirse paso entre los dos escuadrones en que los españoles habían dividido sus fuerzas. Había ya pasado el *Revenge* (500 toneladas) los navíos primeros cuando fue detenido por la banda de Sotavento por el más grande de los apóstoles, el *San Felipe* (1 500 toneladas),⁷⁵ cuyo capitán era Martín de Bertendona, combatiente en 1588, que inmediatamente lo arpeó por un costado y lo abordó por la popa. La batalla duró desde la puesta del sol hasta la aurora, Grenville fue mortalmente herido y su tripulación de cien hombres hizo prodigios de valor; pero el navío hubo de rendirse pese a la oposición de su temerario capitán que había ordenado hacer volar la nave. Grenville murió en la capitana española donde había sido llevado como prisionero y para ser atendido de sus heridas.

Constituye el relato de esta batalla una de las sagas inglesas más populares. La reina no estuvo conforme con el heroí-

⁷⁵ Recuérdese que, según dijimos, la tonelada española era un veinticinco por ciento menor que la inglesa, lo que equivale a decir que las 1 500 toneladas, según la cuenta del cronista inglés, Raleigh, quedan reducidas a 1 125.



co suicidio del joven capitán y censuró la desobediencia del mismo por no haber seguido las órdenes de Howard. Éste, como no era español, aunque vio al *Revenge* muy comprometido no arriesgó sus naves para ir a socorrerlo y regresó a Inglaterra para dar cuenta de la desgracia a su reina. El jefe de la flota española, que había llegado a las Azores para proteger a las naos procedentes de las Indias, era don Alonso de Bazán, hermano del fallecido marqués de Santa Cruz, quien en lugar de realizar un combate naval moderno como el que los ingleses llevaron a cabo en 1588, intentar hundir a los buques a cañonazos pero no abordarlos, apeló al anticuado y tradicional sistema mediterráneo y español: desarbolar al enemigo, inmovilizarlo e invadirlo. Las culebrinas inglesas, los mosquetes y las picas hicieron casi inútiles los obstinados ataques de los españoles sobre el galeón inglés. Solamente después de una prolongada y heroica resistencia se rindieron los marinos del *Revenge*, no sin antes haber hundido una urca y un galeón atacantes, y tras haber dañado a dos galeones más, que se hundieron posteriormente, y, sobre todo, después de haber causado más de mil bajas entre los asaltantes. Por supuesto, nos hemos atenido para confeccionar este breve relato a la fuente inglesa, al famoso panfleto apologético que escribió Raleigh para exonerar a su primo Greenville;⁷⁶ mas por exagerado que sea, lo cierto es que aquel desigual combate puso de relieve la incapacidad de los españoles para un encuentro naval moderno; en suma, que los marinos hispanos no habían aprendido la lección de 1588.

Los españoles —comentará agudamente Hawkins, el Juan Aquines (como ya sabemos) de las crónicas hispanas y novohispanas— en sus armadas imitan en todo la disciplina, el orden y provisiones de los oficiales que ellos emplean en el ejército.⁷⁷ Esta servidumbre de lo naval ante lo militar, tan

⁷⁶ Cf. W. Raleigh, "A report of the trueth of the fight about the Isles Açores, the last of August 1591, betwixt the *Revenge*, one of Majesties shippes, and the Armada of the king of Spain", *apud* R. Hakluyt, *op. cit.*, vol. v. p. 1-14.

⁷⁷ "The observations of sir Richard Hawkins Knigh in his voyage into the South Sea. Ann. Dom. 1593", *apud* Purchas, *op. cit.*, vol. xvii, p. 165

grata a don Felipe, tenía por fuerza que fracasar frente a sistemas nuevos y fundamentalmente marinos, y que además estaban apoyados y eran la resultante de los activos principios económicos mercantilistas y manufactureros, como ocurría en Inglaterra y en Holanda (la provincia rebelde). La artillería naval era escasa y de menor alcance que la inglesa; más aún, y proseguimos con el relato del inteligente observador inglés, los artilleros eran alemanes, flamencos o extranjeros.⁷⁸ En efecto, este desdén por la técnica causaría a los españoles muy graves contratiempos en los combates navales librados contra sus enemigos. Los españoles, según hemos dicho, no usaban sus armas de fuego en los navíos para hundir a los contrarios, sino para desarbolarlos, destrozando su velamen, aparejos, vergas y palos con objeto de paralizarlos, acercárseles y abordarlos. Por demás está añadir que justo este sistema anticuado fue siempre rehusado por los contrarios. A propósito de la artillería tenemos que agregar algo que al lector le será difícilísimo de admitir. Todavía con Felipe II hubo técnicos italianos, alemanes y españoles dirigiendo la construcción (fundición) y uso de la artillería, si bien ésta siempre estuvo rezagada en relación con la de Inglaterra y Holanda; pero con los Felipe III y IV se abandonó dicha arma casi por completo. La formación profesional de los artilleros fue confiada a los eclesiásticos, a los de la Compañía de Jesús especialmente, quienes impartían conocimientos teóricos sobre el uso de cañones, pedreros, culebrinas, falconetes y sacres. Entre estos profesores se destacó el padre Cámara, maestro de Felipe IV, que exponía su clase cual si de humanidades se tratara. Hacia fines del reinado, en el colegio jesuita de San Isidro sólo quedaba el padre Affito, que impartía sus clases frente a ocho alumnos que jamás habían visto cargar y apuntar un cañón ni oído ni oírían nunca el estampido de una pieza.

Mas si ser artillero fue para el español un serio motivo de menosprecio, o de desprecio hacia algo que se ignora —diga-

⁷⁸ *Ibidem.*



mos con licencia de Antonio Machado— e inclusive signo de indignidad y aun de cobardía, todavía fue peor, según dijimos, el oficio de marinero. Por lo que tocaba propiamente a la lucha, Hawkins únicamente admitía en los españoles dos ventajas: eran más sufridos y sobrios que los ingleses. Según se desprende del relato, estos últimos entraban al combate casi completamente borrachos, como correspondía, según nos parece, a las generosas raciones de whisky y ginebra (bebidas fuertes), amén de cerveza que se daba a la marinería y la tropa, contra las que de vino aguado se distribuía entre los marineros y soldados de los buques españoles. La táctica en los barcos españoles, como hemos visto, seguía muy de cerca los lineamientos y ordenanzas establecidos para el combate en tierra; lo cual explica, sin duda, las sucesivas derrotas o las sangrientas victorias navales. “Ellos —escribe el marino inglés citado arriba— usan muy poco el cañoneo, y esto acontece, según juzgo, del error de poner capitanes de tierra como gobernadores y comandantes de mar; de aquí que pocas veces sepan entender lo que se debe hacer u ordenar.”⁷⁹ Como ratifica Nettels, “para los españoles un encuentro naval era un combate sostenido por dos ejércitos sobre un campo de batalla flotante”.⁸⁰ Durante un combate que sostuvo Hawkins contra los navíos españoles, observó la manera anticuada con que uno de éstos le atacó:

Inmediatamente y contra lo que nosotros esperábamos y contra lo que es además costumbre en los bajéles de guerra, nos abordaron por la banda de sotavento [es decir, por la contraria al viento, como se hizo contra el *Revenge*, según expusimos] y si nuestro artillero no hubiera sido el hombre que era, nuestro buque hubiese recibido gran daño por esta manera inusitada de abordaje.⁸¹

En 1639 el conde-duque de Olivares esperó inútilmente la victoriosa y decisiva batalla, que nunca vino, y se desesperó

⁷⁹ *Ibidem*, p. 166.

⁸⁰ C. P. Nettels, *op. cit.*, p. 100.

⁸¹ *Apud*. Purchas, *op. cit.*, vol. xvii, p. 165.

por la carencia, en su tiempo, de hombres capaces e idóneos (marinos y guerreros) con los que dar cima a sus esfuerzos bélicos contrarreformistas. Culpó del desastre naval y de las subsiguientes derrotas militares a la ineficacia de los mandos de mar y tierra; empero la “falta de cabezas” no fue sino la dramática resultante histórica de un sistema triturador y emasculante practicado a ciencia, paciencia y conciencia por la sarcomática (pero eficaz en cuanto rasadora) burocracia española, fomentada por los Reyes Católicos y coronada, estatizada y hasta sacralizada por el superburócrata de la dinastía habsburguiana, Felipe II. Jamás en la historia de una nación europea moderna se conspiró hasta el extremo en que lo hicieron el Estado-Iglesia, los Consejos administrativos e inclusive las refrenadas Cortes contra los mejores, los más enérgicos, los más sobresalientes, audaces e independientes hijos de las Españas de aquende y allende el mar. Veamos las consecuencias paralizantes del intervencionismo estatal con un ejemplo en extremo estupefaciente, increíble: El 15 de septiembre de 1585 salió Drake de Plymouth con su escuadrón naval, y los espías de Felipe II en seguida registraron y comunicaron el hecho al almirante. El marqués de Santa Cruz, fue llamado a consejo y su aviso fue que se enviase urgentemente una carabela rápida a las Indias para advertir que Drake se dirigía a saquear aquellos puertos indefensos y que tomasen las medidas defensivas del caso (*Discurso del marqués, en Lisboa 26-X-1585*).⁸² El excelentísimo señor presidente del Consejo de Indias, no contento con el parecer de un técnico pidió al cardenal de Sevilla, don Rodrigo de Castro (quien nada, absolutamente nada, sabía de las cosas del mar y jamás había estado en las Indias), que opinase sobre el caso, y a este buen señor le parecieron “impertinentísimas y muy excusadas” las razones del marino (*Carta del cardenal al presidente del Consejo de Indias: 15-XI-1585*).⁸³ En suma, se acordó no avisar y, pues, llegó Drake y saqueó a su antojo y cuanto quiso

⁸² Cf. Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. núm. 9372, fol. 139-140.

⁸³ Cf. Archivo del Instituto de Valencia de don Juan: Env. 23-H., núm.



(Santo Domingo, Puerto Rico, Cartagena de Indias), tal y como en la crónica versificada de Juan de Castellanos se asienta. Más aún, un pobre hidalgo portugués se apresuró por su cuenta a llegar a las Indias para advertir del inminente arribo del piratā inglés; pero el presidente de la Audiencia de Santo Domingo, como nos expone asimismo el clérigo poeta, lo metió en la cárcel por alarmista.

Las desatadas energías del pueblo fueron en primer lugar minuciosamente reglamentadas, poco después reprimidas y, por último, totalmente domesticadas o destruidas. La iniciativa marinera y descubridora así como la actividad conquistadora y colonizadora “había[n] procedido de individuos o grupos privados, ya fuesen gavillas de aventureros o sindicatos de comerciantes”.⁸⁴ Hacia la segunda mitad del siglo xvi el gobierno español convierte el sistema de libre empresa aventurera “en un imperio unificado con un sistema administrativo común”;⁸⁵ en un sistema férreo que anula por completo la actividad independiente de los creadores del imperio; y sirvan, a guisa de ejemplo, las tan famosas cuanto burocráticamente alabadas *Ordenanzas de Descubrimiento y Población* dadas por Felipe II en 1573, cuyo objetivo no fue otro sino el *control* absoluto, valga el galicismo, de toda empresa particular:

I. Ninguna persona de cualquier estado y condición que sea haga por su propia autoridad nuevo descubrimiento por mar ni por tierra ni entrada [en] nueva población ni ranchería en lo que estuviere descubierto o se descubriere sin licencia y prouisión nuestra o de quien tuviere nuestro poder para la dar so pena de muerte y de perdimiento de todos sus bienes para nuestra cámara y mandamos a los nuestros visorreyes audiencias y gouernadores y otras justicias de las Indias que no den licencia para hazer nuevos descubrimientos sin enbiarnoslo primero a consultar y tener para ello primero licencia nuestra, pero permitimos que en lo que estuviere ya descubierto puedan dar

⁸⁴ *Apud* J. H. Parry, 1952, *op. cit.*, p. 159.

⁸⁵ *Ibidem.*

licencia para hazer las poblaciones que conbengan guardando la orden que en el hazerlas se manda guardar por las leyes de este libro con que de la población que se hiziere en lo descubierto luego nos enbien relacion.⁸⁶

La red ordenancista y atrapadora no dejó fuera de ella ningún vital ejercicio y pues ahogó toda oportunidad entre los hombres más emprendedores, autónomos y modernos. Como afirma asimismo Braudel, citado arriba, “las maravillosas aventuras de los conquistadores se debieron precisamente a[1] abandono [en sus comienzos] del mundo de Ultramar en manos de la iniciativa privada”;⁸⁷ mas una vez consumado el proceso agresivo y expansionista de los descubrimientos y conquistas, el Estado-Iglesia reorganiza el imperio, lo burocratiza admirablemente (es decir, lo desvitaliza) y establece una difusa coparticipación de poderes administrativos y funcionales cuyo objetivo, repetimos, era que nada ni nadie escapase a la celosa e increíble inspección, intervención y fiscalización de unas autoridades imperiales, cuyo centro rector se encontraba en el corazón de Castilla. Sir Francis Bacon aludía a este hecho poniendo en boca del virrey del Perú, don Antonio de Mendoza (que antes lo fue de México), lo siguiente: “Que el gobierno del Perú era el mejor cargo que el rey de España le había dado, salvo que estaba dicha gubernatura demasiado cerca de Madrid.”⁸⁸

Entre 1560 y 1565, el arrepentido soldado conquistador Francisco de Aguilar, ingresado a la orden dominica, en Nueva España, a los ocho años de haber sido conquistado México comenzó a escribir o redactar su *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, “a ruego e importunación de ciertos religiosos que se lo rogaron diciendo que pues estaba ya al cabo de la vida [más de ochenta años cumplidos] les dejase escrito lo que en la conquista [. . .] había pasado”.⁸⁹ Hay en esta crónica un párrafo revelador en la que el viejo fraile no

⁸⁶ Cit. R. Altamira, 1950, p. 214-215.

⁸⁷ Apud F. Braudel, *op. cit.*, vol. I, p. 558.

⁸⁸ Cit. J. H. Elliott, Cambridge, 1970, *op. cit.*, p. 83.

⁸⁹ F. de Aguilar, 1977, p. 63.



olvida la injusticia que con los conquistadores —él, que fue uno de ellos— se cometió por parte de la autoridad imperial, supuesto que ésta, sin razón ninguna y sin arriesgar un maravedí, se aprovechó casi exclusivamente de los beneficios económicos derivados de la conquista del Anáhuac:

El emperador *penitus* ninguna cosa puso ni gastó en esta armada [de Cortés], más de que sus oficiales, en Cuba, metieron en ella espadas, puñales y otras armas, aceite, vinagre, camisas, por manera que le hicieran mercader, y a los soldados que iban en la dicha armada, sí tenían necesidad de espadas, puñales, quesos, bastimentos y de lo demás que habían de menester, se les vendía por muy mayores precios que le había costado. Y el rey se hizo pago de los conquistadores al tiempo que iban a fundir algún oro, porque se lo quitaban todo, por donde digo que el menor de los conquistadores mereció ser muy galardonado, pues que a su costa y mención dieron al rey un mundo tan grande como éste, así que el menor de todos ellos mereció muy mucho y todos los más quedaron perdidos.⁹⁰

Véase pues en esta queja del que fue, por partida doble, excelente soldado, primeramente, y buen fraile después, cómo ya a raíz de la empresa conquistadora los funcionarios y burócratas imperiales intervinieron en el lucrativo negocio y cómo después, consumada ya la conquista, despojaron a aquellos oscuros soldados. Fue, podemos decir, uno de los primeros y más firmes pasos en el camino de la fiscalización y del intervencionismo estatal desaforado, a los que se seguirían paulatinamente la paralización y la ruina. El Estado-Iglesia español del siglo xvi se las ingenió para obstaculizar los esfuerzos de todo hombre de empresa, ya guerrero, marino o comerciante (o las tres cosas a la vez); de todo hombre que aspirase a la libertad e independencia económicas; que quisiese obrar por su cuenta y al margen del monopolio oficial. La eficiencia administrativa y la rapidez en las resoluciones estuvieron siempre entorpecidas por el sistema en general y en particular por Felipe II, cuyas abrumadoras ineficiencia y desconfianza

⁹⁰ *Ibidem*, p. 100.

administrativas hicieron desesperadamente lentos todos los negocios y, en especial, aquellos que exigían una rápida y expedita resolución. A este propósito viene que ni pintada la respuesta segunda del pontífice Sixto V a la petición de Felipe, quien le recordaba al papa la promesa de entregar 500 000 ducados para proseguir la empresa contra Inglaterra:

Carísimo en Cristo hijo: Salud y Apostólica bendición. El Conde de Olivares,⁹¹ Embajador de Vuestra Majestad, muchas veces, en su nombre, me ha propuesto tres cosas: la primera que queriendo Vuestra Majestad confirmar la empresa de Inglaterra, si tengo la misma resolución que tenía el año de mil quinientos ochenta y siete de dar la ayuda que prometí, y respondí que sí. La segunda si quería anticipar la paga, y le respondí que no, porque Vuestra Majestad consume tanto tiempo en consultar sus empresas que cuando llega la hora de equiparlas se ha pasado el tiempo y consumido el dinero. La tercera si prosperando Dios Nuestro Señor sobre la empresa, si se ganase aquel reino, sí daría alguna cosa más de lo que tengo ofrecido; he respondido que sí y en buena cantidad, porque tengo con qué poderlo hacer y lo he preparado sólo por acabar la empresa. Hame pedido el Conde de Olivares que escriba estos renglones a Vuestra Majestad, y así lo hago de mi propia mano y pido a Dios para Vuestra Majestad todo bien, y le envío la bendición apostólica y la mía. De Roma, el día de Santiago Apóstol [25 de julio], 1589.⁹²

La corona, la Iglesia y la burocracia presentaron siempre un firme valladar frente a las pretensiones de la iniciativa privada tanto en Europa como en América. La rígida estructura económica fue la que contribuyó con suicida eficacia a la decadencia del imperio español. La abusiva reglamentación y el concomitante monopolio oligárquico (el eje económico Sevilla-Génova) condujeron al anquilosamiento y, con éste, a la arterioesclerosis económica total. El despótico sistema no sólo consiguió el estrangulamiento de un desarrollo económico sano, sino que convirtió también, en contubernio con la Iglesia, a la religión en fanatismo, delación y fórmula exter-

⁹¹ Padre del conde duque, valido de Felipe IV.

⁹² Cit. T. Walsh, *op. cit.*, p. 731.



na, con triste desamparo del verdadero espíritu religioso; de la búsqueda y del encuentro espiritualmente dramático de cada hombre cristiano-católico con su Cristo íntimo.

El intervencionismo estatal comenzó a ejercerse muy pronto en tierras americanas. Los grandes proyectos asiáticos, a través de la Mar del Sur, de un Cortés⁹³ o de un Alvarado; las audaces empresas transpacíficas de los Mendaña, Fernández, Quirós y Torres, entre otros, fueron estorbados, desacreditados y llevados al abismo del fracaso mediante los eficaces manejos (obstáculos legales o pseudolegales, como vimos en páginas atrás con el señor del Viso) de los fieles letrados y tinterillos de la corona. Un hombre emprendedor e intrépido como Sebastián Vizcaíno no pudo realizar su sueño de establecer una Nueva España (1593-1610) en lo que hoy es el próspero Estado de California de la Unión Americana;⁹⁴ Sarmiento de Gamboa se desesperó hasta caer en el abatimiento viendo cómo se abandonaban sus dos fundaciones magallánicas (1581); Antonio de Morga, experto administrador, marino improvisado, pero exitoso (contra holandeses) y representante ya tardío de la generación constructora del imperio, clamó inútilmente (*Sucesos de las islas Filipinas*, México 1609) por su esquema estratégico naval, agresivo que no defensivo, con el que pretendía convertir el Océano Pacífico en un exclusivo lago hispánico a base del triángulo estratégico, marítimo-comercial, constituido por los puertos de Manila, Acapulco y El Callao. A Juan de Oñate, conquistador de Nuevo México (1596-1598), le hicieron imposible su gubernatura; perdió el capital invertido en la empresa y fue además depuesto, procesado, encarcelado y pues arruinado. Tan *sabias medidas* provocaron en muy poco tiempo la terrible sublevación de los indios pueblos conquistados y, por consiguiente, la pérdida de Nuevo México (1680) Para recuperarlo fue enviado el joven y valiente capitán don Diego José de Vargas, quien

⁹³ Véase en J. Bolea, 1972, p. 39-63.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 205-422. Véase también y muy especialmente el libro de W. Michael Mathes, 1973, *passim*; asimismo, consúltese el libro de L. Knauth, 1972, p. 197-205, donde el autor muestra poca simpatía por Sebastián Vizcaíno.



llevó a cabo la reconquista del territorio novomexicano (1691) cumplida y humanitariamente; pero el recelo oficial no tardó de suscitarse contra él y recibió como premio cuatro años de cárcel. Como siempre ocurre con todo sistema despótico de gobierno que se respete, se tiende a eliminar a los mejores hombres, a los más independientes y a proteger a los de más cortos alcances; a los mediocres, malsines y lisonjeros. Casi llegó a ser ley entre la alta y media burocracia del imperio bajo los Austrias, el proceder de padres o abuelos labradores y, naturalmente, ser límpidos de sangre; es decir, sin antecedentes familiares judíos. Los hombres superiores de no importa qué estrato social fueron sistemáticamente postergados y olvidados en beneficio de los ineptos y de los que se mostraban dóciles frente a las insaciables exigencias de la oligarquía. Cuando hubo alguna buena cabeza, ésta fue marginada como correspondía al desconfiado y triturante sistema español teocrático. Como de perlas nos viene ahora el famoso dicho del semicatólico lord Acton, cuando expresaba que “el poder corrompe, pero que el poder absoluto corrompe absolutamente”. Como escribe Vicente Atard refiriéndose al reinado del último Habsburgo, Carlos II el Hechizado, cumbre de la podredumbre.

todo se vende: cargos, títulos, dignidades. Un judío genovés puede permitirse el lujo de comprar por unos miles de escudos un título español de nobleza. Un cualquiera podía serlo.

Pero no sólo los títulos se venden. Por una cantidad respetable se puede adquirir un corregimiento, un gobierno, un virreinato. El soborno y el cohecho se ponen a la orden del día. Hombres y mujeres se compran y venden con el mayor descaro. La dignidad no cuenta, ni siquiera en los más altos peldaños de la escala social. Las mujeres tampoco van a la zaga: la reina viuda de España nada menos —Mariana de Austria— cobraba una pensión del soberano inglés; la propia mujer del rey —Ana de Neuburgo— mendiga obsequios unas veces y se deja sobornar otras; la condesa de Oropesa —esposa del primer ministro— recibe regalos —regalos intencionados, claro está— a manos llenas.⁹⁵

⁹⁵ Cf. V. Palacio Atard, 1956, p. 122.

Durante el anterior reinado la moral aristócrata corrió asimismo a ras del suelo. El famoso conde de Villamediana (Juan de Tassis y Peralta: 1582-1622), un don Juan para unos y hasta un homosexual o bisexual para otros, peligroso y mordaz epigramista, cuando vio salir todo emperejilado y ostentoso al cortesano Vergel (comidilla de todo Madrid por lo complaciente que era con su esposa) a jugar cañas en un torneo, lo asaetó venenosa e ingeniosamente así:

¡Qué galán viene Vergel
con cintillos de diamantes!
¿Diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer . . . ?⁹⁶

Se cuenta también de él que, enamorado de la reina —Isabel de Borbón— y habiendo jurado que la abrazaría en público, quemó el teatro cortesano del Retiro para sacarla en brazos y salvarla del fuego. Afirmase asimismo que con motivo de quién sabe qué festejo, celebráronse en la Plaza Mayor de Madrid unas justas donde el conde, sobre brioso corcel, se presentó lanza en ristre ostentando esta tan osada cuanto emblemática y ambigua divisa: *Son mis amores Reales*. En cierta ocasión —y esto pertenece a la conseja popular seguramente— hallándose Isabel mirando por un ventanal del viejo alcázar, se le acercó el rey por atrás y la tomó por los brazos:
—Dejadme conde.

—¿Qué conde?

—El . . . de Barcelona, Señor.⁹⁷

Así resolvió la reina una tan comprometida situación al apelar a uno de los innumerables títulos del monarca. El conde de Villamediana fue asesinado en la calle Mayor de la Villa y Corte, y nunca se encontró al asesino. El pueblo de Madrid murmuró e hizo sus conjeturas; pero fue Góngora el que se encargó de recordar un viejo episodio medieval español alusivo al caso: la muerte del rey de Castilla don Sancho II por obra del traidor Bellido Dolfos, instigado por doña Urraca

⁹⁶ Cit. F. Díaz-Plaja, 1972, *op. cit.*, p. 222.

⁹⁷ *Ibidem*.



Lámina 27

Sir Francis Drake “Nobilísimo caballero de Inglaterra”.



Lámina 28

Charles, lord Howard de Effingham.



Lámina 29

Sir Martin Frobisher.



Lámina 30

“La verdadera imagen del ilustrísimo varón, el señor Gualterio Raleigh, caballero áureo.”

y don Alfonso, hermanos del asesinado. El Cid Campeador exigió de Alfonso VI, el nuevo rey, que jurase en la iglesia de Santa Gadea que no había tomado parte en la muerte de su hermano.

Mentidero de Madrid
decidme quién mató al conde,
ni se sabe ni se esconde
con discurso discurrid.
Dicen que lo mató el Cid
por ser el conde Lozano,
disparate chabacano;
la verdad del caso ha sido
que el matador fue Bellido
y el impulso . . . soberano.⁹⁸

El rey Felipe IV no se distinguió precisamente por su continencia ni tampoco su valido;⁹⁹ había tenido ocho hijos bastardos, entre ellos el segundo tristemente célebre don José Juan de Austria, fruto de sus amores con la célebre actriz *La Calderona* (en su madurez dignísima abadesa de un convento). Pero la malicia humana puso en duda la real procedencia del bastardo y el poeta anónimo, irrespetuoso, versificó así:

Un fraile y una corona,
un duque¹⁰⁰ y un cartelista,
anduvieron en la lista
de la bella *Calderona*.

⁹⁸ *Ibidem*, p. 223.

⁹⁹ El conde-duque de Olivares reconoció a su bastardo, el famoso “Julianillo Valcárcel, el *Jacarero*; bohemio, aventurero en las Indias (donde a punto estuvo de ser ahorcado por sus fechorías), soldado en Italia y Flandes, que vuelto a España recibió el apellido del conde-duque y pasó a llamarse don Enrique Felípez de Guzmán y a titularse legalmente, por obra y gracia de su padre, marqués de Mairena, conde de Loeches, alcalde del Buen Retiro, gentil hombre del rey, comendador mayor de Alcañiz, en la Orden de Calatrava, caballero de la de Alcántara, jefe de una compañía militar en la guerra de Cataluña y, lo que fue el colmo, se intentó nombrarlo ayo del príncipe Baltasar-Carlos”, * que a estos extremos llegó el nepotismo.

¹⁰⁰ El duque de Medina de las Torres, yerno del conde duque de Olivares.

* En J. Deleito y Piñuela, 1966, p. 120.



De tan santa cofradía
procedió un hijo fatal
y tocó al más principal [el rey]
la pensión de la obra pía;
claro está que le daría
lo que quisiese su madre,
pero no habrá a quien no cuadre
una razón que se ofrece:
mirad a quién se parece
porque aquél será su padre.¹⁰¹

A pesar de sus devaneos en este punto, no batió Felipe IV ni con mucho la marca de su progenitor, el tercer Felipe, que tuvo, se dice, más de treinta hijos bastardos; pero este último, como hombre piadosísimo, no llegó al extremo de las aventuras sacrílegas y lascivas de su hijo, el lujurioso cuarto Felipe en el convento de monjas de San Plácido; el mismo convento donde también el conde-duque, en cohabitación impía con su esposa dentro del sagrado recinto —así la malicia y el encono lo supusieron— creyó supersticiosamente que de este modo aseguraría su sucesión varonil legítima.¹⁰²

En términos absolutos puede decirse que el pueblo español, forjador del imperio, fue privado poco a poco de todo beneficio e iniciativa personal hasta no quedarle como recurso último sino las tres exigencias típicas del súbdito sumiso: amor, temor y servicio. Desde un principio hubo desesperados que se rebelaron contra tal usurpación y, pasándose al bando enemigo —de hecho no había otro recurso— combatieron contra sus propios paisanos. Un caso tal fue (y, por supuesto, no el único) el del aventurero Diego Ingenios, comerciante, corsario y pescador de perlas, que pasó al servicio de Francia y con una flotilla de este país, con tripulación española, puso sitio a la Nueva Cádiz, frente a la isla de Cubagua, dando ocasión a que se librara la primera batalla naval americana entre españoles, viéndose ayudados los leales por las flechas enherboladas de los indios (1528).¹⁰³

¹⁰¹ Cit. F. Díaz-Plaja, 1971, *op. cit.*, p. 206.

¹⁰² J. Deleito y Piñuela, *op. cit.*, p. 109.

¹⁰³ R. Carandé, *op. cit.*, vol. II, p. 388.

6. DE ESPALDAS AL MAR. EL PASADO A REMOLQUE:
AGOTAMIENTO Y DECADENCIA

“La pérdida del navío inglés *Revenge* en 1591 —escribe Braudel— ilustra [el] renacimiento de la flota española”¹⁰⁴ y de la nueva táctica protectora adoptada. El rey Felipe II comenzó a construir una marina real transoceánica para asegurar la llegada de la plata y oro americanos. La guerra comercial, la verdadera guerra entre Inglaterra y España, se prolongaría por otros diecisiete años y acabaría por de pronto en empate por agotamiento de ambos contendientes. En 1602, muerto ya Felipe II (1598), pero todavía viva Isabel, un escuadrón naval inglés al mando de sir Richard Levenson se lanzó en mar abierto al ataque de la flota de la plata, pero ésta venía custodiada por treinta de los nuevos galeones ordenados por el rey de España. Levenson atacó, pero sin incurrir en el error de Greenville, y sabiamente se alejó del peligro antes de que fuese demasiado tarde para sus navíos zafarse del amenazador cerco español.¹⁰⁵

El sistema de protección adoptado, el de convoy, había sido reideado desde 1560 por el hábil estratega naval don Pedro Menéndez de Avilés;¹⁰⁶ pero esta modalidad, en la que se sacrificó la rapidez y la maniobrabilidad (abaratadora de precios) a la combinación de fuerza y peso (encarecedora del transporte),¹⁰⁷ pese al éxito con que se mantuvo en un principio, puso de manifiesto inmediatamente que España abandonaba en definitiva todo serio y continuado intento de carácter ofensivo, que renunciaba burocráticamente a seguir disputándole a las naciones protestantes el dominio del mar. El plan total, como estima J. H. Parry, muestra la excesiva confianza de Felipe II en el poder de unión y volumen y su incapacidad —calculada, según creemos— para darse cuenta

¹⁰⁴ F. Braudel, *op. cit.*, vol. I, p. 589.

¹⁰⁵ M. Lewis, *op. cit.*, p. 235.

¹⁰⁶ Véase J. B. Black, 1937, p. 359; véase también J. H. Parry, 1964, p. 197. De hecho, tras la ruptura con Francia (1542), se estableció el sistema de convoyes.

¹⁰⁷ J. H. Parry, 1966, p. 135.



del valor de maniobra y velocidad; el mismo error que provocó el desastre de la Invencible.¹⁰⁸ No obstante, el sistema de convoyes cumplió bien pues durante siglo y medio salieron y llegaron con regularidad, salvo dos veces en que la flota cayó en manos de los holandeses y una en que fue asaltada por los ingleses. Precisamente la única receta político-económica para obtener el predominio naval era la de permitir a los empresarios y contratadores libre de *todo* el imperio que obrasen por su cuenta y defendiesen sus intereses comerciales y manufactureros; justamente el récipe salvador que el sistema autoritario español no estuvo nunca dispuesto a respaldar, como ya dijimos en otro capítulo. La marina real, por muy poderosa que fuese, no podía ganar ella sola la guerra comercial sin contar con el decidido apoyo —como en Inglaterra y Holanda— de los armadores, navieros, comerciantes, manufactureros y marinos particulares. Al rechazar la oligarquía española las nuevas fuerzas económicas que la modernidad ponía a su alcance, la solución fue aceptar un precario sistema defensivo paralizante (fortificaciones costeras) que a la larga solamente prolongó la agonía del imperio hasta fines del siglo xvii.

El adelantado de la Florida don Pedro Menéndez de Avilés (1519-1574), que con sus fragatas de combate limpió las Antillas de nidos de piratas, había ideado un excelente plan defensivo: escoltas transatlánticas, fortificación de los puertos americanos y creación de veloces armadillas a base de galeabras (inventadas por él y perfeccionadas por su sobrino, Pedro Menéndez Marqués), navíos ligerísimos, bien artillados, que incluso podían cruzar el océano sin ser apresados debido a su velocidad, por lo que se les confió más de una vez el transporte de los caudales y metales preciosos. Menéndez de Avilés reedificó La Habana (destruida por los piratas), hizo de ella una fortaleza inexpugnable y construyó astilleros capaces de reparar y fabricar fragatas de guerra. Estacionó en el puerto una poderosa flota ligera y patrulló con ella la ruta de La Habana-Veracruz y La Habana-Nombre de Dios (más tarde Portobelo). Apresó más de cincuenta buques corsarios

¹⁰⁸ Mismo autor, 1952, p. 85.

y, como escribe J. H. Parry, “compartió con Drake y Nelson el genio estratégico que considera todos los mares como uno”.¹⁰⁹

De audacia semejante a la del adelantado fue el joven genovés Alejandro Espinola, al servicio de España, hermano del famoso debelador de Breda (1625) inmortalizado por Velázquez (*Las Lanzas*), al que después de muchos ruegos y solicitudes se le permitió el mando de seis galeras con las que tuvo en jaque a la navegación enemiga en el Canal de la Mancha practicando la guerra en corso. Apoyándose en los puertos de Brevet, Calais y Dunkerque realizó muchas presas y esquivó con gran intrepidez y enorme suerte la caza sistemática de los holandeses, que desde 1598 buscaban destruirlo. Entre Dover y Sluys se mostró incansable asaltando naves enemigas; pero en 1603, despechado e impotente ante la falta de imaginación y decisión del mando español, buscó la muerte en un desigual combate contra los holandeses. En 1574 el gobierno español había perdido todos los navíos que operaban desde los puertos del sur de Flandes; dos años después se quedaba también sin un puerto sobre el que apoyarse y sólo en 1583 el ejército recobró el de Dunkerque, donde inmediatamente se constituyó un almirantazgo, se construyeron barcos y se formó así la flotilla o “armadilla de Flandes” que operó contra los holandeses durante toda la guerra, apresó navíos enemigos, protegió el comercio y transportó tropas. Sin embargo, esta flotilla no contribuyó a ganar la guerra; la armada holandesa, muy superior en número, bloqueó el puerto y siempre estuvo dispuesta a perder diez navíos con tal de destruir uno solo escapado de Dunkerque. Juan Bautista de Tassis (1601), en su *Discurso* sobre el estado de guerra en Flandes, escribe así: “Si nosotros presentamos 100 barcos ellos presentan 400, y si más presentamos nosotros, más presentan ellos; y nunca tienen el más mínimo inconveniente en perder diez de sus navíos con tal de hundir uno de los nuestros.”¹¹⁰ Sin embargo, entre 1626 y 1634 la flotilla cató-

¹⁰⁹ *Op. cit.*, 1952, p. 100.

¹¹⁰ *Cit.* G. Parker, 1976, p. 38-39 (n. 2).



lico-flamenca con base en Dunkerque realizó la guerra en corso y capturó cerca de mil quinientas embarcaciones enemigas, dos tercios de las cuales eran holandesas; pero cuando el almirantazgo flamenco quiso llevar su acción a las Indias, el recelo monopolista lo impidió, según vimos en páginas atrás.

Pedro Menéndez de Avilés propuso también a Felipe II un plan ofensivo, consistente en establecer una potente base naval en las islas Scyllys como medio seguro de evitar los “raids” ingleses en el área caribeña. El marino asturiano, que era tan buen estratega como Drake, sabía que la mejor defensa de España y de sus posesiones ultramarinas se hallaba a la altura del Canal de la Mancha; al igual que para Drake la mejor defensa de Inglaterra era el amago constante de los puertos de la Coruña, Lisboa y Cádiz. Los dos grandes marinos coincidieron en que el mejor sistema de defensa naval era el ataque y ambos consideraron que toda nave era una unidad de combate con la que se podía cruzar el océano, maniobrar y luchar a velas desplegadas.

Don Felipe, como ya hemos escrito, lento en resoluciones y tardo por naturaleza, sacó al adelantado de su amada Florida, lo retuvo junto a sí, pero no puso en práctica ninguna de las rápidas y audaces determinaciones del eficaz marino. Da que pensar el trato que el rey dio a este decidido e impaciente navegante, puesto que, como le ocurrió al marqués de Santa Cruz, también don Pedro se murió (1574) de fiebre a los 55 años sin poder realizar plenamente ninguno de sus osados proyectos ofensivos. Creemos que si a Felipe II le fue difícil tratar con tales hombres, a ellos les fue no menos arduo el tener que lidiar con las tácticas dilatorias del irresoluto rey. Y al parecer todas las contiendas disputadas quedaron a favor del monarca y, por demás está decirlo, a desfavor de España, que perdió con diferencia de catorce años a sus dos mejores marinos. Don Felipe fue un hombre terco y de enorme voluntad; de mediocre dotación intelectual y, flagelado por la superioridad efectiva de sus principales servidores,¹¹¹ siempre presto a sublimizar su complejo de inferioridad, revis-

¹¹¹ Cf. J. Miranda, 1962, p. 16.

tiéndose de un aire de gravedad y de falsa prudencia que disimulaba lo indeciso de su carácter y aplazaba sin cesar la hora de la determinación. En Felipe II la astucia, la agudeza, la reserva y la severidad eran cualidades hipertrofiadas para defenderse de la debilidad interior.¹¹² Hombre de grandes traumas psíquicos, de pobre imaginación, tuvo que sentirse incómodo entre gentes que, como la castellana, abundaban en ingenio y vivacidad. Su famoso “sosegaos”, con el que pretendidamente intentaba intranquilizar aún más a los que nerviosamente se hallaban ante su presencia, era un arma no menos eficaz que su sonrisa, la cual, como se decía y corría por toda Castilla, era una daga. Como expresa José Miranda, “ningún soberano español fulminó con ellas a tantos subordinados”,¹¹³ como lo hizo Felipe II. “De modo automático —como escribe I. Olagüe— se enajenaba el monarca el curso de todo hombre sensato e independiente. Le rodearon y adularon los servidores rastreros y los logreros; todos los demás supieron que más valía estar lejos que cerca del trono.”¹¹⁴

Felipe II, que creó en tomo suyo una eficaz polisidonia administrativa, consiliaria, a base de un escogido número de aristócratas, letrados, burócratas, secretarios, escribanos, gollas y empleados; que controló su imperio mediante cataratas de papel (le *roi papierassier*, como le motejaron los franceses); que dirigió las campañas militares y navales desde su mesa de trabajo en el Alcázar o desde la de su celda en el Escorial, aprendió de su padre a desconfiar de todo el mundo, de los que le aconsejaban y ejecutaban sus órdenes, y particularmente de los conversos y de sus descendientes, y a no dejar nunca a otros la decisión final. El monstruoso covachuelista que fue don Felipe concentró en sus manos todos, absolutamente todos los asuntos, problemas y resoluciones —así los más triviales como también los más complicados y graves de la política internacional y nacional— y fue de este modo triturando a todos los hombres que estuvieron a su servicio y que con la

¹¹² J. Deleito y Piñuela, *op. cit.*, p. 52.

¹¹³ *Op. cit.*, p. 17.

¹¹⁴ *Apud* J. Olagüe, 1950, vol. III, p. 438.



mejor buena fe y voluntad del mundo quisieron actuar con responsabilidad, libertad y holgura en sus puestos de mando. Como expresó alguna vez el duque de Alba, según cuenta A. Pérez en sus *Segundas Cartas*, el rey trataba a los hombres como naranjas; servían como jugo y una vez lo suficientemente exprimidos y chupados hasta quedar sin una gota de zumo, totalmente secos, eran tirados a un lado.¹¹⁵ Así acabó con el cardenal Antonio Granvela cuando éste insistió en una política imperial agresiva y expedita:

No sé lo que va a pasar —escribía el cardenal al secretario del rey, Idiéguez—, pero no deseo tomar parte en la ruina final, hacia la cual se encaminan con los ojos cerrados. Todos los asuntos se dejan en el aire; la administración está dominada por la corruptela y los deshonestos oficiales no son de confiar, y lo mismo ocurre con los negocios financieros, con los de la justicia y con los del ejército y la armada.

“Los castellanos lo quieren todo y sospecho que acabarán por perder todo.”¹¹⁶ El cardenal murió lleno de tristeza, alejado ya de la corte y sin ser consultado por el monarca en aquellos asuntos donde su experiencia debería haberse tomado en cuenta (21-XI-1586). Igualmente había muerto en 1572 el jurista y cardenal Diego Espinosa, tras que el rey lo relevó abruptamente del Consejo. Para la década de los noventa la decadencia avizorada por Granvela era ya un hecho incontestable. España había perdido la batalla del Atlántico y las victorias de las potencias protestantes nórdicas precipitaban la ruina del imperio. El duque de Alba fue relevado cuando su durísima política represiva en Flandes, aconsejada por el propio rey, no surtió el efecto que éste había calculado. El duque de Parma, sobrino de Felipe II, muere a los 47 años (tras sus brillantes victorias en Flandes y Francia), más que a consecuencia de las heridas recibidas en combate (Caudebec), abatido moralmente ante la ingratitud y duplicidad del

¹¹⁵ Cit. V. Vives, 1976, *op. cit.*, p. 111.

¹¹⁶ Cit. J. H. Elliott, 1970, *op. cit.*, p. 275-276.

ya viejo, achacoso y receloso (esto último lo fue siempre) monarca que, como expresa el cronista Cabrera de Córdoba, temía que el duque, virtualmente señor de los Países Bajos, apoyado por Inglaterra y Francia “jugara tres, dos y as con los dos reinos”.¹¹⁷ No esperó el rey a que se aliviase el de Parma, sino que lo relevó de sus funciones reemplazándolo con el conde de Fuentes, el cual, más generoso que su señor, al ver la gravedad del enfermo compasivamente no le entregó la carta en la que Felipe II dábale las gracias, pero le exigía la renuncia (1592). Desde luego murió el duque sin que la casa de los Farnesio obtuviera el codiciado y ofrecido cebo de Piazenza, plaza fuerte prometida por don Felipe, pero que nunca soltó éste de sus manos.¹¹⁸ Don Juan de Austria es obstaculizado sutilmente por su hermano, según dijimos, el cual no le permitirá llevar a cabo ninguno de sus más ambiciosos y, por qué no, legítimos proyectos o ensueños. Don Felipe impidió a su hermano que pasase a la ofensiva contra el turco con una flota de trescientas velas; se opuso a su coronación como rey de Túnez y dio largas al proyecto del joven héroe y del papa Gregorio XIII de invadir a Inglaterra, rescatar a María Estuardo, casar don Juan con ésta y coronarse rey de Inglaterra. Muere también muy joven don Juan, a los 33 años de edad, operado malamente de hemorroides y rodeada su muerte de rumores siniestros. Dos veces habían atentado contra su vida sus enemigos (ingleses y holandeses protestantes); mas el odio contra Felipe dejó correr malignamente la especie de que él fue el instigador de la muerte de don Juan por envenenamiento. Poco antes de fallecer éste le dice a su confesor que volvería al seno natural al igual que nació; es decir, que iba a morir sin poder siquiera decir que fue suyo un puñado de tierra.¹¹⁹ Asimismo el rey Felipe se maneja un tanto turbiamente en el proceso inquisitorial contra el arzobispo de Toledo Bartolomé Carranza, gran

¹¹⁷ Cit. T. Walsch, *op. cit.*, p. 742.

¹¹⁸ Apoyado Walsch en el cronista Cabrera de Córdoba (vol. III, p. 135), al servicio de don Felipe II, sostiene que le dio el castillo de Piazenza tras la toma de Amberes (1585), además el Toisón de Oro, *op. cit.*, p. 683.

¹¹⁹ *Ibidem*, p. 650.



teólogo, figura importante en el Concilio de Trento y santo varón, acusado de luterano por haber escrito el *Catecismo cristiano*; a quien el joven rey había llevado consigo a Inglaterra (1558) y donde el eclesiástico quemó libros heréticos, desenterró y quemó también huesos de herejes e inspeccionó las universidades de Oxford y Cambridge. Tan satisfecho quedó el rey de la ortodoxia de Carranza que lo elevó a la sede toledana, pese a que éste, hombre humilde y sencillo, se oponía al nombramiento. Esto no lo libraría posteriormente de dieciséis años de un proceso, realizado más que por motivos heterodoxos por ocultas razones políticas. La Iglesia o, por mejor decir, la Inquisición, puesta al servicio del Estado, no dejó títere con cabeza. Los sabuesos inquisitoriales husmearon las supuestas huellas judaizantes o heterodoxas de fray Luis de León, fray Luis de Granada, fray Juan de Ávila, Francisco de Borja, Arias Montano y decenas más. Y no sólo fueron los grandes los que sufrieron la ingratitud de los reyes, sino también la legión de los medianos servidores cuando por razones de estado o personales tenía que prescindir de ellos: un Antonio Pérez, por ejemplo. Como escribe el ya citado I. Olagüe “gracias a [la] solapada contienda entre el rey y su primer ministro, consta hoy día para la posteridad, que Felipe II, como cualquier florentino del Renacimiento, no tenía reparo en mandar envenenar o ajusticiar secretamente a aquel enemigo o personaje que estorbaba a su política”.¹²⁰ Víctimas de su injusticia, entre muchas otras, fueron la propia reina doña Isabel, el príncipe Carlos, el marqués de Poza, el barón de Montigny, el Justicia Mayor de Aragón (don Juan de Lanuza), el conde de Aranda, el duque de Villahermosa, los condes de Egmond y Horn y el infeliz secretario de don Juan de Austria, Juan de Escobedo.

La primera gran fase de la guerra anglohispana tocaba a su fin. Felipe II había muerto en 1598 y su rival Isabel I lo seguiría cinco años después. El trono vacante de los Tudores fue ocupado por el primer Estuardo, Jacobo I (1603), que hizo las paces con España (1604) y admitió no ayudar a los

¹²⁰ *Op. cit.*, vol. III, p. 432.

flamencos rebeldes ni permitir que las naos inglesas traficasen con las Indias Occidentales, algo que la gran reina inglesa fallecida jamás hubiera aceptado. La guerra marítima se reanuda durante el protectorado republicano del dictador Oliverio Cromwell (de 1649 a 1658), apelándose propagandística y patrióticamente al glorioso pasado isabelino y mirándose en el espejo de la victoriosa tradición drakeiana. Sir John Eliot expresará en el parlamento inglés: “La guerra de España es nuestras Indias; de allí derivamos nuestra riqueza y felicidad.” Y para hacer justificable la empresa a la vista de todos, se echará mano, de nueva cuenta, del espantajo de la leyenda negra antiespañola. Thomas Scott, por vía de arbitrio literario y propagandístico (*pro domo sua*), hace hablar a un español de esta suerte: “La crueldad es un rasgo natural e inherente de nuestra nación, porque no podemos gustar de nuestras victorias al menos que no nos empapemos, casi hasta ahogarnos, de sangre enemiga.”¹²¹

A pesar de los fracasos navales iniciados bajo el reinado del tercio Andrenio que fue don Felipe, o, para mejor expresarlo, gracias tal vez a ellos, se robusteció el control, la exclusividad y el monopolio absolutos del Estado-Iglesia español de los siglos XVI y XVII, bien que a costa de las quiebras periódicas, la ruina endémica y la desilusión general acentuada más y más conforme van transcurriendo los reinados de Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700).

Quevedo, que tenía 8 años de edad cuando el desastre de la Invencible, vivirá dolida y críticamente la decadencia española bajo el último de los Felipes e irritará con su famoso *Memo-rial* (1639) al monarca abúlico y sensual, al que calificaba de “grande”, pero “a la manera de hoyo”.¹²² Quevedo, que señalará sarcásticamente que “pueblo idiota es seguridad del tirano” y que “en la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes, el estudio que los advierte los amo-

¹²¹ *Cit.* Marvin Arthur Breslaw, 1970, p. 177.

¹²² Grande sois, Felipe, a manera de hoyo;
ved esto que os digo en razón de apoyo:
quien más quita al hoyo más grande lo hace;
mirad quien lo ordena, veréis a quién place.



tina”,¹²³ asumirá por su cuenta y riesgo la vox *populi* y censurará a Felipe IV por descuidar el gobierno y dejar todo en manos del favorito Olivares:

Los holandeses, señor, y los persianos
han conquistado Ormuz; las Filipinas
del holandés padecen mil ruinas.
Lima está con las armas en la mano,
El Brasil en poder de luteranos,
Temerosas las islas sus vecinas;
la Valtellina y treinta Valtellinas
serán del turco en vez de los romanos.
La Liga de furor y astucia armada,
vuestro imperio procura se trabuque,
el daño es pronto y el remedio es tardo.
Responde el rey: Destierren luego a Estrada,
llamen al conde Olivares, duque
case su hija y vámonos al Pardo.¹²⁴

Intentaron hacer enmudecer la indignación del tremebundo censor, mas en vano; su voz vuelve a levantarse airada contra los responsables de la decadencia hispana:

No he de callar, por más que con el dedo,
Ya tocando la boca, o ya la frente,
Silencio avises, o amenazas miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir, lo que se siente?
Hoy sin miedo, que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio asegurado
De que mayor poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser pecado
Severo estudio, y la verdad desnuda,
Y romper el silencio el bien hablado.¹²⁵

¹²³ Cf. Quevedo, “La hora de todos...”, edición *Obras completas*. Prosa de L. Astrana Marín, 1945, p. 299, 301.

¹²⁴ Cit. F. Díaz-Plaja, 1972, *op. cit.*, p. 215.

¹²⁵ “Epístola satírica y censoria contra las costumbres presentes de los castellanos; escrita a don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, en su vali-

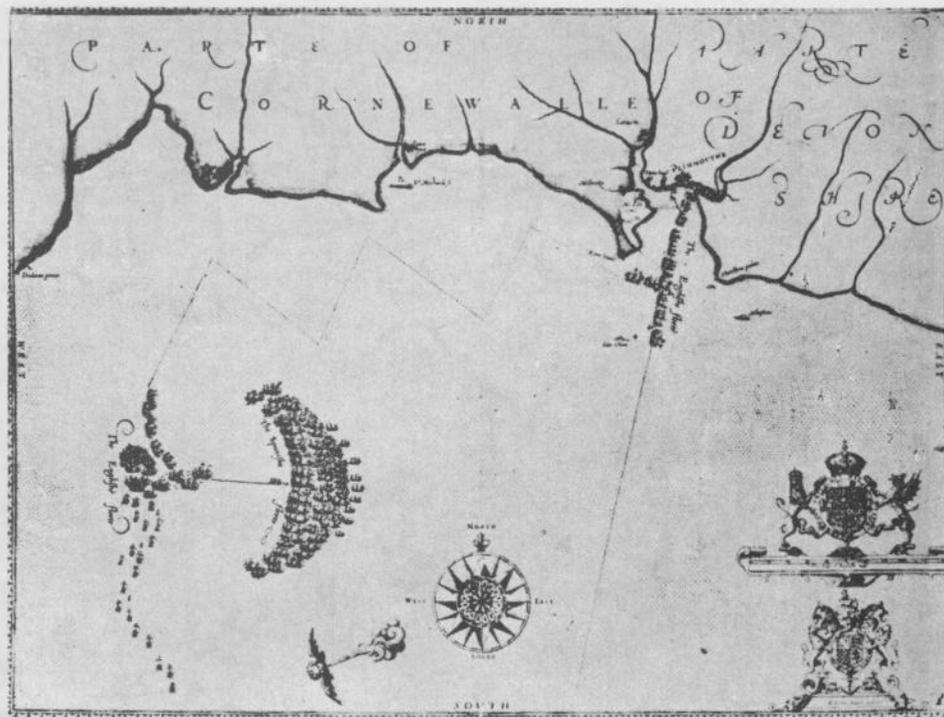


Lámina 31

El 31 de julio (cómputo español), al comenzar la Armada su avance Canal arriba, las flotas realizaron dos maniobras de gran habilidad. La primera fue el táctico movimiento de los ingleses, y la otra la respuesta española a éste. Era esencial para ambas armadas intentar y lograr ganar el viento. Como éste soplabla en dirección oeste, ello significaba que si los ingleses encontraban a los españoles por delante de ellos, tendrían la ventaja. No se sabe cómo fue hecha la maniobra inglesa, pero probablemente, como lo sugiere el mapa, una parte de la flota inglesa barloventeando a lo largo de la playa logró situarse al oeste y colocarse así detrás de la escuadra española; y la otra parte emproó hacia el sur y alcanzó su posición en torno al ala derecha de la flota española. En respuesta a este movimiento, a una señal del almirante (cañonazo) la Armada adoptó una formación semicircular (*crescent*) situando los más poderosos galeones en ambos puntos. Entonces, si los ingleses atacaban podían ser abordados, como lo deseaban los españoles, o atraídos al centro del creciente, con peligro de que las alas españolas se cerraran sobre la zaga inglesa y ganasen el viento. Ante esto, el almirante inglés no tuvo otra opción sino la de permitir que la Armada prosiguiese lentamente su ruta sin ser molestada. La velocidad de la Armada era de cuatro millas náuticas por hora, y a veces dos e incluso menos.

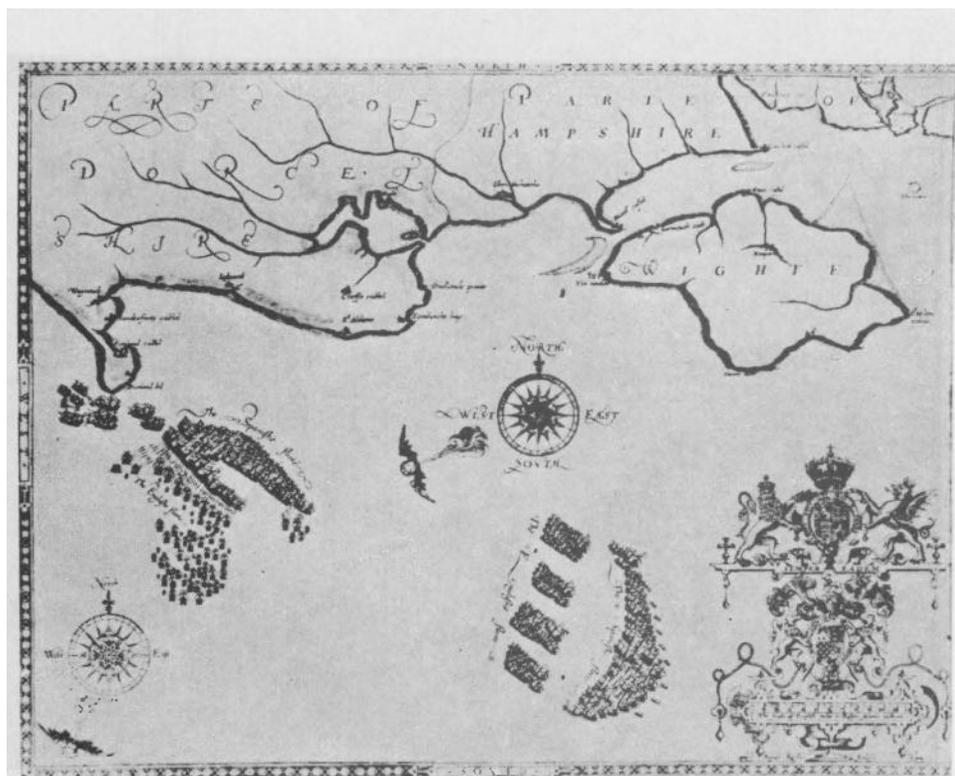


Lámina 32

En este mapa vemos las dos posiciones de las flotas. Para entonces los ingleses habían apresado dos navíos españoles, uno de ellos debido más a un accidente que a una acción victoriosa; pero ellos se habían mostrado incapaces de forzar la acción, o, más bien, la rehuyeron. La Armada se encontraba frente a Portland Bill, y Howard pensó que el enemigo podría atacar Weymouth. Tuvo lugar una confusa escaramuza, intentando los ingleses atacar por el lado de mar abierto y combatiendo también contra cuatro galeazas situadas a sotavento de Portland Bill. Pero contra ambas flotas estaban el viento, la marea y los peligrosos bajos de Shambles y la acción hubo de interrumpirse. Los ingleses se retiraron y los españoles reconstruyeron su formación y siguieron su ruta. La segunda posición en el mapa muestra a las dos flotas, inmóviles por falta de viento, a milla y media al SO de una isla de Wighth. Dos días después de la escaramuza de Portland Bill, Howard mantuvo un consejo de guerra y dividió su flota en cuatro escuadrones, al mando de él, Drake, Hawkins y Frobisher respectivamente. Con ayuda de los botes de su nave, Hawkins atacó a las galeazas; pero una vez más el combate resultó indeciso. Sopló de nuevo el viento y los ingleses intentaron llevar a la Armada hacia los peligrosos bajos de la isla; mas fracasaron, y ambas flotas se dieron a la vela.

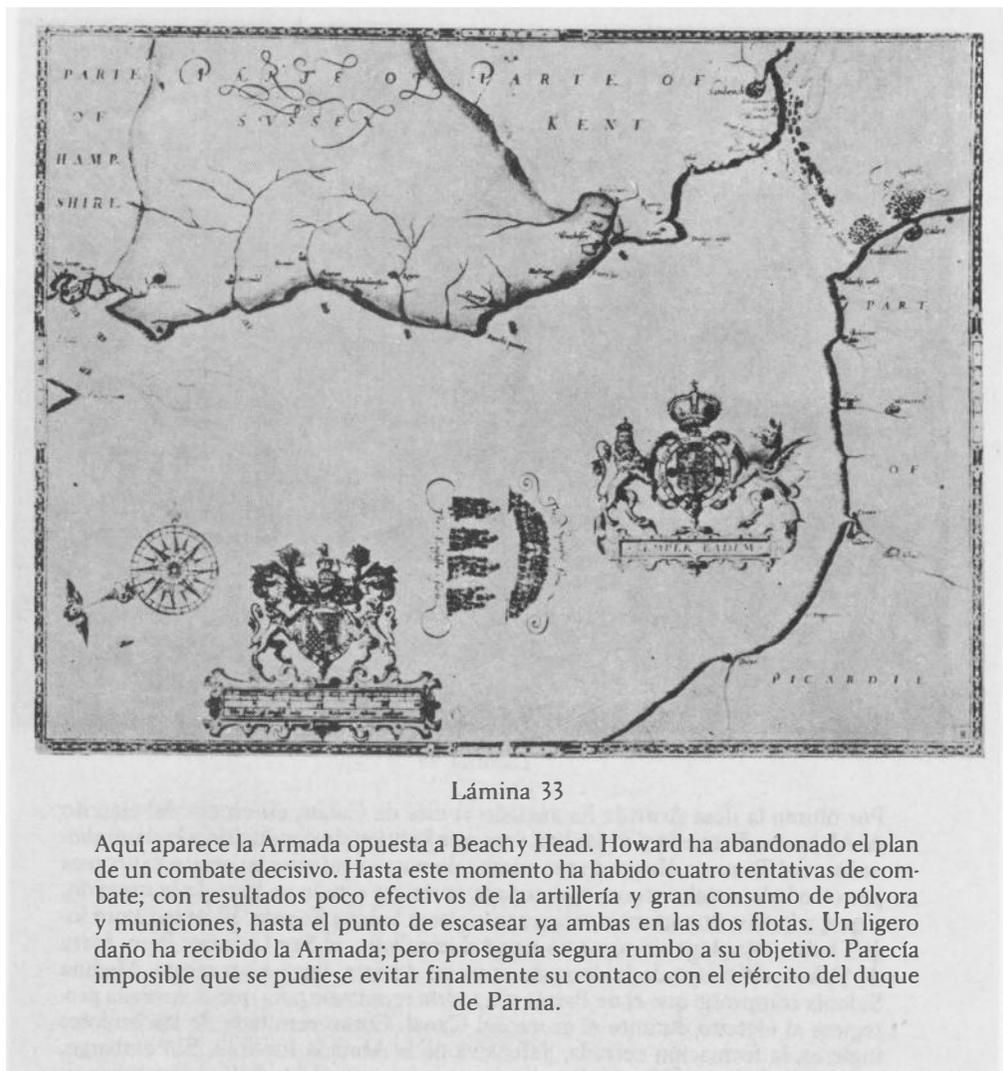


Lámina 33

Aquí aparece la Armada opuesta a Beachy Head. Howard ha abandonado el plan de un combate decisivo. Hasta este momento ha habido cuatro tentativas de combate; con resultados poco efectivos de la artillería y gran consumo de pólvora y municiones, hasta el punto de escasear ya ambas en las dos flotas. Un ligero daño ha recibido la Armada; pero proseguía segura rumbo a su objetivo. Parecía imposible que se pudiese evitar finalmente su contacto con el ejército del duque de Parma.

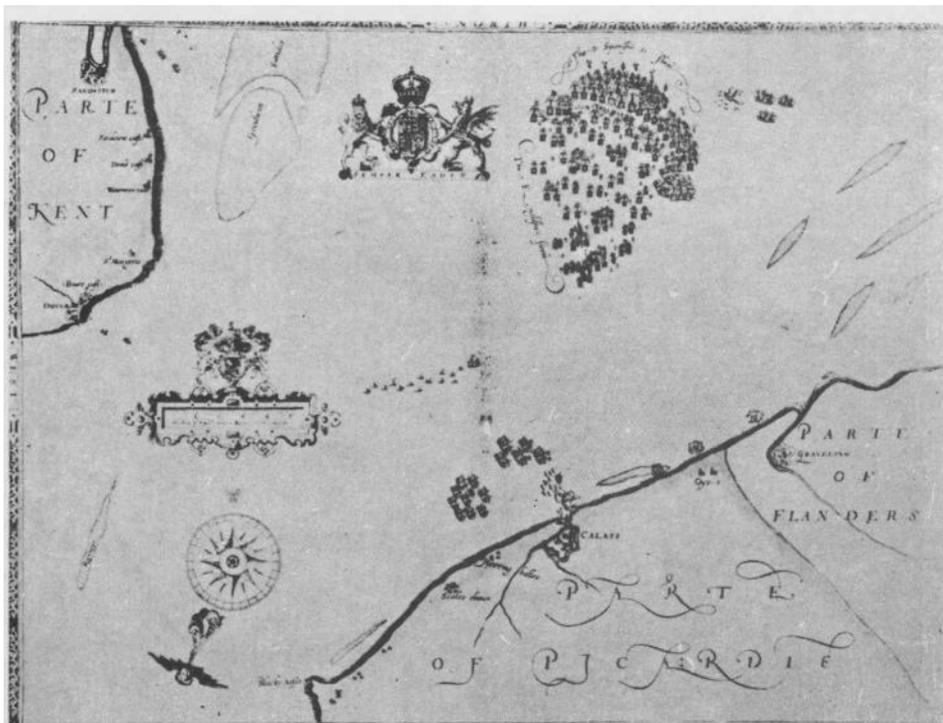


Lámina 34

Por último la ileña Armada ha anclado al este de Calais, en espera del ejército de Alejandro Farnesio y de las barcasas que habrían de conducirlo a la desembarcadura del Támesis. Howard se mostraba descorazonado por su escaso éxito; mas por otro lado, estaba seguro que toda la costa sur estaba ya libre de la invasión, y que, además, importantes refuerzos ingleses habían llegado. El único éxito inglés había sido destruir un navío español encallado, el *San Lorenzo*. Pero, fuera de Calais, el fracaso de la Armada, si no su derrota, llegó a ser cierto. Medina Sidonia comprobó que el de Parma no podría reunírsele para que la Armada protegiese al ejército durante el cruce del Canal. Como resultado de los brulotes ingleses, la formación cerrada, defensiva de la Armada fue rota. Sin embargo, pese a ello los españoles pudieron, aunque con enorme trabajo, reconstruir su formación. Pero no resultó de ello ningún provecho. Poco a poco se fue desordenando y una vez evitados los bajos de la costa holandesa, la Armada, ya casi sin poder ofensivo, huyó rumbo al norte.

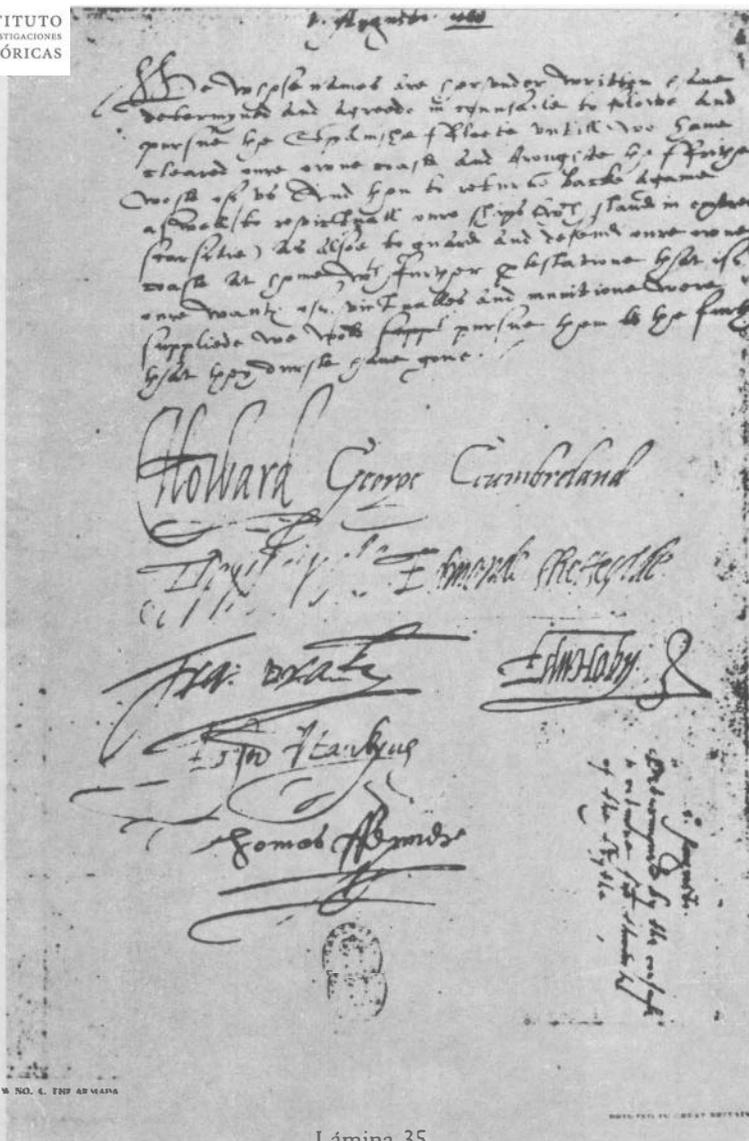


Lámina 35

Nosotros los abajo firmantes estamos determinados y hemos acordado en consejo proseguir y perseguir a la flota española hasta que hayamos librado nuestra propia costa y dejemos el canal al oeste de nosotros, y entonces tomaremos atrás para revituallar nuestros navíos, que se encuentran en extrema escasez, y asimismo para guardar y defender nuestra propia costa de cerca, declarando además de que si nuestra necesidad de vituallas y municiones fuera abastecida, la perseguiríamos más allá de lo que ella se hubiera atrevido a ir.

Charles [lord] Howard de Effingham
George [conde de] Cumberland
[Lord] Thomas Howard
Edmund [lord] Sheffield

Francis Drake
Edward Hoby
John Hawkins
Thomas Ferner

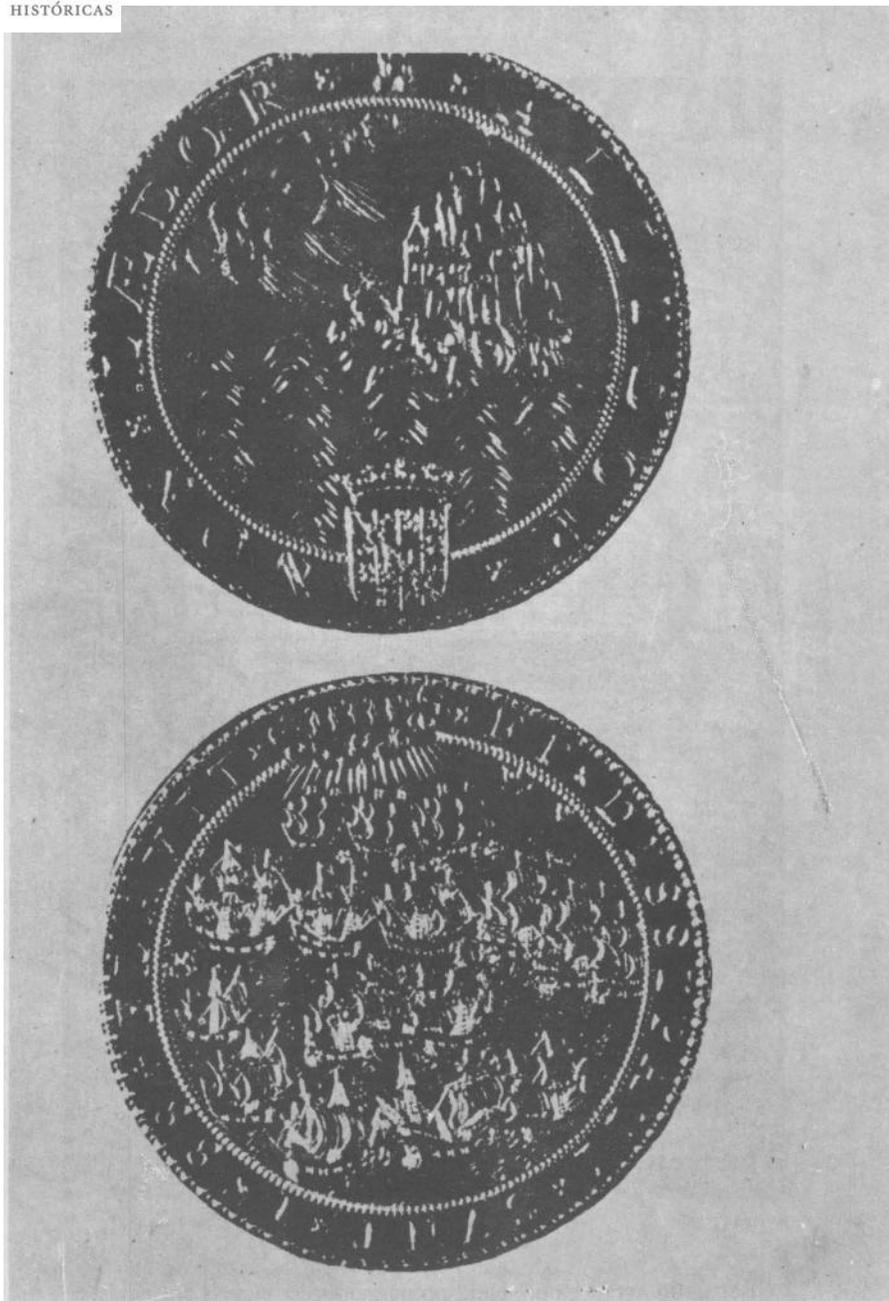


Lámina 37

La medalla *Flavit Jehovah* de 1588 (anverso y reverso)



Lámina 38

“Recuerdo agradecido.” Hoja propagandística inglesa antipapista y antiespañola

El valiente crítico se atrevió —según unos afirman y otros niegan— a dejar bajo la servilleta del rey el papel o memorial ya citado, dirigido a la “Católica, sacra [y] real majestad”, donde denuncia verdades de a puño bien dolientes: tributos excesivos, un ministro voraz que todo se lo come (Olivares), gastos en Flandes e Italia que no se acomodan al despilfarro suntuario de la corte y de las grandes casas nobiliarias. Haya sido o no sido el memorial, lo cierto es que el 7 de diciembre de 1639, a las diez de la noche, fue arrestado Quevedo y puesto en prisión en una húmeda mazmorra en el convento de San Marcos de León, de donde no salió sino en 1643, cuando cayó en desgracia el conde-duque de Olivares, víctima de sus errores políticos (nacionales e internacionales) y sobre todo de la llamada *conjura de las mujeres*: de sor María de Jesús de Agreda a la reina, pasando por la nodriza del rey, la infanta Margarita y la duquesa de Mantua, entre las más principales. La decadencia, la ruina y la miseria siguen cuesta ayuso, y Quevedo, ya vencido por los años, amargado, ve cómo las murallas antes fuertes de su patria caen a pedazos:

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados
por quien caduca ya su valentía.
Salíme al campo, vi que el sol bebía
los arroyos del hielo desatados;
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.
Entré en mi casa; vi que amancillada
de anciana habitación era despojos;
mi báculo más corvo y menos fuerte.
Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.¹²⁶

miento.” Lámina que reproduce la epístola de Quevedo incluida en la edición príncipe del *Parnaso Español*, Madrid, 1648, *apud* I. Olagüe, *op. cit.*, vol. I, p. 159.

¹²⁶ Soneto incluido en S. Prampolini, 1940, *op. cit.*, vol. VII, p. 223.



Al Quevedo optimista de la *España defendida* (1609) o de la réplica al manifiesto francés de 1635, sigue el Quevedo pesimista de la desalentadora carta dirigida a don Francisco de Oviedo, unos cuantos días antes de que el genial y satírico escritor falleciese: ¹²⁷

Muchas malas nuevas escriben de todas partes y muy rematadas, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto, señor don Francisco, no sé si se va acabando, ni si se acabó. Dios lo sabe; que hay muchas cosas que pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada, sino un vocablo y una figura. ¹²⁸

El historiador francés Pierre Vilar atribuye la decadencia española, vale la pena insistir en ello, a un complejo de causas diversas:

Aridez, deforestación, decadencia agrícola, emigración, expulsiones [judíos (1492) y moriscos (1609)], exceso de manos muertas, de limosnas y de vocaciones eclesiásticas, vagabundeo, desprecio al trabajo, manía nobiliaria, flaquezas de los favoritos y de los reyes: estas “causas de la decadencia” son demasiado numerosas para no adivinar en ellas la imbricación de *causas-efectos*, la “crisis general” en lo que son solidarias una impotencia política, una incapacidad productiva y una putrefacción social. ¹²⁹

En el *Memorial* de Quevedo, según dijimos, se denuncia la atroz situación de España, donde “los pobretes, solos y escondidos, callando os invocan, [Señor], con mil alaridos”. Pero a la corona española “le interesaba más mantener a los campesinos en un estado de ánimo cercano a la desesperación, sabor[a] de que él los empujaba fácilmente a engancharse en los tercios imperiales, donde se les prefería, por su lealtad y aguante, a cualesquiera otros reclutas”. ¹³⁰ La “alimentación” del ejército aligeraba de hombres a España; y los que

¹²⁷ Falleció Quevedo el 21 de agosto de 1645.

¹²⁸ *Apud, Obras completas*, edic. cit. (tomo “Prosa”), p. 1881.

¹²⁹ P. Vilar, 1976, *op. cit.*, p. 339.

¹³⁰ J. Miranda, *op. cit.*, p. 39.

se alistaban lo hacían porque no tenían otro recurso o medio de subsistencia:

A la guerra me lleva
mi necesidad.
Si tuviera dineros,
no fuera, en verdad.¹³¹

Martín González de Cellorigo, anticipándose a Lenin, escribe el citado Pierre Vilar, denuncia la artificiosa situación económica de los que viven de “cortar el cupón”, es decir, de juros y censos, multiplicadores de la inflación de títulos de papel y precios, activos estimulantes, estos últimos, del hambre, de la miseria y de la enajenación del pueblo.¹³² “No parece —escribe González de Cellorigo— sino que se han querido reducir estos reynos a una república de hombres encantados que vivan fuera del orden natural.”¹³³ Y si así era hacia comienzos de la centuria decimoséptima, qué no sería hacia mediados de la misma y sobre todo al finalizar el siglo. Las censuras comenzaron a brotar durante el reinado de Felipe III, inclusive el cronista Matías de Novoa, con motivo de la crisis de 1647, hace un comentario crítico sobre las medidas opresivas que se tomaron contra el pueblo: “todas estas novedades no eran cosa de ingenio de privados, sino de mano de Rey, y ninguna de alivio ni de aliento para el pueblo”.¹³⁴

Y cuando Cataluña, ayudada por los franceses que invaden el condado, lucha por separarse de Castilla, Felipe IV se pone al frente del ejército, marcha contra catalanes y franceses; pero no pasa de Zaragoza y se regresa presto buscando el calor de su esposa y amantes. El poeta anónimo pone en entredicho el entusiasmo bélico del rey:

Si cariños del Retiro,
señor, tan apriesa os toman,

¹³¹ Cit. J. Deleito y Piñuela, *op. cit.*, p. 192.

¹³² P. Vilar, *op. cit.*, p. 341.

¹³³ Cit., *ibidem*.

¹³⁴ Cit. J. A. Maravall, *op. cit.*, p. 225.



rey que a retirarse llega,
mucho sus armas, desdora.
No se castiguen soldados
aunque se vuelvan a tropas;
que buen ejemplo les da
el mismo rey en persona.¹³⁵

El respeto desenfadado que todavía mostró Quededo hacia la realeza (a Felipe IV el Grande, cuya grandeza —recuérdese— equiparó a la del hoyo, tanto más ancho y hondo cuanto más se cava en él) se va a perder. En un pasquín callejero se increpa al desdichado Carlos II: “Vives con tal deshonor, que ni reinas ni tratas de reinar; y eres esclavo del imperio artificioso de los que gobiernan, siendo sólo en apariencia rey y en la verdad una estantigua y un fantasma despreciable.”¹³⁶ Y un escritor anónimo de sátiras políticas compone en 1670 un *Papel de símiles, hecho para el verdadero conocimiento de los sujetos y divertimento de los cortesanos, en preguntas y respuestas*, en donde la cuestión y réplica finales rezan así: “¿En qué se parece España a sí misma? En nada.”¹³⁷

Don Gaspar de Guzmán conde-duque de Olivares y valido del abúlico y sensual Felipe IV, quiso en cierta medida anticipar las mejoras político-económicas que en el siglo XVIII establecerían los Borbones para regenerar económica y políticamente a España. Su centralización del poder en una sola mano así como su intento fallido de forzar a los territorios federales de la monarquía (*Unión de Armas*, 1641) a marchar de acuerdo con la política de Castilla, tuvo el grave inconveniente de invitar a los reinos autónomos a compartir graves responsabilidades (sangría de hombres y dineros), sin convalidarlos, en compensación, a disfrutar los beneficios del comercio americano.¹³⁸ Resulta más que significativo el que el conde-duque de Olivares en su *Instrucción* de 1625, en el *Advertimiento* al infante don Carlos y en los *Votos* no se

¹³⁵ Cit. F. Díaz-Plaja, 1971, *op. cit.*, p. 200.

¹³⁶ Cit. V. Palacio Atard, *op. cit.*, p. 124.

¹³⁷ *Ibidem*, p. 126.

¹³⁸ V. Vives, 1976, *op. cit.*, p. 116.

RELACION, EN
que se declaran las traças, con q̄
Francia hà pretendido, inquietar
los animos de los fidelissimos
Flamencos, à que se rebelassen
contra su Rey, y señor
natural.

Escrito de Don Francisco de Quevedo.



On tan inseparã

bles la paz, y amor de Dios, que
no gozará de ella, el que se halla
reñido aquella; y aunque es cierto,
que esto rigurosamente se en-
tende de la interior paz de la al-
ma; tambien lo es, que sin la ex-
terior se halla pocas vezes; en

cuya conformidad dixo el divino Isidoro en el libro ter-
cero de summo bono, (Los amadores de la paz aman a
Dios autor della.) Y de su contraria la discordia dixo el
doctor de la yglesia san Agustin, (Ninguno en discordia
bendize al Señor.) De donde se colige facilmente, que
los autores, motores, incitadores, sollicitadores, y con-

seruadores

De Juan Gomez de Plata

Lámina 39

El libelo contra Richelieu, de don Francisco de Quevedo

EPISTOLA SATYRICA,
CENSORIA,
CONTRA LAS COSTUMBRES PRESENTES
DE LOS CASTELLANOS;
ESCRITA
A DON GASPARD DE GYZMAN
CONDE DE OLIVARES,
EN SU VALIENTO.

NO he de callar, por mas que con el dedo,
là tocando la boca, o ia la frente,
Silencio * avises, o amencés miedo.
No ha de haber un espíritu valient?
Siempre se ha de sentir, lo que se dice?
Nunca se ha de decir, lo que se sienta?
Hoi sin miedo, que libre escandalice,
Puede hablar el ingenio, asegurado
De que maior poder le atemorice.
En otros siglos pudo ser peccado
Severo estudio, i la Verdad defnuda,
I romper el Silencio el bien hablado.
Pues sepa, quien lo niega, i quien lo duda,
Que es lengua la Verdad de Dios severo,
I la Lengua de Dios nunca fue muda.
Son la verdad, i Dios, Dios verdadero,
Ni eternidad divina los separa,
Ni de los dos alguno fue primero.
Si Dios a la Verdad se adelantara,
Siendo Verdad, implicacion huviera

*Es especie
de Profesora
pala i la
misma voz
lo dice, sig
nificando,
Porque se
Dio

S 2

En

Lámina 40

La "Epistola Satyrica" de Quevedo.

refiera a la necesidad de reconstruir la flota y promover la navegación de los empresarios particulares. En 1628 quiso ponerse de acuerdo con Alberto Wenzel de Wallenstein, general de las fuerzas católicas durante la Guerra de Treinta Años, para estimular en Alemania y España la política naval; pero, como siempre, nada concreto se llevó a efecto.¹⁸⁹ Olivares es un hombre que ignora el mar y por lo mismo no entiende que las flotas no pueden hacerse por decreto e imposiciones. Él se había propuesto rehacer la economía de Castilla, ordenar la hacienda del Estado y salvar al imperio americano del desastre. Esta última tarea era la más importante y perentoria; pero en lugar de hacerlo así, el oro y la plata de Indias reunidos en Sevilla fueron empleados en mantener la guerra en Flandes, en lucha agotadora contra la potencialidad de Francia, Holanda e Inglaterra. La Guerra de Treinta Años acabó con la preponderancia española en Europa (Paz de Westfalia: 1648, Paz de los Pirineos: 1659). El conde-duque, con enormes sacrificios para el país, había preparado una nueva escuadra, que como todas las que se aparejaron oficialmente acabó en un espantoso desastre. Puesta dicha escuadra bajo el mando de Oquendo (quien se había provisto de marineros y soldados por leva y penados, y arrancando de sus faenas a pobres campesinos y miseros pescadores gallegos), al entrar la flota en el Canal de la Mancha (septiembre de 1639) se encontró con la flota holandesa del almirante Tromp, más pequeña pero más marinera, mejor artillada y manejada, y las naves españolas no tuvieron otra opción sino refugiarse en el puerto neutral inglés de Downs. El almirante holandés no hizo caso de la neutralidad inglesa e incendió con brulotes las naves de Oquendo. Sólo un corto número de naos españolas con soldados y dineros pudo llegar al puerto de Dunkerque. Esta derrota naval denominada de Las Dunas, trajo de rechazo las sucesivas militares de los famosos tercios en Rocroi (1643), Lens (1648) y Las Dunas (1658), amén de la pérdida de Dunkerque, Audenarde, Ypres y Gravelinas. Las líneas imperiales de comunicación saltaron hechas pedazos; Portugal se

¹⁸⁹ V. Palacio Atard, *op. cit.*, p. 58 (n. 7).



independizó (1641) y Cataluña intentó lo mismo, apoyada también por Francia, aunque no tuvo éxito, si bien logró el reconocimiento de sus libertades fuerales (1653). Inclusive en Andalucía la casa de Medina Sidonia intentó un movimiento separatista que no cuajó. Como escribe J. Vicens Vives, el resultado de la desacertada política de Olivares “fue liquidar en Europa el futuro del imperio americano [...]. Ahí, en América, se halla la clave del fracaso del conde-duque en Europa, la razón de los reveses navales y militares, el motivo de la secesión de Portugal y Cataluña”.¹⁴⁰ La antaño inmensa y poderosa monarquía española se transforma en mera colonia de las grandes potencias europeas, y los españoles se convierten —según clamaban los sagaces arbitristas del siglo xvii y los de finales del xvi— en los *indios* de Europa. Por Castilla corría el dicho popular: “somos las Indias del extranjero”; a causa de las bujerías que los buhoneros franceses vendían por todos los rincones de la península.

El ataque exterior y el asolamiento interno (moral y material) dejaron exhausto al país. Felipe IV, que ya no contaba con el apoyo de su valido, el conde-duque, al que se vio obligado a dar licencia (17-I-1643), buscó un amparo a su debilidad de carácter en la monja sor María de Jesús de Agreda (1602-1665), de la que hizo su consejera y directora espiritual. Felipe IV buscó desesperadamente un apoyo, una ayuda que lo fortaleciese contra su frágil naturaleza sensual, lúbrica. La correspondencia del rey con la monja, que gozaba fama de santa y de mística, pone de relieve el absurdo que supuso el que el futuro del tambaleante imperio español dependiera de los consejos políticos y éticos de la ingenua religiosa. Se dio inclusive el caso de que una simple indicación de sor María modificase las disposiciones del alto mando español en la guerra contra la Francia del cardenal Mazarino. Con la mejor buena fe del mundo la cándida monja aconsejaba al monarca sobre asuntos públicos y privados, y reprendía al rey porque estaba segura que los desastres que llovían sobre España se debían a las liviandades amorosas de la real persona.

¹⁴⁰ V. Vives, 1976, *op. cit.*, p. 117.

Religiosa y monarca (sobre todo este último: que *me digáis cuál es la voluntad de Nuestro Señor, para que yo la ejecute*) esperaron confiados en el portento salvador; mas como los remedios no vinieron de arriba ni por ningún lado, ambos coincidieron en que los pasados y presentes pecados retardaban la solución milagrosa. También el conde-duque de Olivares, no faltaría más, tuvo su deamón confidencial en la priora del convento de San Plácido (*Loudun* matritense), doña Teresa de la Cerda (a la que se atribuía, al igual que al rebaño monjil que ella pastoreaba, relaciones con Satanás), quien anunció al valido que sabía por revelación que no había de rendir el enemigo la plaza fuerte de Maestricht (Holanda). A don Gaspar de Guzmán¹⁴¹ le pareció estupenda y aliviante la revelación y no se enviaron los socorros requeridos a la plaza, la cual, falta de auxilios, cayó en manos del enemigo (1632). Pero, en fin, no se crea que estas debilidades fueron privativas del rey de España y de su primer ministro, porque asimismo Richelieu, el gran cardenal y estadista francés, contemporáneo del conde-duque, pedía a la madre Margarita del Santo Sacramento del Carmelo de París revelaciones sobre el porvenir, y la religiosa, cayendo en trance, le prometió la derrota de los ingleses; premonición, por supuesto, de mejor fortuna que la de la monja española respecto a Olivares. De seguro, hay que suponerlo, fue un ángel el que iluminó a la religiosa francesa y no un demonio como el que obscureció la revelación de la madre abadesa española.

Si las cosas de tierra adentro habían ido mal, las del mar afuera casi ya no tenían remedio. Inclusive desde el año de 1601 el liberalista Thomas Wilson había aludido a la política inglesa respecto a España:

Ellos [los ingleses] llevan a cabo una política de la cual todo el mundo se hace lenguas; pero que, no obstante, no resulta tan nueva y sólo ha sido aprendida de los holandeses; a saber, la de continuar en guerra contra España y seguir enemistados

¹⁴¹ Olivares tuvo también tratos con la hechicera llamada Leonorilla y con la bruja María Álvarez; asimismo, estuvo relacionado con el embaucador Jerónimo de Liébana.



con algunos otros países, puesto que teniendo tan gran número de bajeles, de marinos y de fuerzas en la mar, de no ser empleados quedarían ociosos y decaerían; pero que mediante los robos y ganancias audaces en el mar enriquecen a la reina, al almirante y a ellos mismos. Porque la reina recibe la mitad [del botín], el almirante la décima parte y el resto los demás. Y, por consiguiente, de este modo se incrementa el número de estos marinos y se acrecienta al mismo tiempo su destreza. Son increíbles los tesoros que han sido traídos a Inglaterra (como presas) de las Indias Occidentales durante estos doce o dieciséis últimos años.¹⁴²

Las negociaciones entre España y Holanda transcurrieron de 1630 a 1633 sin que por parte de los holandeses se diesen muestras de que efectivamente querían la paz. De hecho los armadores y comerciantes preferían el estado de guerra, dado que esto les permitía toda clase de depredaciones. Mantenerse en pie de guerra resultaba un pingüe negocio, máxime que la paz no les aseguraría por parte de las autoridades españolas el tráfico comercial con las Indias. El cronista Matías Novoa incluye en su obra histórica la larga declaración de uno de los diplomáticos flamencos, contrario a las paces:

Nuestras armadas sojuzgan todo el mar Océano y en su rumbo sólo son temidos nuestros bajeles; surcamos toda la Habana y costa de Tierra Firme; tomamos las flotas españolas y la plata que desembarca en Sevilla es nuestra.

.....

En el remate de Cuba y la Española, hacia el Medio día, nos temen; les asaltamos sus pueblos y fortalezas, y las fundamos en las islas menores, que sirven de miedo y de coyundas, y les sacamos de las manos las naos de Honduras; sojuzgamos el Brasil y sus drogas, la trata y los azúcares . . .

En las Indias nos temen, y pasamos el Estrecho de Magallanes; tenemos tierras y puertos en Chile y nos admiten al trato y a la amistad los chilenos y otras gentes belicosas de aquel Estrecho; ponemos en terror toda la mar del Sur, y nos huyen sus bajeles. Y si toda la plata, oro y mercaderías las pasamos

¹⁴² Cit. S. E. Prall, 1968, p. 21.



a nuestros puertos, ¿quién dice que no es nuestra la América, ahorrándonos el sueldo y provisiones de virreyes y gobernadores, y la fatiga de elegirlos y consultarlos? Robámosle las flotas que van a Filipinas, y pasamos a aquellas islas, mal seguras de nuestra artillería y soldados; entramos en la India; los del Japón nos admiten a contratar con ellos, y los chinos no nos desprecian.

.....

Las costas de España no tienen un navío, ni las surca una galera; sus fuertes, puertos y plazas están sin presidios; *sus capitanes de mayor reputación y los que nos tuvieron a raya, murieron; los que hoy tienen son pocos, y esos arrinconados con el desdén y la falta de premio, murieron del agravio y la iniquidad*; sin honra la guerra, despreciada la milicia, malas pagas, y esas cercenadas, y el nombre español entregado y confundido . . .

Si los podemos vencer, sujetar y echar de nosotros, prosigamos la guerra y despidase el tratar de concordia . . .¹⁴⁸

En 1656 el almirante inglés Blake atacó, ya casi a la vista de Cádiz, a la armada de Tierra Firme, se apoderó de la capitana, de un bajel mercante y de un botín de 2 000 000 de pesos. Lo estrambótico, lo absurdo del caso es que las flotas procedentes de América recibían aviso de que los ingleses u holandeses esperaban su llegada a Cádiz; pero no podían ir a descargar en otro puerto español libre porque el monopolio real estricto lo prohibía terminantemente. Alguna vez se dio el caso de que una flota española para burlar al enemigo fondease en La Coruña, Vigo o El Ferrol; pero tanto se prolongaban las disputas entre los armadores y la Casa de Contratación, sobre si descargaban o no las naos, que daban tiempo a que los ingleses u holandeses se presentaran de improviso y como en la famosa fábula conejil sobre si son galgos o son podencos, acababan con los conejos, queremos decir con las flotas y sus tesoros.

Al año siguiente atacó nuevamente Blake a la flota procedente de Nueva España, que se había refugiado en Santa Cruz

¹⁴⁸ Cit. J. Deleito y Piñuela, *op. cit.*, p. 244-246 (el subrayado es nuestro).



de Tenerife y la hundió casi en su totalidad. Hasta 1659 no llegó nueva flota; pero atracó en Santander para esquivar a los británicos. Hacia 1680 “se acaba la lista de [las] derrotas [españolas] en el mar porque ya no quedan barcos”.¹⁴⁴ Para toda la América sólo pudieron despacharse ese año diecisiete bajeles. Aunada a la decadencia económica, política y científico-técnica estaba la inevitable decadencia naval. A medida que la técnica fue progresando en el extranjero fueron los españoles perdiendo batalla tras batalla, a partir de la primera, tan decisiva, ya citada, de 1588. En la repugnancia artificiosa por la técnica la responsabilidad recae sobre los egoístas, mezquinos y absurdos programas políticos y económicos. La herencia espiritual del Estado-Iglesia español; inquisitorial y contrarreformista (es decir, ordenancista, absoluto, ortodoxo a marchamartillo y situado a la defensiva o contraofensiva) coadyuvó de modo decisivo al autocercamiento y, por consiguiente, al esforzado y dramático rechazo de las novedades de afuera. En 1559 Felipe II había prohibido a los estudiantes inscribirse en las universidades extranjeras, salvo la de Roma, Nápoles, Coimbra y Bolonia; pero un año antes una disposición del rey había establecido una rígida censura a las obras impresas en España o a las importadas del extranjero; lo cual, si bien se considera, era todavía peor. De todo ello ha de resultar una política española que, contra viento y marea, se lleva a sus consecuencias extremas; a un “apogeo del irrealismo”,¹⁴⁵ que puede ser condensado en la temeraria expresión que por aquel tiempo corría por España: *defendella y no enmendalla*. Por eso no tiene nada de extraño que hasta un hombre de nuestro tiempo como Unamuno, de agónica y atormentante fe hispanocristiana y propiciador de interpretaciones histórico-metafísicas, se revuelva entre airado y soberbio, y no sin cierto rencoroso e histórico despecho ibérico, contra lo que él llamó tecniquería occidental: “¡Qué inventan ellos!”

Empero las invenciones de los otros le costaron a España

¹⁴⁴ V. Palacios Atard, *op. cit.*, p. 65.

¹⁴⁵ P. Vilar, 1976, *op. cit.*, p. 15.



una casi permanente sangría económica y biológica. Una batalla naval ya ganada o perdida significó siempre para los españoles una horrorosa matanza. En 1607, el almirante holandés Heemkerk atacó a la escuadra española fondeada en Gibraltar: más de tres mil bajas españolas por menos de cien holandesas son una prueba en extremo concluyente de la torpe insistencia de los almirantes españoles en combatir con desprecio de las nuevas tácticas y técnicas: de las naos españolas no se salvó ni una. En 1675, en un momento de paz y alianza con Holanda, el gran almirante Ruyter hubo de intercalar para su campaña en el Mediterráneo a los barcos españoles entre los holandeses para lograr mantenerlos en línea de combate moderno y evitar así una catástrofe frente a los ingleses enemigos, por la tendencia tradicional española de forzar al abordaje. En la batalla de Trafalgar (1805), la más decisiva para la independencia de Hispanoamérica (digamos aunque sea de paso), la escuadra española subordinada a la francesa, no tuvo más remedio que repetir con sin igual bravura la eterna historia. En Santiago de Cuba (1899) a la escuadra del almirante Cervera no le quedó otra opción, tras su salida de la bahía santiagueña, que intentar reducir —en un intento supremo, heroico y absurdo— el alcance y potencia de los cañones de la escuadra norteamericana embistiendo a los navíos enemigos.¹⁴⁶ Escuadra y hombres se perdieron: se salvó el honor sin duda alguna; pero se salvó una vez más con sacrificio de vidas y riquezas la rama española de la dinastía borbónica.

7. LA OTRA CARA DE JANO

Conviene ahora que analicemos, así sea brevemente, otra corriente de pensamiento y acción, de actividad político-económica moderna, que de haber sido fomentada en la España de los siglos *xvi* y *xvii* hubiera, sin duda, podido cambiar con menos tensión y brusquedad el destino de todo el Occidente cristiano. A pesar de la famosa intolerancia española (recuér-

¹⁴⁶ Cf. V. M. Concas y Palau (*s/f*), p. 142-152.



dese, no obstante, que el *Act of Toleration* (1689) de Inglaterra excluía a los católicos, socinianos, hebreos y ateos), en la que casi todos los críticos del imperio español parecen coincidir, un procurador en las Cortes de Madrid de 1588, Francisco A. de Alarcón, expresó lo siguiente:

¿Qué tiene que ver para que cesen acullá las herejías que nosotros acá paguemos tributo de la harina? ¿Por ventura, serán Francia, Flandes e Inglaterra más buenas cuanto España más pobre? . . . La religión católica y la causa y defensa de ella es común a toda la Cristiandad, y si estas guerras importan para esto, no toca a los reinos de Castilla llevar toda la carga, estándose todos los demás reinos y príncipes y repúblicas a la mira. ¹⁴⁷

En las Cortes de 1593 se oponen los más de los procuradores a las guerras de religión y sus cargas, y se recomienda tolerancia y una política inhibitoria. Más aún, exigen que se suspendan tales guerras y que los recursos del reino se empleen en defenderlo contra piratas, corsarios y flotas enemigas que amenazaban la comunicación y el comercio con las Indias. El procurador de Madrid, Francisco de Monzón, y con él la mayoría, sostiene “que pues ellos [los protestantes] se quieren perder, que se pierdan”.¹⁴⁸ Y en 1624 un contador, nada menos del Consejo de Indias, cuestiona la política oficial española y escribe:

si éstos [los flamencos] no quieren salir de su pertinacia, ¿por qué hemos de seguir guerra sesenta y seis años ha, tan dañosa y acabándonos, en provincias por su naturaleza incontrastables, de donde no sacamos ningún provecho ni traemos nada que hayamos menester? Cristo —prosigue el crítico— no mandó que nadie entrase en su ley a fuerza de artillería, picas y mosquetazos. ¹⁴⁹

¹⁴⁷ *El mal de Flandes y su remedio*. Ms. 2759 de la Biblioteca Nacional de Madrid (cit. A. Domínguez Ortiz, 1973, *op. cit.*, p. 358, y J. A. Maravall, 1972, *op. cit.*, p. 115).

¹⁴⁸ *Cit.* A. Maravall, *op. cit.*, p. 116.

¹⁴⁹ *Cit. ibidem*.



Lámina 41

Felipe IV, joven, por Velázquez.



Lámina 42

Felipe IV, por Velázquez.



Lámina 43

El conde-duque de Olivares, por Velázquez.



Lámina 44

Don Enrique Felipe de Guzmán, hijo bastardo del conde-duque.
Cuadro atribuido a Velázquez (Colección Bridgewater, Londres,
Inglaterra).



Estas voces sensatas no encontraron la favorable acogida que podía esperarse. Los Austrias, como hemos dicho, antepusieron sus intereses dinásticos a los de España y so capa de defensa del catolicismo arruinaron con sus desatinos a la nación. Incluso el cardenal primado de España, Sandoval, había exhortado a Felipe IV a que hiciera la paz aunque fuera cediendo territorios, “pues todo cuanto por este camino se perdiese es nada en comparación de la ruina que padecen sus reinos por causa de la guerra”.¹⁵⁰ Pero todo en vano. Más que patética resulta risible esta política dinástica llevada al extremo, como podemos percibir por las recomendaciones y consejos que ya moribundo da Felipe IV al pobre príncipe heredero (Carlos II el Hechizado): que de ninguna manera ceda ni una pulgada de tierra en Flandes. Y se expresa así insistiendo en la vieja herencia de la dinastía, en un momento en que ya no había flota ni ejército con qué sostener la funesta política dinástica expresada con el célebre y ya indicado “defenderla y no enmendarla”.

Inflamaron y pues engañaron al pueblo sencillo, sufrido y sensible con cosas tan rimbombantes como que “al rey la hacienda y la vida / se ha de dar, pero el honor / es patrimonio del alma; / y el alma sólo es de Dios”; con lo cual el gran reaccionario que fue Calderón.—no menos que Góngora, Moreto, Tirso, Lope de Vega, etcétera, lo fueron— por su cuenta y riesgo ponía propagandísticamente a favor del levitantesco Estado-Iglesia español los trabajos y sudores de sus más humildes súbditos. Bien está que el estado en momentos críticos exigiese el concurso militar del labrador y del artesano; pero era injusto que los arruinase persiguiendo quimeras y defendiendo en el exterior derechos dinásticos y principios político-religiosos que en nada les beneficiaban. En lugar de utilizarse la fórmula primera agustiniana (*credere non potest homo nisi volens*), como insistieron bastantes cabezas bien despejadas, azuzaron al pueblo con esta otra fórmula camuflante y antisuasoria: *compelle eos intrare*. De esta suerte la mayoría de los españoles se sintieron los campeones de la

¹⁵⁰ Cit. A. Domínguez Ortiz, *op. cit.*, p. 359.



catolicidad; español y católico llegaron a ser términos sinónimos y la nación entera, entrenada así para la intolerancia, acabó por expresarse mesiánicamente a través de la ideología (creencia, si se prefiere) religiosa dominante. Así es como lo *siente* en su *Historia del reinado de Felipe IV* el historiador Matías de Novoa, el cual, a pesar de los continuos reveses navales y militares, no disminuye ni siquiera tantito su entusiasmo por la política universal y religiosa de España.¹⁵¹ Otro optimista insensato es el matemático, jurista y sacerdote (todo en una pieza) Francisco Matéu, quien en 1639 publica un *Antipronóstico a las victorias que se pronostica al reino de Francia*, donde su ingenuo y a la vez malsano providencialismo, más que en las verdaderas fuerzas de España confía en los milagros. Olvidándose de que los españoles medievales fiaban más en sí mismos que en los prodigios, por aquello que todos muy bien sabían:

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron a palos,
Que Dios ayuda a los malos
Cuando son más que los buenos.

Y Quiñones de Benavente, otro lunático alucinado, confía también en la providencia y en las conjunciones estelares,¹⁵² negándose asimismo a considerar la vieja conseja castellana de correr ante el peligro y no arrostrarlo cuando no es necesario, y no contar exclusivamente con la divinidad: “Sí, sí, fíate de la Virgen y no corras . . .”. Parece ser que estos abotagados católicos españoles nunca se preguntaron acerca de la difícil situación en que ponían al rey de los cielos al tener que decidirse por el rey católico de España en lugar de hacerlo por el cristianísimo rey de Francia.

De la misma cuerda espiritual que Matéu es el necio o demente fray Francisco Enríquez, quien en su *Conservación de Monarquía religiosa y política* (Madrid, 1648: el año de la Paz de Westfalia, o, insistamos en esto, el de la liquida-

¹⁵¹ Así lo apunta certeramente V. Palacios Atard, *op. cit.*, p. 103.

¹⁵² *Cit. Ibidem*, p. 156.

ción del poderío español) presenta tres tesis enajenantes al margen de toda cordura y realidad. Primera: “Las batallas en que hoy está empeñada España son propiamente de Dios, porque son por causa de religión”; segunda: “Enviar Dios las guerras que en estos tiempos fatigan a España no es tanto castigo de culpas cuanto ejercicio de virtudes”; tercera: “Por ser las presentes batallas por causa de Religión, se puede esperar con toda certeza grandes y gloriosas victorias”.¹⁵³ Los portavoces delirantes de la tradición, del optimismo milagroso y de la oligarquía forman, por supuesto, legión (Pellicer, fray Juan de Salazar, Céspedes, Meneses, Carrera, San Juan de Ribera, el citado Matéu, etcétera) y de nada sirven las voces sensatas y opuestas de Saavedra Fajardo (*Introducción a la política y razón de Estado del Rey Católico don Fernando*), de don Juan de Palafox y Mendoza (*Juicio interior y secreto de la Monarquía*) y, sobre todo, las de la animosa e inteligente falange de los arbitristas (los economistas de entonces) todos acertados en sus juicios críticos y todos desoídos y desdeñados siempre; porque la España oligárquica de su tiempo no estaba dispuesta ni siquiera a escuchar sus primitivas e ingenuas fórmulas de orientación capitalista.

Mas veamos ahora, como indicamos al comienzo de esta sección última, la otra cara del Jano náutico español del siglo xvii.

La suma de los recursos públicos (los menos) y privados (los más: comerciantes locales, armadores, constructores de naos, etcétera) a comienzos de la centuria decimoséptima, posibilitaron las expediciones contra los piratas y contrabandistas que merodeaban por el Caribe y el Golfo de México. Los éxitos (por ejemplo, los de Luis de Fajardo y de su vicealmirante Juan Álvarez de Avilés) fueron considerables pese a lo relativamente moderado del costo de las expediciones de limpieza. Pedro Valdés, desde La Habana, así como Antonio de Osorio (oidor criollo) y Francisco Manso de Contreras, desde Santo Domingo, ahuyentaron a los corsarios ingleses, franceses y holandeses. Cosa parecida realizó Sancho

¹⁵³ *Cit.*, *ibidem*, p. 104-105.



de Alquiza, gobernador de Caracas, desde La Guaira. A pesar de la necesidad de mantener una substancial y flexible fuerza naval estacionada en los puertos del Caribe, la corona decidió en 1609 suprimir las flotillas de defensa, pretextando que no podía “permitirse un lujo semejante en tiempos de paz (tregua angloholandesa)”; pero lo que estaba en el fondo de la absurda decisión era la inquietud del estado español frente a unos súbditos suyos tan enérgicos y emprendedores, que por su cuenta habían limpiado el mar de la amenaza protestante extranjera y se aprestaban a traficar por su cuenta, rompiendo así el celoso monopolio comercial ejercido por el eje económico de Sevilla-Génova.

El exgobernador de La Habana, Juan Maldonado de Barnewe, escribía a la corona y exponía la peligrosa condición en que se encontraban los asuntos de las Indias, y aludía también al dicho, bien conocido de todos, según pudimos ver en páginas atrás, de que “quien es dueño del mar lo será también de la tierra” (Archivo General de Indias, Indiferente General: consulta del 17-XII-1604). Con vista a la defensa del puerto de La Habana, Hernán Manrique de Rojas exponía lo siguiente: “Yo y mi sobrino Gerónimo de Rojas Avellaneda saldremos responsables por las diez galeras”, poco después exponía que serían quince, “que se necesitan para la defensa de la isla” (en Navarrete, *Mss.*, xxii, núm. 40). Por supuesto, el emprendedor habanero no fue autorizado a pesar de que la empresa no le iba a costar a la corona ni siquiera un maravedí.

El 7 de septiembre de 1609, tras la “consulta” y “resolución” de la *Junta de Guerra de Indias*, los bajeles de la Armada de Barlovento, construidos en América, así como los que estaban aún en proceso de construcción, fueron retirados de las aguas americanas y destinados a la Armada del Mar Océano (Archivo General de Indias. Indiferente General. 1867). Los resultados de tan egoísta cuanto absurda, celosa y monopolista decisión pronto se hicieron sentir: las costas americanas se vieron infestadas con nuevos enjambres de piratas. Los holandeses, rota la tregua, desencadenaron una



ofensiva general. Toman Bahía (1624) y en 1628 descargan el golpe para ellos más afortunado y que marca definitivamente el declive naval español en el siglo xvii: la captura de la flota de Nueva España por el almirante holandés Piet Heyn. España desaparece como potencia naval y la flota holandesa se erige durante dicho siglo en la dueña y señora del mar.

Merodeando sir Walter Raleigh por el mar de las Antillas tras su fracasada segunda expedición a la Guayana, tuvo la mala fortuna de encontrarse con la escuadrilla puesta bajo el mando del novelesco capitán Alonso de Contreras, quien a toda prisa había sido enviado a las Indias para alejar a los ingleses (1618). Las cinco naos de Contreras entablaron combate contra las cinco de *Guatárral* (éste es el nombre que el capitán español, según a él le sonaba, otorga al marino inglés) obligándolas a huir; pero repitiéndose siempre la misma historia cuando se trataba de combatir contra barcos británicos. Mas dejemos que nos lo cuente el propio Contreras con su fresco, castizo e inimitable estilo:

A los cinco días vino nueva de que Guatárral había fondeado sus cinco bajeles cerca de allí, Santo Domingo. Traté con el Presidente de ir a buscarlos, y le pareció bien, aunque los dueños de los navíos protestaban que si se perdieran habían de pagárselos. Armé los dos que traje de Puerto Rico y otro que había venido de Cabo Verde cargado de negros, y junto con los míos [5 en total] salimos del puerto, aparentando ser bajeles de mercadería, camino de donde estaban; cuando el enemigo nos vio, hice que diésemos la vuelta como huyendo. Cargaron velas los enemigos sobre nosotros, que de industria nos huíamos, y al poco rato estuvimos juntos. Les volví la proa, arbolé mis estandartes y comenzamos a darnos ellos y nosotros. *Eran mejores bateles de vela que los nuestros, y así cuando querían alcanzar o huir lo hacían (subrayado nuestro)*, que fue causa de que no me quedase con alguno en las uñas.¹⁵⁴

Transcurridos dos días y hallándose ya Contreras con un solo galeón armado, encontró a uno de los barcos ingleses

¹⁵⁴ A. de Contreras, 1943, p. 142.



fondeado frente a la isla de Pinos. Desprovisto de su superior maniobrabilidad en lo relativo a su mejor capacidad de ceñirse marineramente al viento, el barco inglés fue abordado sin remedio tras (hay que suponerlo) un apropiado, intenso y ablandador cañoneo. Los ingleses fueron aprisionados y le contaron a Contreras que el hijo de Raleigh había muerto en la refriega y que el propio almirante iba ya rumbo a Inglaterra aunque maltrecho.¹⁵⁵ La presencia de Contreras había evitado que el otrora favorito de la reina Isabel I colmase su intento de apoderarse de la flota de la plata que se preparaba a abandonar las aguas americanas. Salta pues a la vista que si el gobierno español (tan dado a legislar en materia naval como renuente a realizar una política marinera congruente) hubiese dejado obrar a sus anchas a los muchos Contreras de que podía disponer, la historia de la marina española de los siglos xvi y xvii se habría escrito de distinta manera.

Contreras nos relata a continuación en su memorial la falta de previsión y buen sentido que animaba a la política española (reinado de Felipe III), cuyos representantes, consejeros y directores desdeñaban y desaprovechaban sistemáticamente a estos oscuros pero excelentes marinos y recurrían en cambio a los más incompetentes; mas —eso sí— revestidos con el lustre del apellido y los relumbrones de la rancia nobleza. El compadrazgo, el favoritismo, la docilidad, el cohecho, la carencia total de conocimientos e iniciativas, la prosapia y el pasado ilustre familiar (como fue en el caso ya citado del pobre duque de Medina Sidonia) fueron por gracia y desgracia reales las únicas vías de selección y de sumisión abyecta.

A Contreras se le fue de las manos el despacho de almirante que con tan molesta insistencia e incluso insolencia solicitara, y él explica el fracaso de su demanda a cuenta de la ojeriza con que lo distinguía el presidente del Consejo de Indias. Pero no creemos que el obstáculo mayor fuera el presidente,

¹⁵⁵ El joven *Vat* Raleigh había muerto en enero de 1618 en el asalto a la villa de Santo Tomé, a pocas millas náuticas sobre la margen izquierda del Orinoco. Tal vez el error de Contreras surgió de su diálogo con los ingleses prisioneros, algunos de los cuales chapurreaban, sin duda, el español, la lengua marinera-franca de entonces. *Vide* D. B. Quinn, 1947, p. 258.

sino la desorbitada, escandalosa y heterodoxa pretensión de querer navegar por su cuenta, a su propio riesgo y expensas. Inclusive puede uno imaginar leyendo entre líneas, que Contreras aspiraba a que se le extendiese patente de corso; cosa en verdad sacrílega no tanto por razones éticas cuanto porque dicha concesión hubiera significado la ruptura del estricto monopolio; el primer paso hacia la libertad de comercio y la libre empresa (compañías financieras a la holandesa o a la inglesa).

El mismo año del encuentro de Contreras con Raleigh, el general de la armada, Zoazola, que, como apunta el capitán, “iba de mala gana”,¹⁵⁶ ayudó con su impericia a la destrucción de la flota destinada a las Filipinas, que estaban siendo amagadas por los ubicuos holandeses. De aquella flota preparada con hartos sacrificios (seis galeones armados, dos pataches, mucho bastimento y mil soldados excelentes) sólo se pudieron salvar los pataches y treinta cañones, que tuvo que rescatar el sufrido Contreras mediante grandes trabajos y peligros bajo las meras barbas de los piratas berberiscos. Todo se perdió, inclusive el general; “se dijo —remacha el dolido crítico— que tuvo la culpa el almirante, *que no era marino ni había entrado en la mar (subrayado nuestro)*. Se llamaba Fulano Figueroa, y después, para enmendarlo, le hicieron almirante de otra flota para sustentar el yerro primero”.¹⁵⁷

La amarga ironía del capitán Alonso de Contreras se muestra palpable; se nota asimismo la sofrenada cólera que lo dominaba y que cierta vez se le desató tan encabritadamente que no tuvo reparo nuestro héroe en ir a cantarle las cuarenta al solemne y engolletado presidente del Consejo de Indias, don Fernando Carrillo, quien a resultas de la violencia verbal de Contreras se le atoró “el garguero” y optó la misma noche del malhadado choque por morir de puritita rabia. “Él —sentencia Contreras— se quedó sin vida y yo sin almirantazgo.”¹⁵⁸ Y el imperio hispánico, por supuesto, se quedó también varado

¹⁵⁶ Contreras, *op. cit.*, p. 177.

¹⁵⁷ *Ibidem*, p. 178.

¹⁵⁸ *Ibidem*, p. 189.



y sin barcos. A la Castilla marinera utilizadora de los temibles Contreras medievales, sucede un Imperio Español recelosísimo de los Contreras modernos. Y permítaseme en llegando aquí que ponga punto final simbólico con las estrofas del prolífico autor Lope de Vega, que en cierto modo son aplicables a la encallada, tradicional y superburocratizada España imperial de los siglos XVI y XVII:

Con viento mi esperanza navegaba,
perdonóla el mar,
matóla el puerto.

Villa Olímpica, Tlalpan
Verano de 1979